Y OF
LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN

BOOKSTACKS

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

OCT 03 1985

L161—O-1096

E D U A R D O Z U L E T A

Individuo Correspondiente de la Real Academia Española. - Individuo de Número de la Academia Colombiana de la Lengua - Individuo de Número de la Academia Nacional de Historia de Colombia

Papeles Viejos y Nuevos

LIT. Y TIP. VARGAS — CARACAS — 1929

B2047

E D U A R D O Z U L E T A

Individuo Correspondiente de la Real Academia Española. - Individuo de Número de la Academia Colombiana de la Lengua - Individuo de Número de la Academia Nacional de Historia de Colombia

Papeles Viejos y Nuevos

LIT. Y TIP. VARGAS — CARACAS — 1929

986.126
Z84p

A mis hijos Eduardo y Alberto Zuleta Angel.

Por deseo manifiesto de ustedes colecciono en este volumen algo de lo que he escrito. A la patria y a la familia he dedicado todas mis energías y en medio de las contrariedades de la existencia, solo en el cultivo de las letras he encontrado la isla del retiro espiritual y amable. Les doy un ejemplo y les dejo un libro.

Los abraza su padre,

EDUARDO ZULETA.

Caracas, 1929.

Latin Am Hon

SOBRE LA PALABRA ANTIOQUIA

¿Por qué motivo puso el Conquistador Robledo el nombre de Antioquía a la ciudad que fundó en el valle de Ebéjico, nombre que tomó después toda la Provincia conquistada?

Porque decir que Antioquia viene de Antioquía, ciudad de Siria sobre el río Orontes, no resuelve la pregunta, una vez que los conquistadores y los colonos no ponían a los territorios conquistados y a las poblaciones que fundaban sino nombres españoles o dejaban los indígenas.

Que Antioquia significa en lengua indígena "tierra del oro", como cree uno de nuestros geógrafos, tampoco tiene fundamento alguno, una vez que en el idioma de los peques, buriticaes, catíos, etc., no hay palabra que corresponda a la de Antioquia, hasta donde ha sido posible estudiar esas lenguas

Se dijo también que en Nicaragua había un sitio denominado Antioquía. No hay en el territorio nicaragüense lugar alguno que lleve ese nombre, según informes oficiales que hemos recibido de ese país.

Preocupados con esta curiosidad histórica, se nos ha ocurrido pensar que quizá vinieron con Benalcázar y Robledo algunos soldados sirios o de origen sirio, que indicaron al Conquistador ese nombre, pues es sabido que durante la dominación de los árabes en España, los sirios, primero co-

mo soldados conquistados y luégo como soldados conquistadores, desempeñaron un gran papel en la conquista de la Península, y sus Jefes llegaron hasta intervenir en las guerras civiles ocurridas entre los árabes como mediadores y componedores de las diferencias. Los soldados que llevó Robledo por el Arma "hondo y bramador" hasta el valle de Ebéjico, no sólo eran de los restos de la expedición de Badillo, sino de tropa con que los auxilió Benalcázar.

Y pensar en que conquistadores y colonos eran todos cristianos viejos y netamente españoles, es algo que contradice quien conoció a muchos de ellos, y que en la página 141 del tomo 4 de su Historia natural y general de las Indias dice: "lo qual en la verdad es anexo a la guerra e mucho más en los exércitos destas partes porque no son los conquistadores de una lengua (puesto que hablan castellano, sino quantas hay en chrispstianos, e aún no se puede decir tales porque al tino de estas riquecas andan barbaros e *levantiscos en muchas generaciones* e italianos de todas partes e provincias de Italia e alemanes e franceses en ingleses e de otras naciones tantas, e disimulados algunos e diestros en nuestra lengua, que sólo Dios les puede acá conoscer si ellos no se quisiesen manifestar por quien son".

En esta ciudad ocupábamos una casa en la calle 11, en donde los comerciantes son todos, o casi todos, sirios. Nos llamó la atención el que muchos de ellos tuvieran fisonomía muy semejante a la de algunos antioqueños, y quizá también alguna condición que los hacía en cierto aspecto un tanto parecidos.

Por un motivo o por otro entrámos en relaciones con el Sr. Emilio Matuk, y tratando el asunto del nombre de Antioquia, nos indicó él que para aclarar esto podíamos dirigirnos al Reverendo Padre Chaiko, Director de la gran Biblioteca de los Reverendos Padres Jesuítas de Beyrut, quien era considerado como un gran historiador.

Escribimos una carta al Reverendo Padre Chaiko sobre el punto que investigámos y si existía alguna relación histórica relativa a la conquista de Antioquia, en idioma sirio.

El ilustre historiador nos dice en su contestación que Benalcázar significaba en árabe "hijo del palacio"; y que es probable que el Conquistador fuera de origen sirio. Habla también de que un hijo del Rey de Siria, por algún disgusto con su padre, fué a vivir a España, en donde se casó, y agrega que sigue estudiando este asunto histórico que le ha llamado vivamente la atención. Creemos que el Reverendo Padre, al pensar que Benalcázar fuera de origen sirio, se refiere al origen de la población en que nació Moyano.

Además, los antioqueños en los últimos tiempos han fundado poblaciones con los nombres de "El Líbano", "Armenia", "Belén", "Betulia", "Mesopotamia", "Jericó", etc.; ¿significará esto algún remoto atavismo oriental?

Y no es que nosotros pensemos que los antioqueños tengan origen sirio. Lo que queremos hacer notar es que el nombre de Antioquia fué puesto o por Robledo mismo, de quien se dice que era de origen persa, o por indicación de algunos de sus subalternos que probablemente fueran de origen sirio, pues el hecho de que sus compañeros tuvieron nombres españoles, no quita nada a esta probabilidad, una vez que en esa época los nombres de los conversos se españolizaban después del bautismo y aun se cambiaban como el del mismo Moyano.

Ni tampoco hay que creer en la leyenda del Dr. Manuel Antonio del Campo, sobre la introducción a Antioquia de familias gitanas por Robledo, y que muy bien refuta el muy distinguido Dr. Emilio Robledo en su trabajo sobre el Semitismo de Antioquia.

Parécenos que los orígenes de los conquistadores y colonos de Antioquia son diversos, y trataremos de demostrar

este punto de vista en un estudio que preparamos y que daremos a conocer próximamente.

Las observaciones que se nos han ocurrido sobre el origen de la palabra "Antioquia" y que respetuosamente presentamos a la consideración de la H. Academia de Historia, quizá sea el principio de la investigación de este punto histórico, que es lo que nos hemos prometido.

Bogotá.—1925.

EL SEMITISMO DE ANTOQUIA

Al doctor Tomás O. Eastman dedica estas líneas el autor.

Al lector:

No pretendo decir la última palabra en este asunto del semitismo de Antioquia. No aspiro a que este estudio sea una sentencia final, ni un dogma histórico. Dejo que los lectores pronuncien esa sentencia y que cada cual falle según su leal saber y entender, con pleno conocimiento de causa. He querido mostrar una nueva faz de este discutido punto de historia nacional y traigo a la arena de la discusión un concepto nuevo, documentado y sincero. No temo la contradicción, y antes bien quisiera oírla y atenderla si ella viene de espíritus cultivados y ecuámines.

E. ZULETA.

Bogotá, 1926.

Habían llegado al salón de mi Biblioteca los amigos Pedro y Juan. Aficionados a estudios históricos se entretenían en hojear los libros de autores antiguos y modernos que tratan sobre los orígenes y condiciones de los pueblos, y después de algún tiempo dedicado a esta tarea comenzaron este diálogo, que transcribo fielmente.

Pedro.—De dónde han sacado esto del semitismo de Antioquia, después de que don Mariano Ospina, Rafael Uribe Uribe y Marco Fidel Suárez han probado que no hay origen semítico? O será que río que tánto suena, agua lleva?

Juan.—Creo que esto del semitismo antioqueño viene de lo que dijo en un "Compendio Historial" el doctor Manuel Antonio del Campo y Rivas a fines del siglo XVIII. Este señor era natural de Cartago, colegial y profesor del colegio de San Bartolomé y llegó a ser Oidor de la Audiencia de Guatemala y Oidor y Alcalde del crimen en Méjico. El doctor del Campo dice que el Mariscal Robledo trajo de España catorce familias de gitanos de origen egipcio que se establecieron en el Valle de Aburrá, y dice: "Son por excelencia más andariegos que los mismos judíos de las demás partes del mundo... y su talla y maneras participan mucho de los dichos moriscos; habiendo hecho en España y Portugal, con singularidad en los reinos de Valencia muy buena compañía con los moros, pero aunque no se aposentasen en ninguna parte sino por la fuerza, en donde más permanecieron fué en Algeciras. De allí según la trata de Sevilla, se trajeron para el Nuevo Reino y otros para la provincia de Chile bajo la partida de registro de "moros tornadizos" o sea cristianos nuevos. A éstos les dió el Mariscal la tierra de Aburrá hasta el cerro llamado Buriticá.... y ellos quedaron satisfechos por ser esa tierra la más abundante en oro en todo este diatado continente.... Pero todos son buenos católicos y súbditos fieles". (1)

Es claro que el estudio del doctor Del Campo, natural de la ciudad fundada por el mariscal Robledo y hombre ilustrado que desempeñó altos puestos en la Colonia, se tuviera como fuente segura de información histórica. Pero no habiendo documento alguno, por lo menos hasta hoy conocido

(1) Citado por Emilio Robledo en su estudio: "Semitismo antioqueño"

que demuestre que existe la partida de registro de "moros tornadizos" traídos para Nueva Granada y Chile, lo natural es que no debe tomarse a lo serio lo que asegure el doctor Del Campo. De ahí tomó, sin duda, don José María Samper el dato sobre la traída a Antioquia de familias judías por Robledo como dice en uno de sus libros. Siguió repitiéndose por otros esto mismo y hasta en una conferencia científica dictada en el Teatro Municipal por el doctor Jorge Bejarano hace pocos años, volvió a decirse lo mismo que habían asegurado el doctor Samper, José María Vergara y Vergara y el doctor Campo.

Pedro.—Y no sería decisivo decir que aquí no podían venir sino cristianos viejos, sin mezcla de moros y judíos?

Juan.—Creo que no. Porque Fernández de Oviedo dice en su historia esto: "lo cual en la verdad es anexo a la guerra e mucho más en los ejércitos de estas partes porque no son los conquistadores de una lengua puesto que hablan castellano, sino de cuantas hay en cristianos y aun no se puede decir tales, porque al tino de estas riquezas andan bárbaros e levantiscos en muchas generaciones e italianos de todas partes e provincias de Italia e alemanes e franceses e ingleses e de otras naciones tantos e disimulados algunos e diestros en nuestra lengua, que sólo Dios les puede acá conocer si ellos no se quisiesen manifestar por quien son. Las culpas de los motines e travesuras e contestaciones todas se atribuyen a los españoles, como es razón, pues que los Cabos e los que mandan son de España, más en esas mesmas revueltas siempre intervienen extranjeros porque para la salsa de tales guisados es necesario un poco de vinagre o de otro sabor apartado del principal manjar para que con más facilidad se efectúe e se traguen estas defensiones; de los cuales muchas se ovieren excusado si aquellos principios de la población de estas partes se continuan, en los cuales no se admitían extranjeros ni aun de todas partes de España sino solamente castellanos". Fíjese usted que esto lo decía Fernández de Ovie-

do refiriéndose a la disputa entre Benalcázar y Andagoya y luégo con Robledo, es decir, en el siglo XVI, y luégo verá usted también que Rodríguez Fresle al hablar de la pragmática de Carlos V por la cual no se permitía pasar a Indias a judíos sino a españoles y cristianos viejos, dice que eso ya no se cumple y termina diciendo: "agora pasan todos. Debióse de perder". Y esto acontecía en el siglo XVII.

Pedro.—Pero los conquistadores y colonos antioqueños sí eran todos cristianos viejos.

Juan.—Tampoco. Por ahí ha dicho un académico que muchos de ellos como los de otras partes, eran de aquí, después de hacer fortuna, de donde solicitaban los certificados de que eran cristianos viejos sin mezcla de moros y judíos y eso por pruebas testimoniales que en esos tiempos y hoy mismo, no son de absoluta confianza. Usted sabe también cómo se enganchaban los soldados que venían con los conquistadores. Era algo parecido a lo que se acostumbra hoy para conseguir obreros para la Tropical Oil o para los ferrocarriles en construcción. Claro que si venían muchos que eran personas notables, especialmente los empleados y los que venían a remolque de presidentes y virreyes, aunque no todos, pues aquí mismo vinieron oidores y fiscales de muy malas prendas. Los soldados eran por lo general aventureros esforzados y valientes muchos de ellos, si no todos, pero bárbaros y levantiscos en muchas generaciones y varios de ellos extranjeros, no sólo de Italia, Francia e Inglaterra como dice Fernández de Oviedo sino también de Portugal, centro de una gran parte de los judíos expulsados de España.

Creo por otra parte que la pragmática de Carlos V quizá no se refería tánto a los judíos conversos en su prohibición de venir a Indias, aunque así rezara dicha pragmática, sino de que con ella se trataba de evitar que vinieran extranjeros, cosa que tampoco se consiguió.

La inquisición de Lima, según anota Domingo F. Sarmiento en sus Recuerdos de Provincia, era un fantasma de te-

rror que había mandado España a América para intimidar a los extranjeros, únicos herejes que temía.

Pedro.—De suerte que usted cree que entre los conquistadores y colonos vinieron moros y judíos?

Juan.—Por lo menos judíos y moros conversos sí. En primer lugar recordará usted lo que dice Angel Salcedo Ruiz en su Historia de España: "Los bautizados o que consintieran en bautizarse por no partir (se refiere a los judíos españoles) aquí quedaron y la sangre judaica es, sin género de duda, uno de los elementos étnicos de la nación española, no sólo por el estado llano, sino por las clases más elevadas; basta leer los escritos del doctor Villalobos, judío por toda su ascendencia, de que no hay familia aristocrática que no tropiece en su árbol genealógico con algún tallo judaico".

Además, Luis de Santangel, judío converso, gran amide Colón, casado con la conversa Juana de la Caballería, fué quien facilitó el dinero para el descubrimiento del Nuevo Mundo y quien decidió a la Reina Isabel en Granada a que aceptase el proyecto de Colón cuando ya éste se alejaba de la Corte en viaje para Francia y por último, Rivas Puigcerver en su libro "Los Judíos en el Nuevo Mundo", dice: "En la noche del 11 de octubre de 1492 uno de los muchos judíos (seguramente conversos) que iban con Colón, hacia guarda de proa, Rodrigo de Triana, creyó ver tierra y dijo: "Tierra".

Y Abraham Shalom Jahuda, a quien sucedió en la cátedra de lengua y literatura semíticas en la Universidad de Madrid nuestro compatriota el ilustre Manuel Casas Manrique, cree que hay muchos indicios de que el mismo Colón era de próxima ascendencia judía. Su carácter, estudiado por Lombroso y por el doctor Rafael Calzada, notable escritor español, sus amigos judíos, su obsesión por libertar los los santos lugares, hacen creer en esto. (2)

(2) "La Patria de Colón" por Rafael Calzada.

Y hay todavía más. Durante la dominación musulmana, los moros y judíos se cruzaban en matrimonio con los cristianos, no sólo entre las clases bajas sino entre las altas y poderosas. Así, Muza, caudillo musulmán de Aragón, casaba a una hija suya con el Conde García; doña Sancha, hija del Conde de Aragón Asnar Galindo, contrae matrimonio con Mahommad Altawil, rey moro de Huesca, engendrando un hijo, Muza, que fué luégo marido de doña Donilde, hija del rey navarro Juan Garcés; una nieta de Iñigo Arista, llamada doña Onneca casó en segundas nupcias con el príncipe cordobés Abdal, siendo ambos abuelos de Abderrahaman III; y por último el propio Almanza toma por mujer a Teresa, hija de Bermudo II. Los cruzamientos debieron ser numerosos en todas las clases sociales obligando a ellos también la falta de mujeres en los guerreros invasores, y en cuanto a los judíos, continuaban siendo de mucha importancia, en el reino castellano sobre todo, tanto por su riqueza originada ya en las más altas operaciones comerciales, banca, empréstitos, ya en la industria, a que se dedicaba la clase popular, como por su intervención en ciertas funciones administrativas". Durante muchos siglos habían vivido lado a lado, en paz y en intimidad y con privilegios muy semejantes, los tres grandes factores nacionales que integraban el pueblo peninsular: el cristiano indígena, el judío y el mudejar.

Así que, cuando los reyes católicos por medidas políticas para constituir la nacionalidad española, resolvieron expulsar los judíos que no quisieran abjurar de sus creencias, hubo censores y contradictores de esta medida, sobre todo en Aragón y Castilla.

Y en cuanto a los judíos conversos, resulta que muchos de los prelados del siglo XV eran conversos o hijos de conversos, como el obispo Pablo de Santa María, y cuando no, tenían en sus venas sangre judía, tales como el obispo Alonso de Burgos, el de Segovia, don Juan Arias, el arzobispo de

Granada y confesor de doña Isabel, Fray Hernando de Talavera y varios obispos gallegos, aparte otros eclesiásticos de grado inferior. Un cronista de los reyes católicos, Bernaldez, llega a indicar la simpatía con que los judaizantes eran mirados por las clases cultas de Castilla, tanto del clero como de la burocracia y de la nobleza. Tal vez, en muchos casos, no había en esto sino la benevolencia hacia gentes de próximo parentesco, dado que aparte lo dicho de los prelados, muchos nobles habían tomado mujer entre los judíos, v. g. el Duque de Nájera, o descendían de éstos, el Vicecanciller de Aragón, don Alonso de la Caballería, etc. (3)

Y aunque parezca excesivo en esta demostración agregaré esto: "Durante el reinado de Carlos V los estatutos de limpieza de sangre fueron aplicados con cierta moderación. En tiempos de Felipe II se admitió la oportunidad de una reforma para reducir el campo de información a cien años, es decir, que bastaba comprobar que en cien años atrás el interesado no había tenido entre sus ascendientes ningún individuo reprobado por los estatutos; y en el reinado siguiente al de don Felipe se discutió de nuevo la necesidad de limitar por una ley las exclusiones pronunciadas por los estatutos y con este motivo se produjeron multitud de escritos de un gran interés histórico y social entre los cuales se señala la obra de Fray Agustín Salucio, de la orden de Santo Domingo. El fraile resume en el libro con tánta fuerza como moderación los argumentos contrarios a los estatutos. Con la ayuda de un cálculo sumamente sencillo demostraba que cada uno de los españoles, aun el de una ilustre prosapia, podía ser convencido, sin pizca de duda, de descender de un moro o de un judío, y tener su origen en lo que había de más vil en el mundo; afirmación ésta que deben tener muy en cuenta los genealogistas, que no temen en sus investigaciones tropezarse de repente con el negro o el indio ancestral.

(3) Rafael Altamira.—Historia de España.

Considerando los ascendientes de cualquiera de sus contemporáneos hacía ver que el número de aquéllos en cada generación se acrecía en el orden retrógrado, según progresión geométrica cuya razón es de 2, de modo que cualquiera de ellos descendía de 1.048.576 personas que habían vivido en el espacio de seis siglos atrás. Y será insensato pretender que entre esa muchedumbre no se encontraran algunos individuos tachados por los estatutos. Por consecuencia, concluía el dominico, es odioso y ridículo entregarse a estas inquisiciones que necesariamente tienen que extraviarse en la más oscura promiscuidad de la especie.... "y como no fué muy grande la cantidad de mujeres que los conquistadores y pobladores trajeron de la Península, un cálculo tan sencillo como el de Fray Agustín Salucio, era suficiente para declarar de mala raza a los que más se preciaban de pureza. La problemática limpieza de sangre, aquí y en todas partes no era más que un prejuicio". (4)

Pedro.—Convengo en que esto de la limpieza de sangre de conquistadores y colonos es algo imaginativo; pero si ese origen judío y morisco de nuestros antepasados es común a todos los que vinieron a la América, por qué aquí en Colombia, sólo a los antioqueños se les llama judíos, y por qué siendo éstos de origen vasco, en donde no había isralitas como en Castilla, Andalucía, Aragón, galicia y otras provincias, se sigue con la leyenda del semitismo de Antioquia?

Juan.—Volviendo un poco atrás sobre lo que usted llama leyenda, le diré que el doctor Eduardo Posada, uno de los más distinguidos historiadores de nuestro país, encontró en "El Día", periódico de esta ciudad, de 16 de junio de 1844, un suelto que dice: "Ves a esos solícitos y activos usureros, de rostro hebraico y corazón empedernido, amigos de su conveniencia y enemigos de la ajena, incapaces de complacer a nadie, ni aun a su misma familia? Pues reparadlos bien y

(4) L. Vallenilla Lanz.—Cesarismo democrático.

apostad mil contra uno a que descienden por línea recta de los miembros de esa raza deicida que perseguidos por Felipe II, vinieron de polizontes a América ocultando su nombre verdadero y su origen, y cuyos descendientes son hoy el tormento de cuantos individuos se han encontrado y se encuentran en apuros y escasez".

Y el doctor Posada agrega al suelto este comentario: "Aún cuando allí no se pone la palabra antioqueños, es sin duda a ellos a quienes se refiere, pues de ningún otro pueblo de Colombia se ha dicho que sea de raza judía y en esos años en que se publicaba "El Día" estaba en Bogotá un grupo de ellos aquí, al frente de varias empresas y eran los hombres de la industria, del comercio y de la banca, ramos que tenían casi monopolizados".

Entonces en Bogotá la profesión del comercio era profesión vil como lo es todavía en algunos lugares de Europa y bien se acordará usted de aquellas condiciones que se exigieron por muchos años para poder ser estudiantes del Colegio del Rosaio.

En las informaciones que he leído en los archivos del Colegio del Rosario para adquirir el puesto de colegial por hombres que después fueron ilustres en nuesta república, encuentro: 1°, que ni ellos ni sus ascendientes había desempeñado oficio vil ni bajo, es decir el comercio y la usura, y 2° que eran limpios de sangre sin mezcla de moros y judíos.

Y se ocurre preguntar: por qué había necesidad de probar esto último si a las Indias no podían venir ni moros ni judíos ni descendientes de éstos? Luego.... sí existían aquí o por lo menos había graves sospechas de que sí existieran.

Y era tan cierto que existían, que en 1579, fué Fiscal de la Audiencia de Bogotá el hijo de un sastre de Sevilla, cristiano nuevo, hijo de madre morisca, el cual vino sin licencia a estos reinos.

El hecho fué que esos llamados usureros, miembros de la raza deicida como dice el suelto, son ascendientes de fa-

milias honorabilísimas de esta capital. Y fíjese usted en este otro dato para lo que he de seguir diciendo: antes del año 44 ya habían figurado aquí como financistas los Montoyas, los Arrublas, Aranzazu y otros antioqueños.

En la opinión muy extendida de que los hijos de Antioquia son de origen vasco hay mucha exageración. Quizá entre los pobladores de Antioquia en los siglos XVII y XVIII no hay más que la cuarta parte de vascongados. Los pobladores en su mayor parte fueron andaluces y castellanos, y hubo también asturianos, gallegos, murcianos, navarros, manchegos, santandereanos, leoneses, extremeños y hasta portugueses e italianos. Lo que ha dado a Antioquia su carácter vasco dependió de que siendo esta colonia la más sobria, la más enérgica y la más individualista y unida a la asturiana que tiene caracteres semejantes, dominó a las otras colonias e impuso su carácter. Judíos vascongados también existieron en gran número, no obstante, que el espíritu público era hostil a los mudéjares e israelitas.

Pedro.—Eliminada esa objeción queda planteada la última, de por qué sigue creyéndose esto del judaismo de Antioquia no sólo en Colombia sino en el extranjero?

He leído en el libro titulado "Quito a Bogotá", del doctor Veatch, uno de los hombres más notables que han venido a Colombia, los siguientes párrafos: "Los antioqueños laboriosos, enérgicos y frugales, son reputados descendientes del antiguo influjo de sangre judía que vinieron a España aun antes de los Césares y que fué por siglos la nobleza de la tierra. Arrojados de España en indescriminada furia de la Inquisición cuando todo el mundo era sospechoso, muchos de los cuales eran ya católicos, hallaron refugio en las nuevas colonias; pero la pérdida de la madre patria ha ganado en otras regiones como en Colombia, pues los antioqueños han hecho mucho por la colonia y por la república. Los antioqueños tienen grandes familias y han sido capaces de sumi-

nistrar por si solos a Colombia, en un grado considerable, la población que continúa el desarrollo del país enérgicamente".

Y además, oí decir al doctor Tomás O. Eastman que muchos de los ingleses que vinieron a Antioquia al laboreo de minas, eran judíos o de origen judío, pues venían, según ellos, por los informes que les daban, a pueblos de hermanos en religión o por lo menos muy parecidos.

Juan.—Quizá esto tiene algún fundamento. Vea usted: las características del pueblo de Israel son dos: las finanzas y la higiene, y éstas son también las del puebloantioqueño. Sólo ahí se puede ver el fenómeno de que hasta los obreros están al corriente del alza y baja del cambio, de lo que se exporta en café, de lo que produce el ferrocarril, del interés corriente a que puede conseguirse el dinero en los Bancos y entre particulares. En poblaciones de segundo y de tercer orden ocurre lo mismo que en la capital del departamento. No hay antioqueño que no tenga una idea clara sobre cualquier negocio y esto pasa no solamente entre los hombres dedicados a las especulaciones bancarias y comerciales de todo género, sino aun entre los que ejercen profesiones liberales. Aquí en Bogotá ha podido observarse esto entre los antioqueños desde los tiempos de los Arrublas y Montoyas. Gerentes de Bancos, industriales en grande escala, dueños o arrendatarios de haciendas, comisionados de los gobiernos para la adquisición de empréstitos, rematadores inteligentísimos de las rentas nacionales y departamentales, prestamistas de dinero a interés, ministros de hacienda, recaudadores de impuestos y hasta asesores de las misiones financieras que el gobierno actual trajo de los Estados Unidos.

Unos salen de Titiribí, otros de Medellín o de Rionegro o de Guarne o de Manizales o de Sonsón o Abejorral. Muchos de ellos no son ni siquiera bachilleres. De la provincia de Oriente van a dar dos hermanos a Guayaquil, se hacen millonarios y envían el pasto imperial a Antioquia; hacia el mismo lugar parte un joven también oriental que cal-

za alpargatas y lleva en el bolsillo un peso de ocho décimos; al cabo de varios años está de banquero en París; el otro es un joven médico que se dirige a las repúblicas de Centro América y sin descuidar la medicina, entra en negocios, siembra cafetales, funda bancos y luego va a vivir en un palacio de la Rue de Presbourg. El presidente del Estado, vencido por huestes superiores que invadieron la tierra que gobernaba, sacude las sandalias y va a Guatemala a fundar uno de los más importantes bancos en la capital de la hermana república; el otro viene de su pueblo a dirigir con éxito insuperable las finanzas en el Banco de Colombia. Don Pacho, que así lo llaman en Titiribí, llega a los quinales del Tolima, con dos sobrinos que parecen dos perfectos hebreos, anda por las ardientes pampas y montañas recolectando aquí, comprando allí la bendita corteza, y después de fundar una gran hacienda y adquirir un gran capital va a vivir a París, en donde educa a sus hijos que después son aquí ministros de Estado y diplomáticos. Pero a ese hombre, de grandes energías, le entra la nostalgia de la montaña y de las pampas ardientes y regresa a Colombia a la vida activa de explorador e industrial. Y un día, caballero en su famosa mula parda que lleva al galope, pasando del calor intenso del llano al frío de los bosques, cae sobre la misma tierra que le dió la fortuna.

Y este otro que comienza su vida entre dificultades y luchas de negociante en pequeño entre el puerto de Honda y su pueblo, va viendo con claridad los negocios en grande, sale de la tierruca, prospera y triunfa. De estudios rudimentarios, casi nulos, asimila de manera singular conocimientos del protocolo social y los de los negocios en grande escala y llega hasta a hacer parte de nuestro cuerpo diplomático en la capital de Francia.

De familia de mineros del norte de Antioquia, sale don Julián, que divide sus energías entre el servicio desinteresado a su causa política y las empresas industriales aquí y en el exterior. En Guatemala funda grandes cafetales y el dic-

tador Barrios mismo lo estima y reconoce en el antioqueño las condiciones de un hombre superior. Sus hijos y nietos son banqueros.

Pueblo prolífico y andariego como el israelita. En París, un limpiabotas de Medellín es dueño de una droguería y un muchacho que salió del barrio de Guanteros, pobre pero de distinguídisima familia, dirige una de las más grandes y ricas empresas industriales en el Boulevard de los italianos y tiene condecoraciones oficiales.

Y don Mauricio Uribe Santamaría y los hermanos Posada llegan de la Villa de la Candelaria a Ambalema y emprenden negocios de tabaco, de añil, y de colonos en el centro del Tolima, fundan haciendas, de ganadería, y dejan ricos a sus descendientes, y adquieren por su talento y energía en los negocios, una gran fortuna.

Y aquel joven abogado, pobre, que acabando de llegar de Aberrojal a la capital de la república, pasó de una tribuna fúnebre al ministerio de gobierno y de ahí a la gerencia del Banco Central y a los ministerios de obras públicas y de agricultura y al senado, luégo asesor en finanzas de los financistas extranjeros, y por último, llega a ser miembro de la comisión de financistas en la más alta entidad internacional del mundo.

Y otros que sería largo enumerar.

Y en tiempos en que el comercio con el exterior tenía gravísimos inconvenientes por la navegación primitiva de goletas que iban a Jamaica, los antioqueños, después de hacer testamento, entrábanse en aquellas frágiles embarcaciones, e iban a dar a Kingston, gran centro comercial entonces, después de un viaje lleno de zozobras y peligros. Y arriesgando la vida consiguieron hacerse capitalistas muchos de ellos. Y todavía ensanchando los negocios fueron a dar a Liverpool, en donde fundaron una casa de transportes marítimos, cuyo jefe fué un antioqueño que testó un gran capital.

Compare usted lo que dicen los historiadores de los judíos españoles antes y después de la expulsión y verá la semejanza del carácter entre éstos y los antioqueños, por el lado de las finanzas y el poder adquisitivo del dinero en los negocios.

Y ahora la higiene. Moisés que distinguía de enfermedades infecciosas y daba reglas para evitar enmedades infecciosas y el contagio y sabía de alimentos sanos e inmundos, indicaba siempre el baño como medida profiláctica. El amaba el agua y cuando hablaba de la tierra de promisión a los hijos de Israel antes de hablarles del aceite y de la miel, del trigo y de la cebada, de las higueras y granadas que allí se producen, se la describe como llena de arroyos y de estanques y de fuentes en cuyos campos y montes brotan manantiales perennes de aguas. Recorra usted los pueblos de Antioquia y verá cómo hasta los vecinos más pobres andan limpios y cómo en lugares donde el agua parece inaccesible, como en Fredonia, la llevan a la plaza en acueducto atrevido y sorprendente. Y en cualesquiera de esas casas que existen entre pueblo y pueblo puede usted alojarse cómodamente y admirar la limpieza de la salita y de los patios y la nota alegre del jardín entre el bullicio de las aves y el bramar de las vacas blancas y de piel negra que trajeron los colonos que son limpias de cuerpo, sin que el nuche se les atreva, como para hacer compañía a los que no pueden vivir sin agua para bañarse a diario.

En los torrentes que descienden de las cordilleras, de los ríos que pasan tranquilos entre los potreros de las haciendas o en los que atruenan como el Arma ruidoso, el antioqueño encuentra siempre el compañero de su vida a quien debe la salud y la energía vigorosa de su músculo.

"Y arroyos de los montes descienden a brindarle
En baños de odaliscas sus ondas de cristal".

Y hasta tal punto llega a ser una devoción en Antioquia lo de la limpieza que aun en los corrillos se critica al que

descuida, de acuerdo con su posición, el cambio frecuente de ropa que demanda la higiene.

Limpias las calles y las plazas, limpios los cuerpos y nadie que haya viajado por Antioquia ha dejado de darse cuenta de esta condición higiénica de sus habitantes.

En cuanto a la higiene de los judíos estoy al corriente de lo que en contra de esa tesis sostienen algunos. Por ejemplo, Freud en su libro "El chiste y su relación con lo inconsciente", hace aparecer a los judíos en chistes demasiado flojos, como poco aseados. Anatole France, en un cuento perverso, obra de su imaginación, dice lo mismo; pero hay que hacer notar que esto de la higiene social e individual depende no sólo de la educación que se recibe sino del medio en que uno vive. Que a pesar de las enseñanzas de Moisés haya judíos poco dados a la higiene, eso depende de la pobreza en unos y en los lugares en donde nacieron. Pero hay que fijarse en lo que valen como hombres de alta cultura social la mayor parte de los judíos que viven en naciones como Inglaterra, Dinamarca, Holanda, Alemania, Estados Unidos, etc., etc. Ni todas las tribus de Judá siguieron tampoco las enseñanzas de Moisés. Entre Jerusalén y Galilea hay gran diferencia: "Jerusalén áspera, seca, toda de piedra con estrechas y duras calles y sus calvas colinas, sólo dará espíritus estrechos, fariseos argumentadores.

En Galilea no hay ciudadanos; hay las pequeñas aldeas sirias donde las mujeres tienen el seno pacífico y los hombres la fuerza serena. Todo es fecundo y bien cultivado; la abundancia que allí reina impide la hostilidad al impuesto. Qué pomares, qué prados, qué aguas tan humanas, qué aldeas tan delicadamente adormecidas entre las higueras y las viñas".

Y además, los judíos desde los tiempos en que vivían en España, hasta hoy, han sobresalido no solamente como financistas sino como médicos eminentes.

Pedro.—Pero si todos los conquistadores y colonos te-

nían más o menos sangre judía, por qué sólo en Antioquia se acentuó ese carácter del pueblo de Israel que usted describe?

Juan.—Le diré. Los orígenes del pueblo antioqueño son diversos, a mi modo de ver. Hay un tipo que revela los orígenes del moro y del sirio que anduvieron mezclados durante la dominación musulmana; y a tal punto es esto cierto que antes de que alguien lo observara, ya el Padre García, desde hace muchos años, dijo en el púlpito de una iglesia de la ciudad de Antioquia, refiriéndose a miembros de una familia pricipal: 'esos moros.... tales". Vino el juicio, fué el jefe de ellos a España a traer los papeles de cristiano viejo y parece que algo hubo respecto a moros penitenciados por la Santa Inquisición. Y basta que úno conozca sirios cristianos o judíos, o moros legítimos o cruzados con españoles en Andalucía, para entrar en sospechas muy fundadas, sobre este origen de algunos antioqueños. Ya sabe usted que el cristiano y el judío españoles se cruzaban en matrimonios frecuentes y fíjese usted en el tipo judío que revela este origen en muchos antioqueños.

No a uno sino a varios hijos de Antioquia les ha tocado en Europa el ser considerados como judíos.

Un día al llegar a Bayona, entró al tren en que iba yo hacia Madrid una señora de un parecido extraordinario a una amiga mía de Medellín. Como la señora notó mi sorpresa, me miró con atención y al cabo de algunos minutos me dijo: Creo que nosotros somos hermanos en religión, pues me parece que usted es israelita. Díjele que había nacido en un pueblo de Colombia, cuyos habitantes se creía que eran de origen judío, pero que nada había podido demostrarse de cierto a este respecto. Cuando usted regrese de Madrid, éntre a Bayona y visite el barrio judío que quizá puede interesarle. Así lo hice y cuál sería mi sorpresa cuando noté la increíble semejanza de esos judíos con los antioqueños y cuando supe que muchos de ellos tenían los mismos apellidos que hay en Antioquia.

Y vaya usted al barrio judío de Londres y se sorprenderá de encontrar allí personas absolutamente semejantes a don fulano o perano o zutano de Medellín o de otras poblaciones, como Envigado, cuyos habitantes tienen tal parecido con los israelitas, que a muchos les dan el nombre de nazarenos.

Y en qué parte del país encuentra usted, sino en Antioquia, una familia cuyos miembros se llamen David, Bethsabé, Débora, Raquel, Rebeca y Judit?, y oiga además de éstos los nombres comunes: Rubén, Abraham, Ismael, Efraín, Simeón, Jacobo, Ester, Sara, Lázaro, Eleazar, Samuel, Benjamín, Elías, Israel, Neftalí, etc. Y el de las poblaciones de Antioquia o fundadas en otras partes por antioqueños: Antioquia, Belén, El Líbano, Mesopotamia, Betulia, Armenia, Jericó, Betania, Palestina....

Entre los judíos descendientes de españoles de Sevilla, de Londres, Bayona, París, El Cairo, encontrará usted estos apellidos que corresponden a los de muchos antioqueños: Sierra, Salazar, Santamaría, López, González, Correa, Alvarez, Rodríguez, Moreno, Delgado, Gutiérrez, Fernández, Soto, Gómez, Flórez, Ríos, Acebedo, Bernal, Navarro, Díaz, Franco, Córdoba, Pardo, Valencia, Martínez, Carvajal, etc. Muchos de esos apellidos son de origen castellano y andaluz.

Hubo pobladores antioqueños cuyo ascendiente judío quedaba sin duda muy lejano y por lo mismo podían llamarse cristianos viejos, que, aun cuando no constituían la mayoría, sí pudieron hacer como los vascongados: el imprimir, por sus condiciones especiales, carácter israelita a todo el pueblo antioqueño, es decir: financistas, negociantes, higienistas, prolíficos y andariegos; y agregue el tipo indeleble del judío y del moro en muchos de ellos.

Y hasta a la Argentina ha ido a dar el tipo moro. Domingo F. Sarmiento en "Recuerdos de Provincia" dice que en Argel se sorprendió de la semejanza de fisonomía del gaucho argentino y del árabe; y mi chauss, agrega, me lison-

jeaba diciéndome que al verme todos me tomarían por un creyente.

Todo lo expuesto no será suficiente para probar esta conclusión, sobre los diversos orígenes del pueblo de Antioquia y del tipo que quedó dominando?

"Como los judíos españoles que fueron expulsados de la Península conservaron y aún conservan la lengua castellana como lengua de familia, en que se reza en el retiro y en el recogimiento del hogar y en la que cuentan los padres a sus hijos las leyendas de los abuelos en común, encontrarán en ella, "viejos vocablos envueltos en rancio aroma" como sucede con el castellano que se habla, dice don Miguel de Unamuno, en ciertas regiones de Colombia, en Antioquia, por ejemplo, que nos muestra con más vigor la fisonomía propia de nuestro idioma". (5)

"Pueblo de dura cerviz" llamó el Señor al pueblo de Israel y así han calificado al pueblo antioqueño, desde las alturas del palacio presidencial de la república.

El autor del "Río Moro" y de la "Tierra de Córdoba", hijo de un noble judío, dispuso que sus restos mortales fuesen entregados al pueblo de Antioquia, y cuando el sacerdote, en su lecho de muerte le pregunta: Crees en Jesucristo?, le contesta: "Es de mi raza". Llena de flores vive la tumba del poeta inmortal en el cementerio de Medellín y el monumento que le adorna es obra de un artista antioqueño que ha triunfado en París.

Y qué razón habría para negar que el pueblo antioqueño desciende de la extraordinaria raza de Israel, o tiene al menos su carácter, esa raza "que a su ministerio incomparable en la evolución moral de la humanidad úne su génesis en la existencia del cristianismo, la grandeza estoica de su raza, sin igual en el concierto de todas las conocidas y de las tremendas energías y aptitudes sociales que encarnan sus indi-

(5) Dr. Angel Pulido Fernández.—"Españoles sin patria".

viduos, las que bien disciplinadas y libremente regidas, fueron, son y serán, un factor preciosísimo de adelanto moral y de riqueza positiva donde quiera que se hallen?" (6)

"De qué raza desciendes pueblo altivo,
Titán laborador,
Rey de las selvas vírgenes y de los montes níveos
Que tornan en vergeles, imperios del Condor?

Y tus colonos van de cumbre en cumbre
Al septentrión y al sur,
Segando vastas selvas bajo dosel de nubes;
Vigor es su derecho y su arma la segur.

Desde Anaime y Nabarco hasta las fuentes
Hoscas del Guarinó
Los Andes son el huerto feraz de la simiente,
Vestíbulo de Arcadia que tu poder creó.

Y cantos de doncellas y sus alegres risas
Se oyen en las frondas lozanas del maizal.

Bellas y pudibundas como fueron
Las hijas de Jessé;
El árabe tocado rebozan los cabellos;
Refulgen en sus ojos las noches de Kedén.

De las vegas undosas del Tonusco
A las ricas de Otún,
Se tornan en ciudades los pintorescos burgos
Y en níveas torres, símbolo de amor es ya la cruz.

(6) Dr. Angel Pulido Fernández.—"Españoles sin patria".

Antákieh! Antákieh! redentora Edissa
De sierva como Agar,
Se hizo libre y madre de prole bendecida:
El cedro fue bellota y el árbol selva es ya!

Y tu fecundo enjambre del pueblo perseguido:
A Girardot tuviste y a Córdoba inmortal!"

—No encuentra usted cierto gusto en recitar esta soberbia poesía de Isaacs, y no siente usted en su sangre de antioqueño el grito de un atavismo oriental? Y qué habían dicho, antes de esta poesía, nuestros dos grandes poetas y videntes, Gutiérrez González y Epifanio Mejía?

Terminó el diálogo. Despidiéronse los amigos. Me quedé en la biblioteca meditando en este asunto del semitismo de Antioquia y a poco me pareció ver que los libros citados por Juan se movían en los anaqueles hacia mí. Fue esto una alucinación o un temblor de tierra de los que predicen los sabios?

Bogotá, 1926.

ANTIOQUEÑOS Y JUDIOS

Carta al R. P. Félix Restrepo, S. J., por Eduardo Zuleta para el "Suplemento".

Al muy R. P. Félix Restrepo, S. J.

Muy respetado amigo:

He leído con la mayor atención la carta que su reverencia me dirige y publica "El Nuevo Tiempo" sobre el diálogo que apareció en el Suplemento de "El Espectador", en el que se trata sobre el origen judío del pueblo antioqueño.

Comenzaré por decirle que esa carta la considero como un honor inmerecido, pues no me imaginé que ese estudio mereciera considerarse, aunque superficialmente, por un hombre de la ilustración, de la inteligencia y de la alta dignidad sacerdotal de su reverencia. Y es esto lo que me obliga a contestar dicha carta, con todo el respeto debido.

Desde luego creo que no me hice comprender de su reverencia cuando hablamos sobre mi artículo. Lo que me propuse con la publicación de él no fué probar que su majestad católica hubiera dado permiso para que viniera al Nuevo Reino una colonia de judíos conversos sino que, aunque estuviera de por medio la pragmática de Carlos V, sí vinieron a la Nueva Granada muchos hijos de Israel convertidos

al cristianismo y ya como cristianos viejos de acuerdo con las fórmulas de los estatutos; y que entre éstos los que llegaron sin duda a Antioquia habían impreso el carácter israelita al pueblo antioqueño, es decir, financistas, negociantes, higienistas, prolíficos y andariegos y otros aditamentos muy sugestivos, como los nombres y apellidos y el tipo de fisonomía que quedó dominando. Porque eso de distinguir el tipo judío "por la untuosidad de la piel y por los ojos brotados" no me parece un medio muy acertado para reconocerlo. Conozco muchos judíos y se me parecen a este paisano nuestro cuya fotografía copio aquí y que a pesar de ser probablemente de lejanísima ascendencia judía es un perfecto rabino como los que su reverencia y yo conocemos en Europa y en los Estados Unidos.

Por lo mismo que "San Ignacio estaba lejos y por encima de los prejuicios sociales", y por la misma razón de que "los santos son tan raros en el mundo", como dice su reverencia, es por lo que creo que todos debemos imitarlo en lo que nos sea posible. Y si los sucesores de San Ignacio no fueron del parecer del gran santo, con mucho respeto le diré que me quedo con la opinión de San Ignacio y no con la de sus sucesores. Dice su reverencia que por haber resultado los conversos que entraron a la compañía de Jesús—excepto el padre Lainez—revoltosos y levantiscos y de dura cerviz, fué necesario que la quinta congregación resolviera no volver a admitir a los que tuvieran la más ligera huella de ascendencia judía. Pero dada la admirable, la sabia y férrea organización de la compañía, es claro que también ha tenido que excluir de la comunidad a otros levantiscos y revoltosos de puro abolengo cristiano. Por supuesto que, aun dando por sentado que ciertos apellidos de Antioquia son de ascendencia de judíos conversos, la huella es tan lejana a este respecto que puede decirse con absoluta seguridad que no hay ningún antioqueño que no pueda entrar a la compañía de Jesús. Pongo por caso el apellido López. Los que lo lle-

ven o lo hayan llevado en Antioquia, aun cuando hubiera sospechas sobre tinte judaico en los antepasados, es tan lejano y han pasado ya tántas generaciones de la conquista y de la colonia a hoy, que ninguno de ellos caería bajo la sanción adoptada por los sucesores de San Ignacio; lo que no podría suceder con algunos López de Europa y hasta de Barranquilla que hoy todavía son marcadamente judíos.

Dice su reverencia, refiriéndose a mi buen amigo José María Restrepo Sáenz, algo sobre los nombres de la colonia y de la influencia de don Jorge Isaacs sobre los nombres hebreos de Antioquia. Es cierto que en muchas de las familias de la colonia había Mauricios y Javieras, Croaldas y Melchoras, Franciscos y Tiburcios. Y era claro este procedimiento entre los colonos, pues había que alejar toda sospepecha, y hasta en la familia reconocida públicamente como de origen judío no existían entonces nombres hebreos. Pero de la independencia para acá cesó el temor y vinieron los nombres de israelitas; pero no porque don Jorge Isaacs los hubiera hecho poner, pues muchísimo antes de que el gran poeta fuera a Antioquia—que no fué sino en 1880—ya se entraba a las filas del partido conservador o por el seno de Abraham Moreno o por el de Abraham García, y ya pasaban quizás de cuarenta años doña Sara E., don Zacarías C., don Simeón G., don Rubén R y otros. Ya se usaba también en algunos pueblos el "árabe tocado". Además, "La tierra de Córdoba" no la escribió Isaacs sino en 1893. Precisamente porque el poeta observó en Antioquia costumbres y nombres hebreos y pueblos denominados Belén, Jericó, Betania, etc., fué por lo que se convenció de que los antioqueños podrían tener origen judío y dispuso que reposaran sus restos en Antioquia.

Considera su reverencia que al poner el nombre de Mesopotamia cometí un pecado venial porque allí nunca dominaron los judíos. A esta aseveración contesto que el diccionario de historia y geografía que frecuentemente consulto y que se considera entre los mejores, dice: "Palestina.... los

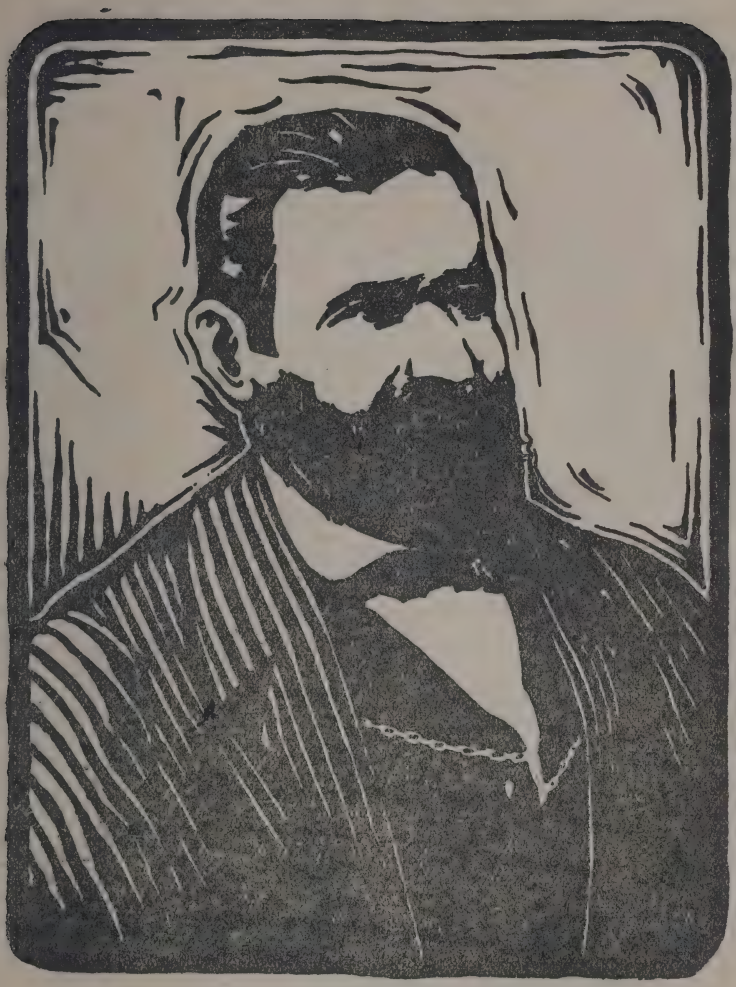
semitas de Caldea meridional subieron el Eufrates, fijáronse unos en Mesopotamia, otros atravesaron el río bajo la conducta de Abraham, etc."

Y si esta cita profana no fuere suficiente, trascribo lo que San Agustín dice en la "Ciudad de Dios": "La escritura refiere en seguida como Tharé, con todos los suyos, abandonó la Caldea, vino a Mesopotamia y permaneció en Carres.... Jacobo es un enviado por sus padres a Mesopotamia para buscar allí esposa, etc."

Quizás no he dicho que el Líbano, Antioquia y Armenia sean nombres judíos sino orientales, pero de uno de mis libros de consulta copio: "Y fueron entonces agrícolas (los judíos) en los feraces valles donde se cultivaban ricas mieses, palmeras olivares y viñedos; ganaderos donde copiosísimos rebaños pastaban por dilatadas y jugosas praderas; leñadores en las ondulantes lomas del Líbano, donde se producían las preciosas maderas con las cuales hacían los arquitectos ciudades que albergaban poblaciones prósperas y fecundas....; industriales y mercaderes, en fin, porque trabajaban mejor que nadie y recorriendo con sus naves el mundo conocido traficaban los ricos tejidos de púrpura escarlata; las obras artísticas en oro, plata y cedro; los elegantes y ricos vasos; las especias y perfumes de la Arabia; los ganados de cerda y lana criados en la Armenia...."

Pero la que más me sorprende entre las aseveraciones rotundas de su reverencia es la de que Antioquia es ciudad griega por los cuatro costados, pues a todos los antioqueños nos han enseñado los maestros y los libros que el nombre de Antioquia viene de Antioquía, ciudad de Siria, sobre el río Oronte.

Bien sabido me tengo, reverendo padre, que en varias partes de Europa se le tiene al judío un odio implacable. Residía en París cuando el "affaire" Dreyfus, y me di cuenta de eso; leí entonces muchos estudios contra la raza judía. Pero francamente no creo que se les odie tanto por ser prevaricado-



"Un antioqueño que, a pesar de su lejana ascendencia judía, revela a un perfecto rabino como los que su reverencia y yo conocimos en Europa..."

res y descendientes de los fariseos sino porque los "trusts" bancarios que han acaparado el oro del mundo están compuestos de judíos", como anota su reverencia. El poder de un pueblo o de un individuo para hacerse ricos es cosa que no se perdona fácilmente, y lo digo yo que he considerado el dinero como algo secundario en la vida y que he dirigido mi espíritu a más altos destinos que los de acumular monedas; pero que veo sin molestarme en lo más mínimo el que los demás se enriquezcan, y antes bien lo celebro, porque desde que haya muchos ricos, los pobres no lo pasan mal en términos generales. Al decir que los antioqueños poseen el poder adquisitivo del dinero y tienen cerebros de financistas, hago solamente constar un aspecto de su carácter muy parecido al del israelita. Algún día un compatriota poco amable les hacía a los hijos de Antioquia, en mi presencia, el cargo de que acaparaban todos los negocios y no dejaban margen a los demás para enriquecerse. Hacía poco había leído un libro de un ilustre español católico, y recordando lo que decía sobre los judíos y los negocios, le contesté al compatriota, aprovechándome de la reciente lectura, lo siguiente: "Que se asocian, comercian, disputan a los demás sus ganancias, ahorran, previenen sus necesidades futuras, utilizan la superioridad de su ingenio y de su laboriosidad, se aprovechan de los despilfarros del pródigo, luchan en las concurrencias de la astucia, a veces con las mismas armas con que se les ataca. Bueno: y aun suponiendo que esto suceda, ¿qué tiene esto de abominable? ¿Qué inferioridad arguye semejante conducta? ¿En qué se opone a que, por lo demás, acrediten su probidad, la garantía de sus tratos, el áureo valor de su palabra y la honorabilidad de su carácter? ¿Acaso no hacen lo mismo todos? ¿No es la vida social siempre esto en Nueva York y en Roma, en Berlín y en Londres?"

Creo que los puntos que acabo de contestar son los únicos que tienen alguna importancia en la carta abierta de su reverencia; pero, reverendo padre, dígnese fijarse en que cla-

ramente digo que no pretendo dictar una sentencia difinitiva ni imponer como dogma histórico lo que expongo en mi estudio; como aficionado a labores históricas y sociológicas, presento mi contribución a un punto de nuestra historia nacional con antecedentes históricos y observaciones personales, para que hombres como su reverencia lo esclarezcan de una manera documentada y sólida.

Quedo enterado de que su reverencia ha recibido felicitaciones por su carta abierta. También las he recibido yo por mi estudio. En carta que recibí hace poco me dice un hombre de gran erudición histórica: "He leído con el más vivo interés su estudio, en el que me ha parecido encontrar una gran parte de verdad". Pero en todo caso esto no agrega ninguna seriedad al debate, porque las opiniones de los hombres siempre andan divididas.

Considero que el debatido asunto del semitismo antioqueño, que he querido traer a la discusión debe esclarecerse, no con sentimentalismos ni con negaciones ardientes, ni con bromas, sino con algo sustancial y científico.

Y ahora va su reverencia a leer lo que aquí copio de un admirable escrito de otro López de Restrepo—el doctor Carlos E. Restrepo, ex-presidente de la república—. Verá su reverencia cómo ese descendiente ilustre de don Alonso López sostiene la misma tesis mía apoyándose nada menos que en lo que dice sobre los judíos el padre Didón, en su maravilloso libro "Jesucristo". Y verá su reverencia por este artículo que el asunto que traemos entre manos reclama un estudio más serio y una atención más profunda de la que su reverencia ha querido prestarle.

"TIERRA VIRGEN"

I

Epifanio Mejía, el poeta en cuyo cerebro—invadido ya por las sombras de la demencia—cupo esta estrofa:

"Todos estamos locos,
dice la loca.
Qué verdad tan amarga
dice su boca!";

estrofa de alta psicología, que acusa los desarreglos inevitables de los organismos mejor equilibrados, y que señala el claro-oscuro, siempre indefinible, que media entre la razón y la locura, ese poeta, decimos, fue interrogado hace poco tiempo sobre esta debatida cuestión: ¿Los antioqueños descienden de judíos? Y el vate, es decir, el adivino, respondió así: "Yo no sé si los antioqueños descienden de judíos; pero en sus hechos sí parecen judíos".

Talvez el hábito de la inspiración dictó al poeta loco esa respuesta, como el hábito de las sensaciones mueve los nervios de los cadáveres frescos.

Ello es que la respuesta contiene una verdad de tan profunda observación etnográfica, que merece un libro para ser

desarrollada. En ella vamos a ocuparnos lo mejor que nuestra escasez de alcances y de espacio nos permitan.

. . . . . .

Si el origen de los antioqueños no es pues judío, repetimos con el poeta que en los hechos sí lo parece.

Para estudiar este asunto es indispensable una comparación entre el pueblo hebreo y el antioqueño; esperamos que de ella han de resultar, siquiera en parte, las dos consecuencias que se proponía el eminente etnólogo sir John Lubboch en el estudio de las razas inferiores, a saber: "Ilustrar mucho lo que ahora está pasando entre nosotros, muchas costumbres que evidentemente no tienen ninguna relación con las circunstancias actuales, y algunas ideas que se han incrustado en nuestros espíritus, como los fósiles en las rocas; y. . . . podemos disipar una parte de las tinieblas que separan el presente del porvenir". (1)

Tál es nuestro propósito.

Para desarrollar el paralelo nada mejor podemos hacer que basarlo en el estudio que sobre el pueblo hebreo hace el P. Didón en su monumental obra titulada "Jesucristo", obra de crítica invencible, de historia documentada e irrefutable como apologética, que ha penetrado a las entrañas mismas del racionalismo moderno. La concienzuda y sagaz observación que allí se hace del pueblo judío nos ahorrará muchas digresiones, y las citas que hagamos del autor pondrán de relieve las analogías que pretendemos hacer resaltar.

Nos ponemos a la obra:

Las colonias judías están en todas partes. . . . Sería difícil, dice Estrabón, encontrar un lugar sobre lo divino, en ésta no alcanzan ni a dominar ni a la tierra que no haya recibido judíos, y en que no estén poderosamente establecidos. (2)

(1) "Los orígenes de la Civilización. Madrid, 1889.
(2) Didón, "Jesucristo", París, 1891, p. 99.

Mutatis mutandis, de los antioqueños puede decirse otro tanto, respecto de Colombia; y no son raros los casos en que éstos busquen otro teatro más remoto, como ha sucedido con alguno que se ha establecido sólidamente en Atenas, otro que alcanzó grado de superior en el ejército chino, en la pasada guerra con el Japón, varios que han plantado sus tiendas en los desiertos septentrionales del Brasil, y algunos que han ido a fijarse en la república Argentina, llevando todos consigo el sello de una raza que persiste aún al través de toda selección.

No podemos resistir al deseo de intercalar aquí el concepto que sobre nuestro pueblo ha formado el sesudo escritor doctor Salvador Camacho Roldán, porque las imparciales observaciones de éste confirman la semblanza que tratamos de establecer, y corroboran las consecuencias que vamos a deducir.

Dice el doctor Camacho:

"El primero de éstos (el antioqueño) ha desplegado en los cincuenta años que acaban de trascurrir, cualidades (de colonizador) en extremo notables para el efecto. Raza fecunda como ninguna otra en la república, sus números son hoy seis veces mayores, a lo menos, que al principiar este siglo. Sana, vigorosa, inteligente y emprendedora, ha suplido con el trabajo lo que le falta de fertilidad a sus tierras, de suerte que en riqueza general esta sección es la segunda de la república.... Su tipo fisionómico tiene más semejanza con el de los habitantes de las provincias vascongadas en España, que con el de ningún otro grupo de la población de la península... Movido, quizás, por la capa delgada de tierra vegetal que se encuentra en las faldas de sus cordillieras, no muestra grande apego al terruño natal, emigra con facilidad en busca de tierras más fértiles, fuéra de los límites de su circunscripción política, y ha empezado a poblar la de sus vecinos del Cauca y del Tolima; de suerte que, a la vuelta de medio siglo, será quizás el elemento etnológico principal de Colombia". (3)

(3) Salvador Camacho Roldán. Notas de viaje. Bogotá, 1890.

Esta misma potencia colonizadora era la que cantaba el poeta de la "María" cuando pintaba convertidos en vergeles los imperios del cóndor que se extienden,

"Desde Anaime y Nabarco hasta las fuentes
hoscas del Guariñó".

El que conozca siquiera someramente el pueblo antioqueño encontrará muchos de sus rasgos característicos en las líneas que vamos a trascribir del citado P. Didón:

"Esta extensa tolerancia ha favorecido mucho el desarrollo y acrecentamiento de esta raza, cuya inteligencia práctica, firmeza, flexibilidad, y, según el testimonio de Tácito, el gusto de dar la vida y el desprecio por la muerte, es difícil desconocer. Ninguna otra ha conocido mejor el arte de enriquecerse, porque ninguna ha mostrado un sentido práctico más fino, una frugalidad más austera, un trabajo más infatigable y una voluntad más perseverante.

Las preocupaciones de lucro que en otras razas ahogan las ideas superiores y secan la fuente de destruir la religión.

. . . . . .

Las otras razas se funden en el medio adonde emigran; el judío no tiene más que una patria, la santa Sión; el resto del mundo no es para él sino tierra extranjera.

. . . . . .

A pesar del celo de su proselitismo, el judío no ha logrado decentar el mundo pagano. Paganismo y judaísmo representan dos fuerzas hostiles, refractarias entre sí.

El fariseo devoto, intransigente, tiene horror al gentil, y éste desprecia al primero. . . . Cicerón no veía en el judaísmo sino un pueblo nacido para la servidumbre, y Séneca lo mira como una nación miserable y criminal. . . .

Evidentemente, esta raza religiosa está mejor dotada para la defensiva que para el ataque y la conquista; tiene

más cohesión que expansión, rigidez que flexibilidad; es más resistente que penetrante; tiene fuerza, pero no simpatía. . . ."

Por elemental que sea el desconocimiento que se tenga de la familia en el pueblo de Israel, se sabe que era numerosa, y que la maternidad fecunda se tenía en alto honor al par que, según la expresión del P. Didón, "la esterilidad era un oprobio".

Cuando se estudia una nación basta considerar cómo se educa y se instruye a los niños, para que se conozca cómo son los hombres que la forman, y para abarcar el desarrollo y la aplicación de la energía.

Mucho explicará en los dos pueblos de que tratamos la manera como se educa a sus hijos. El autor que tántas veces hemos citado va a plantear lo que podemos llamar el "pensum" de esos dos pueblos:

"El judío, en la educación, no descuida el lado terrestre y práctico; todo israelita, sea cual fuere la clase a que pertenezca, debe aprender un oficio. "Al padre incumbe la obligación, dicen los Talmudes, de instruir a sus hijos en la ley y de darles una profesión". En esto los Talmudes resumen las tradiciones de las costumbres judías. Los que no dan profesión a sus hijos, traicionan un gran deber; es, dice un Targo, como si les enseñasen a bandidos. El genio positivo y laborioso de la raza se encuentra aquí por completo. El judío no ha conocido la indolencia, la ociosidad y esta muelle resignación que admira el europeo en los felaes de la Palestina. El trabajo es sagrado para él, y es un honor el oficio, aun entre los rabinos más ilustres".

Muchos más rasgos similares pudiéramos añadir entre el pueblo judío y el antioqueño en este aspecto que pudiéramos llamar histórico y constitucional; podríamos agregar otros sobre la vida íntima de familia; pero bastan a nuestros propósitos los trascritos, si los complementamos—como vamos a hacerlo—con otras hondas semejanzas de vida política e intelectual.

Antes de seguir, bueno es que advirtamos al lector: tratamos de hacer un estudio de miras amplias y generales, y, por consiguiente, no lo queremos poner a la sombra de ninguna de las banderitas de papel que en estos momentos sirven de enseña a nuestras facciones. Recordamos, por lo mismo el viejo lema de los caballeros de la Jarretera: "Sea maldito quien piense mal de esto".

Y que siga, hablando el P. Didón:

"Los grandes sacerdotes, arbitrariamente nombrados y destituídos por los procuradores, han perdido todo prestigio. La multitud que los odia y los desprecia, se venga de ellos con insultos, mofas y anatemas. Nada detiene esta ola de odios: sube y desborda. Veinte años más tarde se cantará en las calles de Jerusalén:

Qué calamidad la familia de los Boethos! Malditas sean sus lanzas!

Calamidad, la familia de los Kantharos! Malditas sean sus plumas difamadoras!

Calamidad, la familia de Phabí! Maldita sea la pesantez de sus puños!

Calamidad, la familia de Hnan! Malditos sus silbos de víboras!

Ellos son sumos sacerdotes; sus hijos, tesoreros; sus yernos, guardas del templo....

. . . . . .

Las cosas de la otra vida no los preocupan: materialistas, sensuales y escépticos, no creen en ella. Conservar el orden establecido, vivir en buena inteligencia con los romanos, mantenerse en sus destinos, ganar y gozar hé aquí lo esencial para ellos. La religión no es un fin sino un medio; no lo dicen en voz alta, pero este axioma domina secretamente en su existencia".

El casuismo de nuestra raza, las sutiles distinciones de palabras, el espíritu de litigio que nos domina, este vano ruido de voces en que hacemos consistir la justicia de nuestras

aspiraciones.... todo esto lo retrata el historiador francés en el pueblo judío, hasta el punto de creer úno que está leyendo una crónica de nuestra vida social; resume así sus observaciones:

"Vano y vil casuismo, sin moralidad y sin elevación. Los más exagerados son naturalmente los más oídos; los discípulos de Hillel, inclinados a la moderación de las interpretaciones, son derrotados por los de Schammai, el austero, el intransigente. La letra es la ley; mientras más se aferre úno a la letra, más seguro tiene el triunfo. Cuando la pasión se desencadena, así en religión como en política, en el arte de lisonjearla está el secreto de vencer".

De estos históricos discípulos de Hillel, agrega Didón:

"Que forman un cuerpo escogido, cuya sabiduría no era siempre escuchada en los consejos de los ancianos y de los jefes; no consiguieron detener la corriente de la opinión pero tuvieron la gloria de ver claro.... corrieron la suerte de estas minorías supeditadas en las horas de la violenta crisis, en que la derrota es a veces honor, y el triunfo es la derrota".

Para economizar más citas, bastará que resumamos el carácter nacional del pueblo judío con estas palabras trascendentales que Didón toma del profeta de las grandes profecías que gloriosamente ganadas las tiene nuestra gente; habla Didón de este pueblo de "independencia indomable, raza de cuello inflexible, como una vara de hierro, según la expresión enérgica de uno de sus profetas". "Dura es tu, et nervus ferreus cervix tua". Isaías, XLVIII, 4.

Si nos parece que al conjuro de estas palabras, seiscientos mil antioqueños se yerguen, de pie sobre las crestas de sus montañas, desafiando todas las iras y todas las tempestades!—La Miscelanea, Medellín, mayo de 1897".

Y después de denunciarle a su reverencia este nuevo filón de la controversia, cuelgo la pluma. Creo haber tratado

este asunto con el respeto debido a su reverencia, y hago la protesta formal como católico sincero y amigo de la compañía de Jesús de que en caso de una nueva salida no usaré de las armas esgrimidas contra mi persona en este debate.

Muy respetuosamente amigo,

EDUARDO ZULETA.

ELOGIO

de Santiago Pérez Triana en la Academia Colombiana de la Lengua.

Señores académicos:

Si no para vosotros, cuya benevolencia me dió un asiento aquí, por lo menos para las señoras y señores que me oyen, voy a dar una explicación de mi presencia en esta alta Corporación, y de mis palabras.

Antes de que yo hubiera tenido el honor de estar en vuestra compañía y en la de aquellos insignes escritores de España que forman la Real Academia Española, debía haberme precedido aquel célebre bogotano, cuyos despojos mortales están bajo tierra extraña y a la sombra de una atmósfera fría y de un cielo oscuro, desapasible y triste.

Por una fina atención de la Real Academia, don Santiago Pérez Triana y yo recibimos el honor de ser admitidos como individuos de número de la Academia Colombiana. A él lo sorprendió la muerte, y cuando el compañero y amigo viene a tocar a vuestras puertas, quiere deciros algo de la vida y de las obras de aquel admirable ingenio que aquí os hubiera deleitado con esa dicción castiza, chispeante y coloreada, que tenía el encanto de una atracción irresistible.

Pero quizá haya venido a ser si no mejor, a lo menos más placentero para mí el hacer el elogio de aquel hombre con quien, si no compartí todas sus ideas, me unían todos los vínculos de una admiración sincera que iba de abajo para arriba. Ni deja de ser significativo el que sea un modesto obrero literario de provincia el que venga a hablaros de un hijo de esta ciudad procera, cuna de varones ilustres, hospitalaria y benévola y providencial y firme sostén de la unidad nacional. Y os digo ésto porque quizá no llega a la altiplanicie provinciano alguno que no venga prevenido contra la Capital, o porque a largas distancias es natural que los prejuicios se cultiven y arraiguen o porque no habrá faltado de paseo por valles y montañas algún baratijero como aquel que asombró a Tablanca, *no sólo por las maravillas, jamás vistas allí de la tienda que plantó en un ferial del valle, sino por el encanto de su pico, por la majura de su cara y por el rumbo de su porte.* Pero a medida que las distancias se acortan y la provincia se acerca, le llega a Santa Fé la hora de mostrarse, y entre la invitación por aquí—sazonada con el fino e intencionado gracejo,—y la estatua del Libertador por allí y la Oda de don Miguel Antonio, y la estatua de D. Rufino, y el Capitolio, y la cultura exquisita y el aire alegre y retozón de los mozos, y los frescos de Acevedo Bernal; y el pie breve, y el encanto musical y la piel delgada, que la baja presión vuelve rosácea en las damas y para cuya natural hermosura el adorno es ocioso; y el agasajo benévolo para el vencedor y el vencido, con lo que los hijos de la ciudad del Licenciado Jiménez de Quezada recuerdan al más amable de los romanos tan amigo de Bruto y de Cicerón, como de Antonio y de Octavio, todo eso hace que el hijo de la provincia vuelva a la patria chica, con el amor y el cariño imperecederos por esta querida Capital que es el orgullo de la patria. Porque esta es la cultura de la raza, porque este es nuestro idioma, pintoresco como el de Madrid, vivo como el de Sevilla o reposado, sentencioso y clá-

sico como el de Valladolid y Burgos. Lo heterogéneo de la provincia se funde aquí y forma al fin y alcabo la masa homogénea de la República unitaria. De los claustros de Santa Inés unos, de los del Rosario otros, de los de San Bartolomé aquéllos, hemos ido llevando a la costa y a la montaña y al valle, y seguirán llevando nuestros hijos, el amor a la Capital, el recuerdo de la gracia, de la amabilidad, del espíritu amplio y generoso de los descendientes de aquellos castellanos que llegaron a remolque de los Virreyes, y la gratitud a los sabios maestros que abrieron a nuestras mentes y a nuestros corazones más amplios horizontes, que han ido modificando en la periferia al gamonal perseguidor y enfermo de las potencias del espíritu.

Y exponente genuino de la Capital era Santiago Pérez Triana, con las variantes y ampliaciones que le imprimió a su espíritu su vida cosmopolita.

Corría el año de 1885. Santiago Pérez Triana dirigía entonces una casa de negocios en New York, y un día desconocido y pobre estudiante en esa Metrópoli me acerqué a su oficina a que se me cubriera una letra de cambio. El cajero habló con Pérez, y éste dió la orden de que me cubriesen la letra y de que se me hiciera entrar a su despacho. Me recibió como a antiguo conocido, me preguntó por mis compañeros colombianos de estudios, por los literatos de Antioquia, por la política, me dió un ejemplar de la Revista "La América" que redactaba, apuntó mi dirección y acabó por invitarme a tomar lunch en un restaurant vecino—en donde me dijo, conocerá Ud. a Pérez Bonalde y a Martí. Y mientras hablaba conmigo, tocaba el timbre, entraban y salían los empleados, daba órdenes en alemán, en inglés, en español. Aquel hombre pequeño, obeso, miope, risueño y nervioso me dejó sorprendido. Era la primera vez que yo encontraba en aquel desierto de tres millones de almas que nada decían a mi corazón, una alta inteligencia latina vívida, calurosa, atractiva, que me recordaba las cosas, los hom-

bres y la vida de mi tierra y de mi raza. Estaba Pérez Triana entonces en plena juventud. Llevaba una vida de príncipe. En su casa no faltaban los invitados. De su mesa hablaban primores. Recibíanlo en los salones de los hombres de letras con los honores que se merecía ese gran espíritu suramericano. Redactaba una Revista literaria y comercial. Compraba las armas para los conservadores y para los liberales que estaban en guerra. En los Bancos le abrían cuentas al descubierto porque ni los prácticos americanos resistían a su palabra persuasiva. Sorprendía a todos su prodigiosa memoria. Recitaba las poesías de Longfellow y de Whittier, de Pombo y de Fallon, de Musset y de Víctor Hugo, de Tennyson y de Swinburne, de Núñez de Arce y de Campoamor, de Heine y de Goethe; y de Méjico a la Patagonia le eran familiares las obras de los escritores sobresalientes. El lema de su vida no se limitaba únicamente al de la mesa y al lecho de Jerónimo Coignard: lo extendía también a las letras y a los negocios. En "La América" comenzó su carrera literaria y New York le sirvió de centro para las grandes y múltiples amistades que después le recordaron y sirvieron. Por su iniciativa y por su dinero circuló por el mundo aquella famosa traducción del Cuervo de Poe, de Pérez Bonalde, en edición bellísima que apenas si en posteriores tiempos han podido igualar en elegancia y belleza las casas editoras de París y de Barcelona. Pérez Triana y Pérez Bonalde se presentaron entonces al mundo literario como ellos eran personalmente. La edición, el prólogo y la traducción revelaban el alma artística y selecta de esos dos hijos de la antigua Colombia. El uno acrecentó su fama y dejó su nombre vinculado al de aquel hijo de la desgracia y del genio; el otro se inició con la destreza y el arte de un maestro.

Tomo un párrafo sólo del Prólogo, como muestra del estilo y de la penetración de Pérez Triana:

"No hay necesidad de buscar un sistema para explicarse el carácter de la obra de Poe.

Es un quejido prolongado y vago, un murmullo que a veces tiene notas de amenaza o maldición. En áspero camino montañoso se perdió entre las nieves el cantor, desnudo, hambriento y débil para la lucha con los elementos. Mas la trova de amor y de esperanza o gloria, no pobló el aire. Cerrados estaban sus labios, más de vez en cuando, la lira que llevaba entre las manos chocaba en las rocas del camino, y su sonido, recuerdo, o esperanza de mejores días, se perdía incoherente y vago, en el silbido de los vientos. Y así de los cantos de Poe. Mas en las escasas notas así arrancadas de esa lira se alcanza a oír el temple divino e imperecedero".

Tenía Pérez Triana un repertorio de anécdotas que quienes tuvieron el placer de oírlo en conversaciones de amigos, recordarán el modo original y personalísimo como los trasladaba de un idioma a otro. Los ingleses abrían los ojos y se reían con estrépito, violando así su carácter protocolario, cuando Pérez Triana les refería anécdotas y chistes bogotanos.

Hablando alguna vez sobre un incidente en la vida de una actriz parisiense en un círculo de colombianos, decía: "Pues la actriz arregló matrimonio con un griego. Refirióle el caso a una amiga y compañera, quien le aconsejó que para evitar que el griego se llamara a engaño cualquier día, le refiriera toda su historia. Hízolo así la actriz y el griego quedó conforme. Díjoselo a su amiga, y ésta admirada de lo ocurrido le preguntó: Y le contaste todo, todito? Contestó la actriz: Todo sin omitir nada. Pero qué memorión el tuyo, alita.... dijo la otra.

Al cabo de varios años de lucha la fortuna le fué adversa. Volvió a Colombia y se reveló entonces como un gran orador.

Tenía una cabeza dantoniana, su voz era clara, sonora, y los períodos de sus discursos, armoniosos, vibrantes, caldeados como esta naturaleza que calienta el sol de los trópicos.

Cuando salió de aquí hizo el viaje más atrevido para un hombre como él, delicado, casi ciego y de difíciles movimientos. Ese viaje lo describió en aquel libro "De Bogotá al Atlántico". Hay en esa obra descripciones admirables de la flora y la fauna de la región del Meta y del Orinoco, planes de Ferrocarriles, reminiscencias, regocijos y tristezas, filosofía personal y ajena:

"La noche era espléndida; soplaba una brisa ténue, en la cual nos llegaban los mil rumores peculiares de la Zona tórrida en las primeras horas que siguen a la puesta del sol. Delante de nosotros, sin ruido y sin murmullo, arrastraba el río Meta el poderoso caudal de sus aguas. Los astros del cielo se reflejaban en sus ondas, produciendo pequeños relámpagos quebradizos de luz, como si partieran de una cota de acero amartelado y bruñido".

Quizá lo mejor de ese libro es aquel capítulo en que el río Meta saca el pecho afuera y le habla en "retóricos períodos". Escribía Pérez Triana en días de adversidad, pero tenía tal confianza en sí mismo y en el éxito final, que en ese mismo capítulo dejó escritos estos párrafos consoladores del ánimo afligido, varoniles y hermosos:

"Si tienes pesares propios piénsa en la ley de la compensación y recuerda que muchas veces lo que los hombres llaman desgracia no es sino un cambio de vía que les hace entrar en un nuevo camino, en donde acaso tengan campo más amplio para el ejercicio de sus facultades; y recuerda sobre todo, que para el hombre de energía y de buena voluntad, los obstáculos son fuentes de victoria, y que las derrotas aparentes pueden convertirse en escalones para ascender más alto. ¡Cuántas veces nosotros los ríos después de una catarata o de vencer el contrafuerte de alguna montaña que nos obstruye el paso, hallamos tras de la lucha y la tormenta, her-

UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

mosos valles que fecundar con nuestra corriente, y en dónde rodar por luengas millas bajo el palio eterno de los cielos!"

Trozos hay en el libro de un lirismo romántico que hace recordar épocas de literaturas lejanas, en las que el corazón se entregaba a las multitudes, en las que el sentimiento ingenuo y franco se exteriorizaba sin temor al análisis. Y era porque Pérez Triana era un poeta. Su prosa es lírica aun tratando asuntos de finanzas.

En su vida hubo un desgarramiento de amor juvenil, que el dejó escrito en versos soberanos y que recitaba en intimidad con emoción profunda. Quizá pensaba en ese tiempo ido, cuando su pluma se movió en el recuerdo, que queda haciendo parte de la vida de los seres humanos como la sombra que persigue a cada paso en la vigilia y el sueño. Oid:

"Las auroras que recordamos nunca se oscurecen; la majestad del sol que vimos hundirse circundado de gloria tras los lejanos horizontes, jamás decae. La palabra que nos llegó al corazón y lo hizo estremecerse, la mano que estrechó la nuestra en el adiós o en la bienvenida, la muchedumbre que se agitó como el mar sacudido, el llanto que corrió, la luz que vimos brillar en esos ojos ya apagados, todas esas manifestaciones del pasado, flores del jardín de la vida, tempestades del océano del mundo, que guardamos en la memoria, permanecen allí con todo su sér, con todo su alcance y toda su fuerza sobre nosotros cuando ya el tiempo ha echado sobre ella sus años".

Su festivo donaire para hablar lo reconocemos todos los que tuvimos el gusto de oírlo, y en el escribir lo habréis visto en el libro de que os hablo. "Si me lee, le leo" y "aprovecho la oportunidad para leer a Uds. algunas de mis poesías" de aquel sujeto del ascensor de Nueva York. Esos dos chistes los oiréis repetir con frecuencia a todos los que han leído "De Bogotá al Atlántico". Aquel espíritu regocijado aun en medio de tribulaciones de esas que inquietan y turban el ánimo más sereno, dejaba en el oyente la impresión de una

alegría sana, y produce todavía en el lector una de esas sonrisas suaves con que el ironista regala aun a los amargados de la vida, ¡La ironía! *Flor de la arena* la llaman los que no la comprenden. Nó. La ironía es el desquite sabio y comprensivo de lo que tiene la vida de ridículo. Esa risa es llanto que perdona, flor de los espíritus selectos; rocío que cae sobre los rosales moribundos; fuerza que remueve el residuo de bondad que queda en los corazones.

El libro de Santiago fué publicado en inglés y luégo en español. Tuvo lo que llaman una buena prensa y alcanzó varias ediciones.

Por ese tiempo vivió en Europa de lo que le producía su pluma en periódicos y Revistas ingleses; pero como esto no alcanzaba para la vida, él inventaba negocios y hacía todo lo que podía abarcar su actividad pasmosa.

Era el año de 1900. Aún no había terminado el otoño, y un calor suave de sol se sentía en la atmósfera. El cielo de Madrid conservaba todavía crepúsculos rojos del verano ido y la Castellana y Recoletos apenas si podían contener en sus amplios espacios la multitud que buscaba ansiosa los últimos rayos tibios que iban a desaparecer. Por las Avenidas del Parque del Retiro aún pasaban victorias descubiertas, y apenas si las pocas notas grises de los vestidos hacían un leve contraste con los rostros vivos y luminosos de la hembra española.

Al vestíbulo de la Biblioteca Nacional iban llegando hombres desconocidos de tierras lejanas: eran los delegados del Congreso social económico hispanoamericano: Justo Sierra, Zaldívar, Calzada, Zumeta, Pallares, Fernández, Blest Gana.... y de repente apareció Santiago Pérez. Era el mismo de siempre: expresivo, risueño y jovial, díjome al reconocerme: "varado, pero con víveres a bordo".

Pasó inadvertido en ese Congreso. Asistió a las sesiones en silencio y ocupó su puesto en los banquetes y recep-

ciones sin decir palabra. La elocuencia española e hispanoamericana era un derroche.

Moret electrizaba a los Delegados. Fernández Shaw recitaba trozos magníficos de artículos y discursos de Fernández Flórez y de Núñez de Arce con una voz y con una actitud como las de la Sergine en las conferencias de *Fémina*, cuando leía capítulos de las obras de Georges Sand. Justo Sierra en oraciones cálidas de patriotismo regional seducía a los mismos castellanos. Zumeta, viejo compañero de Pérez en Nueva York, llamaba la atención por su estudio sobre "El Continente enfermo". Santiago Pérez oía y observaba. La razón, sin duda, de su conducta dependía de la situación en que se encontraba entonces. Era Secretario del Dr. Rafael Zaldívar, ex-Presidente de El Salvador. Este hombre de gracia seductora, generoso y derrochador, tenía un gran cariño a Pérez; se daba el lujo de tener un Secretario de esa clase y como hombre de gran representación diplomática y política, era natural que aspirase a tener el privilegio de ir adelante, de mostrarse en salones y academias, como Jefe de la Delegación de su patria.

Zaldívar no era tampoco un hombre común. Tenía condiciones de gran político, de caballero fino, y era el genuino spécimen del manejo cauteloso como persona conocedora de la trastienda, en el gobierno de cosas y personas. Santiago optó por ser en este caso un Gil Blas prudente y discreto. En la intimidad recitaba aquellos versos que había publicado en "La América":

El Himno canto yo de los vencidos
De la existencia en la revuelta arena,
Los que de muerte heridos
Cayeron en mitad de la faena.
Hable la historia. Digan sus anales.
Si los que el mundo aclama
Y cuyo nombre un día
Preconizó la fama,

Fueron en realidad los vencedores;
Si fué Nerón o fueron los cristianos,
Sócrates o sus Jueces
O Jerjes o el puñado de espartanos.
Diga por fin en quién, cielos y tierra,
En quién el vencedor, en quién han visto
Si en Pilatos o en Cristo.

Pasaban los años; Pérez fué luégo a Madrid a desempeñar un puesto diplomático de El Salvador y a vivir de lo que le producía un pequeño negocio de barnices. El tenía que emprender en algo y trabajaba sin descanso.

Su educación en Alemania, su vida en Nueva York, Londres y París lo habían desvinculado un tanto de la raza española. Pasó un tiempo como un desconocido, pero fué adaptándose con voluntad decidida, hasta que penetró en la redacción de periódicos importantes. Desde allí escribía para las Revistas inglesas y americanas que le pagaban en guineas y dólares sus artículos; pero estimaba tanto su españolización que a sus amigos mostraba como un triunfo el billete de veinte pesetas que le daban por un artículo en Madrid. En "Hispania", de la empresa editorial de "Blanco y Negro" escribió asiduamente. Recortamos de uno de los números de esa Revista lo que dijo sobre la lengua castellana:

"Desde Méjico hasta el extremo austral del Continente americano impera soberana la lengua de Castilla.

De las cosas humanas, ninguna otra de tan maravillosa magnitud como el idioma: en él se arropan porque da forma tangible al nombre, al recuerdo, a la tradición, al ideal y a la esperanza, los montes, y los mares, los credos, y las razas, el pasado y el presente y el futuro. En él se unen en este caso, los hijos de España, los criollos de raza pura, los africanos, los mulatos, los indios y los mestizos y cuantos hombres llegados de todas procedencias conviven en sus dominios".

Fué en Madrid donde publicó los primorosos cuentos a Sonny, fabulillas que sin pretensión alguna literaria muestran la íntima ternura de Santiago para con su hijo y cómo derramó allí lo dulce, lo suave, lo tierno de su corazón en páginas de delicadeza exquisita. En cuatro líneas que forman el "Prefacio", dejó Pérez asomar la sensibilidad y la poesía de su alma. Los rizos de Sonny iban a caer; el desprendimiento doloroso de esos bucles que guardaría la cesta de los recuerdos, sorprendió al mismo padre que había pasado por esas mudanzas de la tragedia universal de la vida.

Llega el Congreso de La Haya y Pérez Triana sale del remanso de una diplomacia incolora y de una literatura sin alcance mundial. Al llegar a la tribuna de ese salón en que se decían mentiras convencionales, que la lucha próxima iba a poner a descubierto y a terminar con la esperanza de una civilización efectiva, todos se preguntaban: Quién es ése? Pensando todavía en la justicia de los hombres y de los pueblos, Pérez Triana dejó salir de su pecho todos los idealismos, todas las armonías, todos los períodos luminosos, que como ondas sonoras poblaron el espacioso salón de sesiones. En medio de representantes de poderes autocráticos, él fué allí el heraldo de Hispanoamérica; la voz del derecho y de la libertad, que aprendió en las páginas de la historia suramericana; el representante de esta raza que por sus tipos de selección ha echado por tierra la frágil clasificación de los angúlos faciales, que como rutina inconcebible sigue figurando en textos de enseñanza seudo científica. En aquel Congreso de la Paz, que se preparaba para la guerra, Pérez defendió a los débiles contra el apetito de los poderosos; no porque esa hubiera sido la doctrina aceptada en el mundo, sino como la que debía practicarse. Y hablar así entre Embajadores protocolarios, suspicaces y disimulados, en aquella atmósfera de componendas secretas entre los grandes, entre los discordes de las potencias extranjeras, no era un acto de diplomacia, sin duda. Pero cuando todo aque-

llo iba entre líneas, entre matices más o menos desvanecidos, la voz sincera, franca y viril de Pérez Triana cayó como una bomba en ese centro de disimulos y medias palabras. Fué una nota tropical y resonante, fué la revelación de una raza considerada como inferior; fué la elocuencia copiosa y desbordada y hasta la nota alegre que disipó por un momento la tristeza anticipada de los rostros de esos diplomáticos que medían sus fuerzas en silencio, para enfrentarse pocos años después en el campo de la muerte.

La fama de Pérez comenzó a extenderse. Por aquel tiempo fijó su residencia en Londres y comenzó para él la más intensa y agitada época de su vida. Tomó parte en la política y con motivo de la crítica de su folleto "Desde lejos" al arreglo de la deuda extranjera, escribió como prólogo una catilinaria contra el Gobierno de Colombia, tan vehemente, tan fogosa y tan subida de color, que en el estilo mismo bien puede considerarse superior a las de don Juan Montalvo. Estaba escrita con sangre y con la decidida intención de entrar en las luchas ardientes de la política a que él había sido siempre ajeno.

El folleto circuló en Colombia profusamente. El nombre de Pérez Triana volvió a sonar. En Antioquia, que era el fuerte de la oposición, y en donde se le había combatido antes, adquirió un prestigio extraordinario. Contestóle el folleto don Jorge Holguín, ese otro colombiano "ático y decidor", "el primero en la danza y en el salón cortesano" y uno de los espíritus más finos y de mayor agilidad mental entre los escritores políticos y entre los oradores del Congreso. La discusión sobre el convenio de la deuda extranjera se hizo interesante, no tanto por lo que el convenio tuviera de malo o de bueno, cuanto por lo que había en ella de chistes, de rasguños y de alfilerazos en ese juego de esgrima en que el florete era la pluma y los contendores dos espíritus regocijados y listos. Santiago después de revolver números, de llevar y traer a aceedores y a deudores, las alzas y bajas,

las cotizaciones y aduanas, deja caer la pluma del polemista y en la mitad de la refriega toma la del literato y escribe páginas selectas de literatura descriptiva:

"Son estas playas de Royan sonrientes y asoleadas, a lo menos en los tibios veranos que de ordinario las arropan. El suelo ubérrimo se extiende como la palma de la mano, sin ondulaciones perceptibles, en apretados viñedos que hacen horizonte. La sangre generosa de sus vides corre por el mundo bajo rótulos renombrados cuya sola mención despierta grato cosquilleo en el paladar. Más allá de los viñedos álzanse ásperos pinares, apenas rumorosos cuando el viento los agita y verdes en todas las épocas del año, con el opaco verde de sus tupidas frondas. La costa se extiende en innúmeras bahías y pequeñas ensenadas, como si el mar, teniendo mandíbulas, la hubiera mordisqueado a porfía. A su línea accidentada, sin ser fragosa, llegan a morir, ya suaves, ya violentas, las olas que jamás descansan. Por estos mismos parajes desemboca el Garona, que un poco más arriba compartió su lecho con el Gironda, viniendo ambos como ébrios de sol confundidos a la mar. Por doquiera un bullicio de vida sereno, con la calma bucólica de la agricultura triunfante; ni estrépito ensordecedor de máquinas, ni tinieblas de humos vagabundos en el cielo, ni estrindentes silbatos de locomotoras: la naturaleza es plácida y amena, arrullada a toda hora por el murmullo o el rugido del Océano, que los astros bruñen, esmaltando los pliegues de las ondas como un orfebre que ilumina con hilos incrustados de oro la templada hoja toledana o la rotunda convexidad de algún escudo historiado con la fantástica fauna de una heráldica legendaria y simbólica".

Nombrado Pérez Triana Ministro Plenipotenciario de Colombia en Londres y en Madrid, intervino en negociaciones de empréstitos para la República. Lo atacaron en esas actuaciones, y comenzó entonces la publicación de folletos en que se defendía unas veces, en que atacaba otras. Se

mezcló en todos los asuntos referentes a contratos. *Girardot, Puerto Wilches, Consolidación de la Deuda*, etc., etc. No descansaba un momento. Su casa en Londres, como en Nueva York, fué lugar de reunión y obsequio. Colombianos, españoles, hispanoamericanos, iban allí a compartir la sal de su mesa. Había doblado ya el cabo de las tormentas de boca y algo más. Era el oráculo, el dirigente en todo. Se dirigía al Presidente de Colombia en epístolas, algunas veces desapacibles contra Ministros y subalternos. Fué el auge, fué la cúspide. Luis Bonafoux, ese crítico agriado, ese inconforme hijo de las Antillas, le hizo elogios y lo consideraba como una de las pocas personas que no estaban disgustadas con él. Ramiro Maeztu alababa en la mesa de Santiago "el vino blanco en el frío exacto que le hace gustoso, y el borgoña en la justa tibieza que realza su aroma" y recuerda la grave faz morena que mostraba en una anécdota las debilidades de los grandes hombres o la grandeza de los pequeños.

Dejó de ser Ministro. Vino el nuevo eclipse; volvió a surgir en la Conferencia panamericana, y Pérez llevó la palabra en nombre de Colombia y de hispanoamérica. Fué el orador aclamado.

Los nuevos hombres que en Nueva York y Washington ni le conocían, ni le recordaban quedaron sorprendidos y absortos ante la elocuencia avasalladora de Pérez y aun mereció el honor de que el Gobierno de Washington lo recomendara oficialmente al Gobierno de Colombia como a uno de los mejores, sino al mejor de los Delegados. Políticamente éste fué su último triunfo.

La guerra europea había comenzado entre el asombro de los pueblos y la ignorancia diplomática. Algo raro y extraordinario para los pacifistas desorientados e ingenuos y claro y natural para los que penetrando un poco el sentimiento animal del hombre, habrían comprendido que la célula humana recobraba en medio de la llamada civilización eu-

ropea su carácter primitivo. Pérez saltó a la arena del periodismo entonces y de los artículos vibrantes y elocuentes que escribió en "Hispania" formó un libro titulado "Aspectos de la Guerra". Santiago se inclinó a uno de los bandos en lucha, pero no dejó de ahondar los móviles del conflicto. Oid estos párrafos llenos de verdad y de comprensión.

"Las grandes potencias formaron dos grupos rivales, para sostener el equilibrio internacional: la Tríplice y la Entente. Se dieron a repartirse lo repartible en el hemisferio oriental. Cortaron por lo sano. Su ley fué la de la espada. Aquellas guerras de éxito asegurado por la disparidad de fuerzas, en comarcas apartadas acaso fueron válvulas de escape para la tensión moral y ciertamente lo fueron de la tensión y de las rivalidades políticas. Los hombres se avienen con relativa facilidad en sus querellas cuando pueden endulzarlas con el despojo de un tercero incapaz de defenderse. Cuando ya no quedó nada que repartir, se inició un peligro, inherente a la naturaleza de las cosas, como el fermento al mosto. La jauría famélica, falta de presa, se destroza a dentellada limpia".

No podía faltar tampoco a la pluma de Pérez la nota del desquite.

Esa triste, pero justa consideración que se ocurría a todo hispanoamericano, tratado de salvaje y fustigado sin clemencia antes por el europeo, cuando trataba sobre nuestras convulsiones internas durante la elaboración epiléptica que había de consolidar la República, la dejó escrita Pérez en estas líneas en que explica la guerra y pone al desnudo el resurgimiento de la barbarie ancestral.

"Esta vieja Europa, tan dada a mirarnos a los latinoamericanos desde la excelsitud de su torre pulquérrima de marfil, como bárbaros irredimibles, cada vez que una contienda civil americana la induce en temores por la suerte del cupón, a los quince días de guerra, ya asesina, ya roba, ya

incendia, ya tortura como en pleno Putumayo; sólo, sí, que lo hace en escala y proporciones descomunales y fantásticas.

"Ella es la obra del legado fatal de los siglos, que pesa sobre todo europeo, como un yugo o una cadena, desde la cuna hasta el sepulcro. Las ambiciones dinásticas, las codicias territoriales, el ansia del predominio político, los rencores de la raza, los antagonismos religiosos, las obsesiones reivindicadoras, todo ello que viene de muy atrás, arraigado en la entraña de la vida colectiva, determina, en cada pueblo, la orientación política y encauza las energías nacionales".

En uno de los últimos artículos de ese libro original, volviendo y revolviendo sobre la guerra, analizando hasta los detalles, Pérez en medio de la desesperación que le producía ese conflicto gigantesco, toma el fecundo e intangible precepto de

"Mourir pour la patrie
C'est le sort le plus beau,
Le plus digne d' envie".

Para él la guerra debía cobijar a todos: Emperadores, Reyes y Jefes de Estado y Ministros, Consejeros y favorecidos, políticos, financieros y bolsistas y agiotistas y traficantes en elementos de guerra. No comprendía cómo habían de quedar "sin una hoja de laurel enrojecido en el combate" estos hijos de la fortuna que en la derrota o en el éxito iban recogiendo silenciomente los restos del desastre o de la victoria.

Pensó en una paz, sin odios, sin despojos territoriales, en una paz consolidada que no se "transformara en descontento supremo, sin otra solución que la violencia". Es inconcebible que una mente privilegiada como la de Pérez cayera en estas ilusiones. Sólo su bondadoso corazón podía pensar en esto y desconocer los profundos orígenes animales del hombre. Olvidaba él la envidia democrática tan palpable en los comienzos del conflicto; olvidaba cómo la humanidad no ha resuelto ningún problema a derechas, y

cómo los grandes exponentes de la ciencia misma nos enseñan que ésta no es capaz de explicarnos la naturaleza de las cosas.

No desconozco que todo esfuerzo, que toda aspiración, que todo trabajo que tienda a predicar la paz de las almas y de los pueblos y que luche por la perfección de los espíritus tenga relativa eficacia; pero la eficacia total ante el enigma de esta humanidad rebelde, maculada y contradictoria queda sin solución definida. Cuando Livingston aseguraba que los mestizos eran los seres más crueles del mundo, olvidaba la historia y no pensó que llegaría una época de inaudita crueldad en Europa.

Cuando aún ardían las aldeas y ciudades, cuando el cañón tronaba y la lucha no había terminado en vencedores y vencidos, la muerte selló los labios y paralizó el brazo de Pérez Triana.

Santiago Pérez Triana, hijo del Presidente Pérez, que fué también de esta casa, heredó directamente de sus padres las dotes de inteligencia que lo distinguieron en tan alto grado entre propios y extraños.

Ambos escribieron sobre la purificación espontánea de las aguas y sobre el juicio de la posteridad sobre los hombres. Pérez Triana decía:

"Nosotros entramos a las ciudades y son limpias nuestras aguas; cuando salimos de ellas arrastramos todas las impurezas y todas las sustancias extrañas que son el producto y el residuo inevitable de la vida de las grandes agrupaciones humanas; más a muy pocas leguas de distancia nuestras aguas se han purificado de nuevo y son claras y limpias como lo fueron antes. Así mismo entran los hombres a la vida, limpios; y cuando de ellas salen, van manchados las más veces y siempre estropeados por la lucha. A través del tiempo, las miserias individuales quedan olvidades, las tristezas de la vida, los desfallecimientos del ánimo desaparecen; y el hombre purificado se destaca sobre la página de la historia, en

la cual, cuando ha habido verdad y justicia, el vencido se convierte en mártir, el luchador en héroe y el pensador en apóstol".

Don Santiago dijo:

"Conciudadanos! Cuando esos grandes ríos han traído su curso al través de larga y tempestuosas regiones, ¿llegarán a su término tales como fueron en su origen? O ¿será lo natural, casi pudiera decirse lo justo que lleguen enturbiados y amargados por las malezas mismas que han limpiado en su camino?

"Mas así como los vemos pasar a ellos en la majestad de sus crecientes, y aguardamos a que, levantadas en los espacios inmensos las aguas recobren su primitiva fuerza, así vemos pasar también entre tempestades y eclipses, los espíritus de combate. La historia como el océano es un eterno crisol: ella devuelve a los hombres extraordinarios, ya serenado el combate, con su verdadero carácter en su pristina grandeza". Y en otra parte: "La posteridad no hallará en los hombres que hasta ella lleguen la marca vulgar de la injusticia contemporánea. Ella no verá en esos hombres más que su frente iluminada, si han sido apóstoles; no verá más que sus palmas hendidas si han sido mártires".

Don Santiago fué maestro de ciencias políticas y formó hombres de estado que aún lo recuerdan con admiración y cariño. Pérez Triana creó amigos con su generosidad y su gracia que lo vieron partir de la vida con tristeza de agradecidos y admiradores. El padre tenía un estilo preciso, sobrio y maduro como un verdadero pensador; el otro sobresalía más por su talento oratorio. D. Santiago fué un escritor de los de frase recogida y de pensamiento hondo y discreto. El hijo escribía en frases sueltas y abundantes. El padre era una mentalidad positiva. En Pérez Triana "la vena es tan caudalosa, que no puede menos que correr turbia a

veces; pero con los desperdicios de ese caudal hay para fertilizar muchas tierras estériles". Don Santiago fué un hombre modesto, de severidad prelaticia, varón austero y "Catón revolucionario" como se dijo de Pí y Margall. Pérez Triana vivió cuando pudo en el esplendor y la magnificencia. El uno tuvo por centro de lucha la patria; el otro lució bajo el amplio palio de todos los cielos.

Agosto, 1919.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Señoras, señores:

A los que se sorprendan de que sea yo quien represente en este momento al Consejo Directivo de la Universidad, les diré simplemente que me parece justa esa sorpresa. Y declaro, que si no fuera por benévola apreciación con que mis maestros y amigos juzgan el esfuerzo personal con que contribuyo al perfeccionamiento de los que vienen atrás, en la marcha hacia la solución de la incógnita de esta rara existencia, no sería yo quien ocupara esta tribuna, desde donde no deben hacerse oír sino los acentos graves de aquellos a quienes el tiempo y la acumulación de méritos han consagrado como sacerdotes.

Jóvenes: A la sombra de estos claustros venerables comenzó la vida de mi espíritu, bajo la dirección de los mismos que hoy rigen este plantel, ya histórico para nosotros, y de la de un padre de almas, orgullo y honra del Clero, una de las más vivas manifestaciones del triunfo definitivo de las democracias cristianas y que es, además, en su clase, el tipo más saliente y original de este pueblo querido, de este pue-

blo a quien él arrebató con su palabra evangélica, a quien él ha servido con ese amor que suelta los cables que el egoísmo amarra, y a quien ha hablado siempre en el lenguaje regional y enérgico de su raza, sin diletantismos ni metáforas; profesores vuestros son todavía varios de los que a mi también me enseñaron las fuentes de la verdad científica; a vuestro lado he vivido varios años, más como amigo y compañero que como maestro, y testigo idóneo soy de vuestros méritos y aptitudes; de suerte que bien pudiera yo decir de la Universidad de Antioquia lo que el poeta dijo de la patria: "De tus entrañas soy pedazo".

Al ver que muchos de vosotros sois elegidos para recibir la recompensa que la Universidad concede a los mejores, siento en el alma la satisfacción que engendra la dicha de los seres a quienes uno ha asistido en la íntima evolución de sus inteligencias, con el calor cariñoso y paterno de las propagaciones intelectuales.

Nada hay más hermoso en la vida que estas escenas que la ciencia muestra; nada que llegue al corazón tan puro como el eco del triunfo que, tras larga vigilia, viene a coronar el esfuerzo humano.

Vosotros representáis para la familia y para la Patria un porvenir quizá grandioso; ahora lleváis a vuestros hogares un tributo de amor, y allá en las intimidades de una madre y sus hijos váis a comenzar a escribir en el hermoso libro de la gratitud filial. Sabed que en la vida el gran descanso del alma está en el placer que nuestra conducta pueda producir en el corazón de esos seres queridos. Estoy seguro de que los que en estos momentos vean lejana la casa paterna y vuelen con la imaginación a aquel rico santuario para ofrecer a sus madres este triunfo, sentirán el anhelo santo por aquellas miradas siempre dulces, miradas que vosotros habreis buscado solícitos en todo instante de descanso nocturno, en toda angustia infinita, en todo recuerdo melan-

cólico, de esos que llenan las páginas alternativamente tristes y dulces de estas primeras etapas de la vida.

Pero esto es también un sacrificio, porque es peligroso recompensar los méritos, como ya dijo el célebre Pascal. La humanidad no se somete al predominio de las individualidades sin la eterna protesta del vencido, que se traduce, a veces, en injusticias populares, o en aterradoras blasfemias. Contra esta ley implacable que determina en unos el éxito y en otros la tortura desesperante de la derrota, se revelan las multitudes y los pueblos, porque en la vida vivimos resolviendo los problemas sin datos suficientes, y olvidamos que por encima de nuestras cabezas hay un Sér que nos ama y que nos hará ver con claridad suprema y consoladora la razón de estas desigualdades.

Una observación subjetiva nos dice a todos que el más ligero triunfo se convierte, a poco, en lágrimas secretas, y que tal vez el solo placer que debe codiciarse ha de ser únicamente el descanso que produce el intervalo que media entre dos neuralgias.

Los alumnos que salen laureados de los Colegios, no siempre llegan todos a las cimas victoriosas dominadoras del vulgo, porque la lucha al salir de los claustros reviste caracteres muy diversos de los que informan la que hay que sostener en estos recintos sagrados, en donde la melevolencia no ha asumido refinamientos inicuos, ni la envidia ni la calumnia, ni todos los pecados de espíritu son manifestaciones mórbidas con caracteres de invasión casi general en todas las almas. Por eso se apoderan del antiguo estudiante, cuando se le ha lanzado a una sociedad que no conoce, y adonde llega convertido en gladiador indefenso, los desfallecimientos fatales que van arruinando las energías y acaban por empujarlo hacia el suicidio de la indiferencia por la vida y por los hombres y hacia el aniquilamiento espiritual que lo hace anhelar porque llegue la hora de la destrucción de las células orgánicas que siguen existiendo, por una cruel ironía de la suerte. Por

eso van apareciendo diaria y tenazmente los recuerdos melancólicos de lejanos y mejores días que hacen de la vida una perenne nostalgia y que arrancan frases de desconsuelo inmenso sobre la ineptitud de la existencia.

La vida que viene después de esta, en que vivimos entre libros, es casi una continua decepción, y así como a la vuelta de un camino o al transmontar las cordilleras hay una escena nueva y los horizontes cambian, así también, al terminar todo día aumenta el número de las amargas sorpresas.

Ni la vida modesta y serena—exenta de la ambición que engendra la vulgaridad insólita de democracias degeneradas—ni la marcha tranquila de los espíritus ajenos a las inquietudes del saltimbanqui, se escapan de las acres censuras de sus semejantes.

Por una pretensión inaudita de las inteligencias humanas se juzga de las acciones de los demás con un criterio casi siempre falso, queriendo darse a toda apreciación momentánea un carácter permanente, sin pensar en que la misma existencia individual es una serie de contradicciones inexplicables, y un enigma perpetuo que nos deja perplejos, cuando queremos sondear la razón de ciertas tendencias incompatibles con nuestra educación, y con sentimientos que arraigan de lejos y que han llegado a nosotros en serie sucesiva y casi religiosa de aspiraciones nobilísimas.

El dolor profundo de los hombres—y muchos de vosotros sabéis que yo lo había observado antes de encontrarlo en libros recientes—es el que causa la falsa interpretación con que a menudo se hostiga y mortifica al que ha pensado obrar rectamente. Las corrientes humanas engrandecen con frecuencia a quienes representan ciertas pasiones malsanas, diestramente ocultas, y persiguen con el furor de las rebeldías intratables al que las generaciones posteriores han calificado de justo.

Esta naturaleza contradictoria, esta conciencia voluble y la injusticia que envuelve casi continuamente el concepto

de los hombres sobre las acciones ajenas, determinan en ciertos espíritus un movimiento retrógrado que los lleva a la inhibición total de los centros activos. Organismos y corazones que se cansan prematuramente y que son incapaces de resistir el empuje extraño que los hace vibrar con violencias inesperadas y crueles.

Ni es únicamente nuestra raza irascible y neurósica, la que se empeña en derribar las eminencias y en segar las caminos del triunfo a la juventud que llega al circo de este diario combate. También aquella raza serena y práctica, que tiene las voracidades increíbles del Bathybius que se mueve en los fondos obscuros del mar, aquella raza fría como la nieve de sus inviernos perpetuos se arrebata hasta romper las vidrieras de la casa de Wellington, amargarle la vida y querer obscurecerle la gloria de haber dominado los ímpetus heroicos y desesperados de aquella vieja guardia que buscó la muerte al pie del estandarte tricolor, que flotó victorioso en mil batallas en que eran vencidos los grandes capitanes y en donde eran fugitivos vergonzosos los emperadores eslavos y sajones.

Ni son tampoco las pasiones políticas las únicas que traen al espíritu horas de amargas decepciones. Para no citaros más que un caso en esa misma raza—que por apreciación equivocada, llaman justa—os diré que las acerbas críticas literarias de una Revista inglesa dieron muerte prematura a aquel poeta insigne que murió en la ciudad de los Pontífices y que por un acto de sugestión dolorosa, creyó también que de su existencia no quedaría más recuerdo que el que dejara un nombre escrito sobre la superficie movible de las aguas.

Os revelo este cuadro sombrío del porvenir, no para desalentaros, sino para preveniros. Ni creáis que os habla un desilusionado que se crea también víctima de esta civilización llamada inicua, creadora de neurosismos extraños y a la que se acusa de haber engendrado el pesimismo, de habernos in-

toxicado a todos con los productos patógenos del *bacillus literae*, y a la que se hace responsable, también, de la transformación del músculo vigoroso del antepasado, en las débiles fibras que constituyen nuestro sistema muscular actual y que hace echar de menos, a algunos, con tristezas de higienista las carnes apretadas y saturadas de oxígeno de los caciques vencidos.

Yo no participo en absoluto de esta opinión que se pronuncia contra nuestro siglo, que lanza maldiciones contra la ciencia y que la hace responsable de nuestras desgracias actuales.

Considero como una injusticia pretender que porque la ciencia no resuelve problemas que no puede llevar a los laboratorios, y que son inaccesibles al microscopio y a los reactivos, sea ella la que ha engendrado este desastre finisecular. No. La humanidad ha sido siempre una misma, y los altos y bajos que ha recorrido, en el crimen y en la virtud desde el paraíso hasta nosotros, forman casi una línea recta en que las ondulaciones son imperceptibles.

El brote primitivo de pasión homicida que hizo levantar la mano que segó una existencia en las soledades paradisiacas, ¿no será el mismo que hace crecer las páginas del libro en que se registran hoy las eliminaciones violentas?

En materia de pasiones y de crímenes, nosotros no diferimos de nuestros antepasados sino en el procedimiento.

Los desfallecimientos que engendran las enfermedades del alma y del cuerpo, arrancan hoy frases más abominables que aquellas que vertía en su desesperación el que interrogaba a los cielos, ¿por qué se concedía la luz al miserable y vida a aquellos que están en amargura de ánimo?

¿Difieren en algo los contemporáneos que trabajan en las encrucijadas o en los silenciosos recodos del egoísmo, con aquellos patriarcas que se aprovechaban del hambre del hermano para hacer negocios injustificables?

¿Ha inventado nuestro siglo algún vicio que no conste en la historia de nuestros mayores, y no dijo ya Bossuet, con acentos profundamente tristes y en frase reflexiva y desconsoladora, que la justicia era siempre una especie de mártir?

¿De qué dolores del alma, de qué caídas y vacilaciones del hombre y de qué aflicciones del ánimo, no nos habló ya en alto y rico lenguaje el Rey sabio, autor de la profunda sentencia sobre las vanidades humanas?

La humanidad sube y baja como las olas del mar y conserva así la regularidad relativa de su existencia, como se sostiene la de la presión sanguínea del organismo con las contracciones y dilataciones alternativas que presiden los vaso-motores.

No es la verdadera civilización la que origina el fastidio—ese fruto de las desidias tétricas como diría el infortunado Baudelaire—ni es ella tampoco la que encarna las desgracias de estos hijos del desorden, privilegiados de la amargura, mártires de la fatiga de las orgías secretas e indescriptibles del espíritu. No. Es este pobre corazón humano el que flaquea desde el día primero de la desobediencia hasta el de hoy, en que creemos asistir a los funerales de todas las esperanzas de este siglo caduco.

Pensemos en que los desequilibrios no son sino aparentes y que sólo por un error de apreciación odiamos y perseguimos al enemigo sin meditar en que "doblada ya la cabeza bajo el peso del destino, todos caminamos por entre dolores y desventuras casi iguales".

Vueltos los ojos al pasado y contemplando el presente, vemos que los hombres también han sido grandes en la virtud y en el trabajo; ellos han encauzado las fuerzas sueltas y locas de la naturaleza, y han sentido el amor que se eleva a las altas regiones y que luego desciende y se refleja con la suavidad exquisita de los grandes ideales.

Jóvenes de la Universidad de Antioquia: nacidos en tierra abrupta y casi estéril, la energía tiene que alcanzar

entre nosotros el límite de lo extraordinario; hay que vencer la naturaleza antes que al hombre; hay que perforar la roca inútil y buscar en las entrañas de la tierra el venero que la Providencia ocultó para probar el vigor de nuestro brazo; hay que compensar nuestra pobreza agrícola con la riqueza ignorada que espera más sabia dirección que la descubra; hay que inclinar las inteligencias hacia el trabajo fecundo, hacia la vida verdaderamente patriótica y grande, y utilizar hasta el amor de los átomos y las relaciones secretas de las moléculas.

Creo sinceramente que este es el medio de contrarrestar la acción destructora que a la larga producen las impasibles páginas del libro, sobre las energías vitales que a la postre se pierden en abstracciones lamentables. El remedio más eficaz para evitar las múltiples claudicaciones del corazón, es vivir apegado con fuerza cristiana a la realidad y al rigor invencible de la lógica, y sobre todo, enseñarnos a dominar el ímpetu pretencioso y pueril que nos lleva a explorar todos los misterios de este sér enigmático, y que quedará siempre como una interrogación incontestable para nosotros, hasta el día en que nos visite el monstruo cariñoso de la muerte.

La prudencia evangélica salva las almas, y nos dará fuerzas para estar en pie hasta la hora terrible pero consoladora en que la carne, primero convulsa y luego rígida, nos libre de su yugo abominable, y nos permitirá decir con el autor de "El Salmo de la vida", esta frase enérgica que espero quede grabada en vuestras mentes:

"Contra el muro de la virtud, os desafío, ¡oh, muerte triunfadora!"

Medellín, 1894.

PEDRO JUSTO BERRIO

Estudio escrito con motivo de la inauguración de su estatua en la Plaza Principal de Medellín.

La duración de la vida, de esta vida fisiológica y material, tan semejante en los animales y en las plantas, está sometida a condiciones variadísimas que la prolongan o acortan. El impulso más o menos vigoroso del germen; el suelo destinado para el desarrollo; el trabajo empleado en contra del obstáculo, y las energías gastadas en vencer las inclemencias, explican el que haya árboles y hombres robustos, hombres y plantas resecos, semillas inútiles, granos infecundos y existencias precarias.

La vida efímera de organismos que nacen y mueren; la existencia desigual de los seres; los caracteres débiles o vacilantes como Sirio; los enérgicos, los apasionados que persiguen los grandes ideales; los que vencen las contrariedades; los que como tallos de cañas flexibles ceden a las más imperceptibles corrientes, y toda esta variedad infinita de manifestaciones, obedece, sin duda, a razones de más alta trascendencia que a las puramente estéticas.

En el reino animal hay seres que mueren, como en el vegetal, con el término de las funciones nutritivas; relajados

o destruídos los resortes de la máquina, no queda de ellos ni siquiera el recuerdo, que es el altar en que ofician los pueblos y los sacerdotes de todas las religiones. Esta clase de seres, que es la que forma la gran mayoría de las sociedades, no da más que notas débiles en la cuerda vibrante de la vida, que no alcanzan los honores del eco. La existencia de este rebaño mudo, pero pretencioso, no tiene más significación en el campo de la Historia que la que tienen las ondulaciones en el mundo inorgánico, que al alejarse no dejan atrás sino el silencio. En cambio, hay otros que siguen viviendo después de la desorganización molecular con vida más o menos larga, según la huella imprimida en la sociedad en que existieron. Hay, pues, una gran variedad de aptitudes: unas puramente mecánicas, aplicadas a las producciones materiales, y otras de carácter espiritual que pueden tener los cambios infinitos de luz de los genios abstractos, o el carácter directivo de los hombres superiores, de tendencias claras hacia resultados prácticos y útiles, que se imponen por la fe y por la sinceridad de esas aspiraciones.

Limitándonos a esta sección de la República, diremos que ha habido hombres como Zea, los Restrepos, Aranzazu y otros, que pueden considerarse como figuras brillantes, pero de pocos hechos; héroes como Girardot y Córdoba. Hombre superior no hemos tenido sino uno: *Pedro Justo Berrío.*

Nació en Santa Rosa de Osos, a 2.600 metros de altura sobre el nivel del mar. Allí aparece el sol grandioso como en el Océano, y despierta en el espíritu sentimientos de admiración profunda; el aire es diáfano, y excesivamente brillantes los astros de la hermosa comba azul; el siempre melancólico crepúsculo asume una diversidad indescriptible de tintes y produce en el alma la curiosa mezcla de sensaciones dolorosas y gratas de la nostalgia. El horizonte inmenso y lejano es muy propio para determinar el fenómeno del desdoblamiento de la personalidad, de la fuerza que nos

hace vivir varias vidas y nos saca de la carne para pensar cosas altas. La naturaleza vegetal es raquítica y pobre, y la tierra tiene el aire triste de la esterilidad siempre monótona. No hay más contrastes en esa vegetación que los que produce de cuando en cuando la acción destructora de la escarcha, que al caer sobres las hierbas y arbustos desmedrados, refuerza el aspecto sombrío de esas colinas infecundas.

La vida en pueblos apacibles, colocados en grandes alturas, sin los ruidos atronadores de civilizaciones materiales, sin descarrilamientos ni explosiones, y de tierras estériles, imprimen con frecuencia rasgos característicos en los habitantes de esas localidades; pero nunca un medio ambiente ha ejercido influencias más manifiestas que el de Santa Rosa sobre *Pedro Justo Berrío.*

De aspecto grave, de carácter reflexivo, como hombre muy preocupado con cosas elevadas y que ha tenido que mirar mucho hacia lo alto, de fisonomía recia e impasible, como la que se necesita para resistir las corrientes heladas, y de brazos invariablemente cruzados, que es una defensa contra el frío, porque así hay mayores facilidades para la contracción muscular, que produce calor y evita, al mismo tiempo, asumir actitudes vulgares.

A estos rasgos, que tienen mucho de influencias externas, agregábase una mirada penetrante, que partía de un ojo pequeño y profundamente negro, y sin las inquietudes visibles de las gentes frívolas, incapaces de percibir de un golpe el centro de gravedad de los hombres y de las cosas.

En estas razas cruzadas, de herencias contradictorias y demasiado complexas, hay, sin embargo, rasgos comunes y muy marcados en los miembros de las familias y de los pueblos. No sólo hombres públicos, como Melgarejo, Barrios, los Ezetas y demás héroes teatrales de nuestras democracias, sino también muchos de esos que parecen haber aceptado con paciencia cristiana la dulce medianía, tienen amor al penacho. Depende esto de una acumulación de células que recuerda,

por un lado, al ascendiente, súbdito de una nación monárquica, de majestades de golas y encajes, y por otro al antepasado indígena, que tuvo un amor entrañable por las plumas vistosas. De aquí el que sea raro que haya habido entre nosotros un hombre como *Pedro Justo Berrío*, que fué en este sentido una clara excepción. De militar y de alto Magistrado, usó siempre un vestido correcto y serio como su espíritu.

Parece que *Berrío* no obtuvo como estudiante los triunfos ruidosos de los premios escolares, muchas veces inútiles para la vida práctica; y como miembro del Congreso de su Patria tampoco arrebató a las masas con el verbo, casi siempre estéril, de nuestros Padres conscriptos.

En nuestros países es difícil hacer un estudio completo de las campañas y, sobre todo, de las dotes militares de los Jefes, por la deficiencia de datos. Relaciones más o menos descarnadas de las batallas, de los planes de ataque y de defensa, son las únicas fuentes de información que el historiador, aun de hechos recientes, puede encontrar en los órganos de publicaciones oficiales. Se desprecian—por incuria injustificable—detalles que podrían dar luz muy clara de los datos de nuestros Jefes y de los hechos realizados por ellos, que los harían dignos de ocupar puesto distinguido en los anales de nuestra historia incipiente. Combatimos por impulsos de raza, con valor inusitado, y pagamos un tributo desmedido al éxito final, o nos desconsolamos profundamente con las derrotas, y dejamos sin investigar las razones más o menos poderosas que originaron el desastre o determinaron el triunfo. Ejemplo muy elocuente de esta observación puede verse en los acontecimientos ocurridos en la guerra de 1860. En esa revuelta memorable, en que creyó jugarse de una vez la suerte de unos ideales sobre otros, llegó a apelarse—para obtener el éxito—al recurso inicuo de eliminar, en el silencio y alevosamente, a Jefes prestigiosos, que cayeron, como Julio Arboleda, al golpe de enemigos emboscados.

Se ha hecho con frecuencia a Antioquia—refiriéndose a esos mismos acontecimientos del 60—un cargo que es demasiado injusto. Se dice que el pueblo antioqueño no tiene dotes militares porque, o es insubordinado, o comprende claramente el peligro para arriesgarse en lucha desigual. ¿Saben, los que tal cargo nos hacen, las fatigas y las marchas incontables de la División antioqueña que en defensa de la Legitimidad combatía unos días en los ardientes valles del Cauca, y en otros, no lejanos, en los encumbrados riscos de su tierra, arrojando de su suelo las huestes invasoras de Santo Domingo Vila, en Carolina, y de Mendoza Llano, en Santo Domingo?

¿Sería—por ventura—el desconocimiento de una lucha desigual, y no el despecho patriótico de un pueblo agotado por años de lucha, que presentía su ruina a causa de las fuerzas superiores que se le oponían a su valor y patriotismo, lo que lanzó a los héroes de Santa Bárbara contra las trincheras de Santos Gutiérrez? Y, por otra parte, un pueblo no puede tener siempre Jefes como *Berrío*, que son victorias permanentes, ni héroes como Giraldo, que ordenan el ataque, sabiendo, sin embargo, que el toque de sus cornetas y el redoble de sus tambores son marchas fúnebres...

En esta guerra de 1860 comenzó *Berrío* su carrera militar, y adquirió un gran prestigio entre sus compañeros de armas.

Lo que a nosotros nos parece que requiere mayor atención en esta faz de su vida, no es el triunfo en Tinajitas, ni el que ayudó a obtener en Carolina, sino su participación decisiva en la batalla de Playas y la campaña que terminó en Yarumal.

Después de la derrota que sufrieron en el Tambo las fuerzas que comandaban el noble patricio Cosme Marulanda y el valeroso Ricardo Giraldo, llegó *Berrío* como Comandante de las fuerzas del Norte, y después de favorecer la retirada hasta Girardota y de unirse a las nuevas y redu-

cidas fuerzas que había allegado el Gobernador del Estado, Dr. Rafael Ma. Giraldo, lo primero que hizo—al ponerse a órdenes del Coronel Faustino Estrada, que era el Comandante en Jefe—fué el de advertirle o indicarle los cambios inmediatos que había necesidad de hacer en la organización del Ejército. Uno de estos cambios fué factor importantísimo el día de la batalla.

El Ejército partió hacia el enemigo por la vía de Guarne, San Vicente, y Concepción, y al llegar a Rumazón se encontraron las fuerzas legitimistas con las revolucionarias. Hubo allí un choque violento entre la vanguardia enemiga y el Batallón Medellín, que comandaba Baltasar Botero Uribe. En medio del fuego más nutrido voló Botero a ocupar la casa de D. Joaquín Ramírez, y llegó a ella casi solo, donde fué hecho prisionero, dejando a todos admirados de su arrojo singular. Allí estaban Giraldo, Estrada, Marcelino y Marco A. Vélez, José María Ramírez Vargas, Alejandro y Gonzalo Botero, Manuel Ma. Llano, Juan Bautista Barrientos, Abraham García, Víctor Molina, Gregorio Pérez Pagola, Sebastián Mejía, Abraham Moreno, Luis M. Gaviria, Marulanda, Gregorio Alamo, Vicente Gómez García, *Berrío*, Ricardo Giraldo, Juan de Jesús Alvarez, José Ma. González, Liborio Ochoa, Joaquín Espinosa, Luis B. Cárdenas, Martín Gómez, y otros. De éstos, Vicente Gómez Ochoa, y algunos más, cayeron muertos en el campo de batalla; González, Marco Antonio Vélez, Sebastián Mejía y José Ma. Gómez quedaron gravemente heridos. Pocos días después, en el combate librado en Santo Domingo, a órdenes del héroe de Boza, General Braulio Henao, y cuyo plan de ataque se concertó de acuerdo con Vélez y *Berrío,* ofrendaron su vida Nicanor Restrepo, Ricardo y Enrique Botero, Luna y Granados que llegaron después de Playas; y José Ma. González, Luis Gaviria y Gregorio Alamo. Otros de éstos hombres, como Rafael M. y Ricardo Giraldo, fueron a morir más tarde en campos gloriosos, defendiendo es-

tas mismas ideas, y los restantes, después de haber sido siempre leales a su causa, o han muerto pacíficamente, recordados con cariño y gratitud por sus compatriotas, o viven consagrados en mantener siempre vivo el fuego del patriotismo.

Una vez generalizada la lucha, y poco después de la heroica acometida del Batallón Marinilla, que puso a raya a los invasores en la quebrada del Molino, y que costó la vida a los valientes Jefes de dicho Batallón, Vicente y José Ma. Gómez, el Dr. *Berrío*, con su golpe de vista militar, alcanzó a ver que la colina del Molino debía ser ocupada inmediatamente, y antes de que, apoderándose de ella el enemigo, dominara por completo el campo, corrió hacia ella con su Jefe de Estado Mayor, Abraham Moreno. Esta operación era decisiva, y habiendo tomado la colina, *Berrío* la defendió por espacio de 3 horas, hasta que de acuerdo con el Dr. Vélez, que fué en su auxilio, dió una carga violenta, casi toda a lanza, sobre el fuerte del enemigo. Este, que era valeroso, resistió denodadamente; pero la posición adquirida era tan ventajosa, y el ímpetu de *Berrío* y el de sus soldados fué tan irresistible, que tuvo que abandonar el campo lleno ya de cadáveres.

Esto decidió en gran parte la batalla, y las armas legitimistas quedaron vencedoras en ese sitio memorable. Nadie negó a *Berrío* la gloria conquistada; nadie dudó de que el éxito alcanzado se debía principalmente a sus dotes militares. Dos meses más tarde flotaba la bandera nacional en las calles de Santo Domingo, después del sangriento combate que lleva este nombre.

Caído al fin el Gobierno legítimo, por motivos que serán siempre una grande enseñanza para los políticos, el Estado de Antioquia fué el teatro de las más vergonzosas escenas de rapiña, de los atentados más inauditos contra la libertad de conciencia y los derechos individuales.

Como la situación creada en Colombia por el vencedor era imposible que pudiera aceptarse pacientemente por este pueblo; como la mayoría de Antioquia era y es esencialmente conservadora, resolvieron los inteligentes hijos del Sur, de acuerdo con los siempre patriotas hijos de Oriente, proponer al Dr. Berrío—Jefe del Norte, pero reconocido por todos como hombre superior—un movimiento de restauración que diera en tierra con el orden de cosas establecido. Aunque el Dr. *Berrío* comprendió los peligros que acarreaba semejante empresa, terminó la carta de contestación a sus amigos con estas palabras: "Sin embargo, si mis amigos se lanzan, yo no seré indiferente a su suerte". Y así fué. Lanzados los del Sur y Oriente en la guerra, el Dr. *Berrío* los siguió poco después, declarándose Jefe de las fuerzas revolucionarias en el importante Distrito de Yarumal, el 13 de diciembre de 1863, y en los momentos en que el infortunado y valeroso Pascual Bravo, Presidente entonces del Estado de Antioquia, había partido para Oriente a atender a la revolución por ese lado.

Con fuerzas colecticias, armadas de lanza y con poco más de sesenta fusiles, se presentó pocos días después en el alto del Venteadero, que domina la ciudad capital. Bravo, que creyó que su principal enemigo era *Berrío*, por el prestigio y fama adquiridos en 1860, pero que ignoraba los pocos elementos de que disponía el Jefe del Norte, vuela de Rionegro a Copacabana, al mismo tiempo que otras fuerzas, al mando del General Plaza, llegaban a Niquía. Era claro que *Berrío* no podía hacerle frente, y el atrevido movimiento de situarse en el Venteadero era explicable únicamente por el hecho de que así distraía las fuerzas de Bravo y podían entonces unirse los del Sur y Oriente, y quedar en aptitud de dar una batalla decisiva, en que pudiera reunir el mayor número de probabilidades de triunfo. Pero Bravo, a pesar de su actividad, cometió el error de avistarse de día, y permitió así que *Berrío* comprendiera perfectamente

todas las ventajas de las fuerzas contrarias. Como *Berrío* había bajado bastante parte de la cordillera, vió por dónde podía ser cortado, si el enemigo—confiando demasiado en sus fuerzas—no hubiera hecho ostentación de sus planes; pero frustrado el plan de cortada, Bravo emprende activamente la persecución, y *Berrío* la retirada; pero de tal modo era ésta ordenada y serena, que poco antes de llegar a San Pedro da con una fuerza enemiga, que de Sopetrán venía a órdenes de Leonidas Piedrahita, y la arrolla y la hace prisionara en pocos momentos y continúa la marcha. Poco antes de llegar a Riochico da alcance la vanguardia de Bravo a la retaguardia de *Berrío*. Como el paso del río de Riochico había que hacerlo muy aprisa—para poder desde el lado opuesto favorecer la ascensión al alto del Peñol—*Berrío* da orden de que bajen precipitadamente; y como notara que estas órdenes no se cumplían con regularidad, corre él mismo con el General Barrientos a apresurar la retirada. Nota que algunos se dispersan, y que otros dan marcadas señales de pánico. Era aquel un momento solemne y decisivo para su honor militar; uno de aquellos instantes de la vida en que se revelan los hombres. El no podía comprometer un combate en aquellas condiciones, y era probable que llegados los más valientes al alto, acabaran por disperarse todos. Espera un momento, hasta que pasa la parte valerosa y disciplinada de la fuerza, protege la ascensión, dejando una guerrilla en el puente, y vuela al alto. Y cuando ve que llegan los Jefes subalternos, muchos de ellos beneméritos y mayores de edad a él, baja de la bestia, empuña una lanza, y les dice con el aire más arrogante e imponente: "Dentro de siete minutos han reorganizado Uds. sus Batallones o perecen en mis manos", y sacando el reloj, agregó estas palabras: "Señores, ha pasado un minuto".

A poco la fuerza continuaba la retirada en orden, en silencio y de noche, y a la una de la mañana llegaba a Santa Rosa, dejando al enemigo muchas leguas atrás. Cuando

Bravo se acerca a esta ciudad, *Berrío* se retira por la vía de Angostura.

Es muy probable que el Presidente Bravo creyera casi terminada esa campaña. El estaba al corriente de las pocas y mal armadas montoneras que se internaban hacia Angostura, y había observado el desorden de las fuerzas de *Berrío* en las faldas de Riochico.

Deja al General Plaza, apuesto y denodado joven cundinamarqués, al frente de 500 hombres, con los que debía perseguir al enemigo hasta dispersarlo completamente, y regresa a Rionegro a hacer frente a Gutiérrez, a Córdoba y a Duque. Era en Oriente donde se veía ahora el mayor peligro, y voló a buscarlo; pero, desgraciadamente para él, con la admirable retirada de *Berrío*, había perdido ya algo más que una batalla.

Plaza quien, o pensó—sin duda—arriesgada la persecución de *Berrío* por las montañas de Dolores, o recibió informes falsos—esto último difícil de creer, porque *Berrío* salió de día de Santa Rosa—tomó el camino de Yarumal, a donde llegó el 1º de enero de 1864, a las 11 de la noche, y a las dos de la mañana del día 2, comunicaba "que el enemigo había huído a su aproximación y que ya nada había que temer por ese lado".

El Dr. *Berrío* había llegado a Angostura el 31 de diciembre de 1863. Estas poblaciones quedan a 4 leguas de distancia, poco más o menos, en la base de un triángulo cuyo vértice fuera Santa Rosa.

Una de las condiciones militares del Dr. *Berrío* era la de mantener un espionaje activo y de confianza, y la de repetir órdenes hasta convencerse de que estaban dadas. A cualquiera puede parecerle esta cualidad de poca monta, porque esa deben tenerla aun los militares mediocres; sin embargo, ya se verá como Plaza no la tuvo, y para no citar más que un caso en las guerras napoleónicas, la deficiencia del triunfo en Quatres Bas, y el desastre de Waterloo, se

deben, en parte, a la ausencia de Berthier, quien trasmitía con suma prontitud y repetidamente las órdenes del Emperador, y quien en esa época, reemplazado por Soult y lejos de su Jefe, corría la suerte de los Borbones.

El Dr. *Berrío* aprovechaba el tiempo y se ponía pronto al corriente de la topografía, condiciones que le valieron a Napoleón el éxito en la mayor parte de sus campañas, y sin las cuales no es concebible un Jefe. Probablemente algunas de las derrotas sufridas por los Generales de Colombia en guerras intestinas, se deben a la más crasa ignorancia del terreno en que se mueven.

Hoy que el Ejército colombiano tiene una buena organización, deberían los Jefes militares de los Departamentos estudiar atentamente las posiciones estratégicas, las diferentes vías de comunicación, los recursos disponibles en todo el territorio, y tomar otros varios datos importantes sobre las secciones que les han sido confiadas. Observación que se nos ocurre, no por espíritu de crítica ni de mortificación para nadie, sino por intenciones de carácter patriótico, y porque así llegaríamos a un conocimiento perfecto del terreno en que tuvieran que maniobrar las fuerzas del Gobierno en las contiendas civiles, y las de la Nación entera en caso de una guerra internacional. Si esa obra está hecha, nosotros no lo sabemos, y, en todo caso, desearíamos estar mal informados.

Como hemos dicho, Plaza llegó a Yurumal, y en lugar de perseguir a su fugitivo y caerle encima, o de cerciorarse bien de su paradero, informó que había huído.

Berrío sí se había cerciorado perfectamente bien de la vía que había tomado Plaza, de las armas que tenía, y de los recursos con que contaba. Cuando los Jefes subalternos fueron llamados a Consejo el 1º de enero por la noche, no faltó alguno que creyera que se trataba de disolver la fuerza; pero *Berrío* no era hombre de pronunciarse para disolver o entregar al día siguiente a sus compañeros, y, además, su

ascendiente era tal sobre los Jefes y Oficiales, que su opinión era una orden. "Hay que ir a combatir; arreglen y dispongan todo lo necesario para la marcha, a las primeras horas de la mañana, y muy temprano estaremos sobre el enemigo". Los Jefes recibieron con grande entusiasmo esta orden y se apresuraron a cumplirla.

Eran compañeros de *Berrío* entonces, Juan B. y Wenceslao Barrientos, miembros de una de las familias más distinguidas de Antioquia, no sólo por su acendrado patriotismo, sino por sus grandes virtudes sociales; Vicente Gaviria, valiente y patriota hasta su muerte; Macario Cárdenas y Julián Alvarez, soldados valerosos, a quienes Julio Arboleda distinguió en sus gloriosas campañas; Ildefonso Sánchez, muerto después en Garrapata al servicio de las ideas conservadoras; Lucas Misas, querido y abnegado miembro de la causa de la Libertad en la Justicia; Abraham García, a quien ya recordamos con elogio en Playas y Santo Domingo; Luciano Henao, muerto en la batalla lidiando con grandísimo valor; Mariano Restrepo, Aureliano Jaramillo, Manuel Ma. Euse y otros decididos servidores.

El Dr. *Berrío* no se imaginó nunca que el Ejército de Plaza no estuviera ocupando el punto de *Puente-piedra* hacia la ciudad, que era necesariamente el lugar indicado para la vanguardia; él pensaba que el combate iría a ser en ese campo. De suerte que si por una parte, el descuido del adversario le advirtió que la victoria estaba asegurada, hay que pensar que ésta también fué debida a la concepción inmediata de lo que debía hacerse, y a la rapidez de las operaciones, porque en cuanto al valor desplegado por sus compañeros, no fué menos el de sus enemigos.

El 2 de enero de 1864 ascendía *Berrío* con sus fuerzas hacia la ciudad, y sin niebla—como nos lo ha asegurado un testigo presencial—y a poco una parte de la fuerza combatía en las calles y en la plaza, cuerpo a cuerpo, con el enemigo. A golpes de lanza, a espada, a cuchillo, a machete y

a tornillo pedrero, cayeron muchos en ese campo sangriento. Castillo, el segundo de Plaza, caía acribillado a heridas de sable en lucha heroica con el Coronel Euse. El General en Jefe fue derribado de su caballo de un balazo, y la derrota se verificaba a los veintisiete minutos del ataque, quedando en poder de los vencedores más de trescientas armas de fuego y 236 prisioneros.

A los dos días se libraba en el memorable campo de Cascajo el combate que dirigieron José Ma. Gutiérrez, Obdulio Duque y Joaquín Ma. Córdoba, y a quienes acompañaban Silverio Arango, Alejandro Botero, Juan Pablo Restrepo, Gutiérrez González, José Ma. Ramírez Vargas, David Gómez, Abraham Moreno, Luis M. Mejía Alvarez y otros, contra las fuerzas de Pascual Bravo.

Sabedor éste del desastre de Yarumal, decidió atacar a las fuerzas revolucionarias. El combate comenzó antes de las doce del día, y terminó a las seis de la tarde. Bravo cargó varias veces sobre el enemigo con grandísimo empuje; llegó a creer en ciertos momentos que iba a alcanzar la victoria, y en ocasiones en esos choques repetidos y violentos, combatieron los adversarios cuerpo a cuerpo.

Mientras tanto, Obdulio Duque, José Ma. Gutiérrez y sus compañeros hacían prodigios de valor. Ellos sabían que a pocas cuadras, detrás de sus bayonetas, estaba la ciudad sagrada del conservatismo en Antioquia, y que en ningún caso podrían pasar por sus calles, en derrota. Recordaban el nombre de Giraldo, de los Gómez, de Zuluaga, de Jiménez, de Arbeláez, de Naranjo, de todos sus héroes muertos en los campos de batalla, cuando las fuerzas superiores y más bien armadas, del enemigo, los hacían retroceder, y volvían a la carga, al recuerdo de esas memorias queridas.

Diezmados ya los tercios valerosos de Bravo, y muerto su segundo, el valiente Juan Pablo Uribe, Bravo buscó la muerte gloriosa del Jefe pundonoroso. ¡Así debe hacerse! Si las balas se resisten a herir el corazón y Dios no quie-

re el sacrificio supremo de una alma enérgica, que conste al menos que se buscó y se desafió el peligro hasta el último instante. Cuando Napoleón adivinó la derrota en Waterloo, cuando vió a Ney perdido y a la guardia destrozada, soltó las bridas de su caballo blanco, se dirigió al enemigo y se entregó al destino.

Así terminó esa jornada de valientes, y el Ejército vencedor, respetando ese dolor y esos cadáveres, avanzó esa misma noche hasta el puente de Rionegro, sin dar un grito destemplado, sin insultar a nadie.

Con este acontecimiento concluyó la guerra interior, y el Dr. *Berrío* llegó a Medellín el 9 de enero. A su entrada a la ciudad por el Puente de *Arco,* el Ejército, que ese día estaba comandado por Alejandro Botero, y el pueblo, lo proclamaron Jefe Civil y Militar de Antioquia.

Cuando once años más tarde pasaban por ese mismo punto con el cadáver del grande hombre, dice un testigo presencial, que todavía eran más los que lloraban su partida que los que lo habían victoreado en el día de su entrada triunfal.

El Dr. *Berrío* observaba serenamente los hechos que se cumplían en el campo de batalla, pero cuando advertía que su presencia era necesaria en el punto más peligroso, corría hacia él, como lo hizo en la carga de Playas, y como entró a Yarumal.

Se dice que algunos de los Jefes militares colombianos son demasiado impetuosos, que exponen la vida muchas veces, y que esto va necesariamente contra el éxito. Hay razón en esta crítica si el ímpetu es brutal y poco meditado, y si la hora escogida es impropia, como el principio de la batalla; pero hay que tener en cuenta que la raza latina exige siempre, aun al Jefe Supremo, que se exponga, y son raros los que no lo hacen. Lo hacía Napoleón, poniédose al frente de su guardia; lo hizo O'Donell en las guerras de Africa; lo hicieron Castaños y Palafox en la Península; lo hizo Bolívar, lo hizo Páez, y en Colombia lo han hecho con grande

éxito, los que han sabido escoger la hora de mostrarse, la hora de animar con la presencia y el coraje, la hora suprema en que debe jugarse la existencia.

El primer acto político del Dr. *Berrío*, el que decidió sin duda de la suerte de Antioquia, fué aquel por el cual hizo constar por el Decreto oficial de 10 de enero de 64, que el Estado continuaría haciendo parte de la Unión Colombiana, y se sujetaría al Gobierno de ella en los asuntos de su competencia exclusiva, conforme a la Constitución Nacional, y en nombre de la Constitución que invocaba, pidió el reconocimiento del Gobierno que había surgido a consecuencia del movimiento popular que acababa de dar en tierra con el Gobierno seccional.

El y sus amigos se habían lanzado en un movimiento de protesta armada, en que habrían sucumbido probablemente si el Dr. *Berrío* no hubiera contenido el carro de la revolución general porque suspiraban muchos. El supo limitarla, y se redujo a aprovechar lo adquirido.

Se ha dicho que el Dr. Manuel Murillo Toro reconoció el Gobierno del Dr. *Berrío*, porque comprendía, con visión política, que el liberalismo necesitaba para conservarse en el poder, un alarma, y que éste debía ser el Gobierno conservador de Antioquia. No sabemos si el Dr. Murillo diría esto, pero, en todo caso, nos parece demasiado grave que se haya alegado una conveniencia política para conceder una cosa legal. A un hombre del talento claro del Dr. Murillo no podía ocultársele la razón que asistía a Antioquia, y esa demora para el reconocimiento queda siempre inexplicable. En todo caso, el Dr. *Berrío* puso al Gobierno de la Unión en el dilema, o de aceptar los hechos cumplidos o de violar la Constitución que el partido liberal había expedido el día antes. Se dirá que el Gobierno podría haber violado la Constitución—como lo hizo después—violaciones que el mismo Dr. Murillo aconsejó, como el atentado del 10 de

octubre de 1869, contra el Presidente de Cundinamarca, por ejemplo; pero en este caso los hombres y las cosas eran distintos. Creemos nosotros que el Dr. Murillo, que veía los asuntos muy claramente, comprendió que un hombre que surgía a la vida pública, dando un golpe político completamente inesperado y decisivo, que acababa de exhibir grandes dotes militares, y que tenía por bandera la misma Carta fundamental de la República que acababa de expedirse, era una personalidad verdaderamente superior, que era necesario respetar.

El Dr. *Berrío* nunca se salió de la línea patriótica de acatar la Constitución de su país. No intervino en las luchas locales de los demás Estados, aunque su corazón se inclinara a favor de uno de los bandos que se disputaban el poder, y a pesar de que la Constitución de Rionegro no podía ser considerada por él—que tenía la especialidad de una actividad mental positiva—como una obra *a posteriori*, de carácter reflexivo que obedeciera al estudio atento de las leyes que deben regir un organismo social, sino más bien como el resultado de un predominio mórbido del sistema nervioso de los constituyentes. Siguió, por intuición admirable, la conducta recomendada por un pensador contemporáneo que él no conoció, de no tomar como medida de los intereses de Estado, ni las exigencias lógicas de nuestro entendimiento, ni las nobles necesidades de nuestro corazón, porque ni éste, ni nuestro espíritu son la regla de la realidad.

Y para ser consecuente en todo, protestó, en nombre de la Constitución contra el atentado del 10 de octubre, en frases enérgicas que han quedado vibrando en nuestra historia, y puso a cierto círculo liberal de Bogotá en 1867 en la situación más desesperante: o seguía el movimiento de protesta armada iniciado en Antioquia, y entonces el predominio de *Berrío* sería incontestable, porque con su actividad portentosa, ya tenía batallones en el Fresno; o reducía a prisión al Dictador, por medios que la hidalguía reprueba. Ese

círculo optó por lo último. No así en Antioquia. Aquí el partido liberal fué digno y patriota. Era que en esa época ya habían comprendido todos que *Berrío* no era simplemente el Jefe de un partido, sino la honra y la gloria de un pueblo. Sólo los raquíticos, los que dan las notas de los apasionamientos torpes, que revelan los profundos orígenes animales del hombre primitivo, eran los únicos que podían desconocer o repudiar los méritos superiores de esta existencia gloriosa.

Estos son los hechos que forman lo que podría llamarse en ese tiempo de Gobierno federal, la obra política de relaciones exteriores del Dr. *Berrío*.

Reconocida—al fin—la soberanía de Antioquia, dictó el Decreto de indulto de 6 de mayo y licenció las fuerzas. La política interior se redujo a respetar la Constitución expedida por la Asamblea Constituyente, y sin problemas difíciles que resolver en este punto, emprendió la obra de reconstrucción más admirable de nuestros anales administrativos.

La Hacienda pública fué organizada, de tal suerte que se llegó sin grandes dificultades a liquidar la deuda del Estado. Creó rentas, y las administró con tal pureza, que nunca se atrevió nadie a dudar de la recta inversión de los caudales públicos.

Los sueldos de los empleados eran pagados puntualmente y se ejercía la más severa vigilancia sobre la conducta de todos los subalternos.

Las relaciones adquiridas en las campañas y el poder que tenía de penetrar el interior, siempre complexo de los seres humanos, lo habilitaron para organizar su Gobierno; y aunque no siempre los gobernantes pueden rodearse de empleados modelos, él tuvo el dón raro de utilizar las buenas cualidades que adivinaba en los hombres y de neutralizar con su autoridad las malas inclinaciones. Vivía al co-

rriente de lo que pasaba hasta en el más remoto Distrito de su mando, y prestaba grande atención a la correspondencia epistolar con subalternos y amigos. Dió grande impulso a las mejoras materiales, y atendió con especialidad a las vías de comunicación. El inició y llevó a cabo la carretera que conduce a Barbosa, y abrió horizontes, no soñados hasta entonces, al comercio y a la industria.

Aquí casi puede decirse que se ve en todo lo existente, o la mano del Dr. *Berrío*, o el desarrollo de lo que él concibió, pues fuerza inicial más notable de la que tuvo este hombre no la ha tenido nadie entre nosotros.

Amaba a la juventud y fué protector decidido de muchos estudiantes de entonces, que hoy ocupan altos puestos en la política y en las letras, y que guardan su memoria con gratitud que raya en culto.

De los claustros de la Universidad que él fundó iba sacando alumnos que se distinguían en algún sentido, y los colocaba según las disposiciones y aptitudes diversas, y esto lo hacía sin distinción de colores políticos. Asistió a la Universidad continuamente, y regentó clases *ad-honorem* mientras permaneció en el gobierno. De Rector estuvo en sus últimos días, y a sus hijos espirituales dedicó las postreras palpitaciones de su corazón; y en aquel recinto, último y digno refugio de su alma, parece verse todavía su sombra imponente y venerable.

Ciertos hechos, muy pocos en número, harían creer que el Dr. *Berrío*, como Federico el Grande, tenía el defecto de intervenir en todo. Pero no fué así: él nunca invadió la esfera de acción de sus empleados, ni descendió a detalles de ejecución insignificantes. Era que su figura imponente parecía que estuviera siempre inspirando el estricto cumplimiento del deber, y que su espíritu, a semejanza de la sombra de Talbot, que recuerda Emerson, era tan amplio y dilatado que iba a dar más allá de los estrechos límites en que se movía su cuerpo material.

Tuvo arrebatos como los de Cromwell e impaciencias como las de Napoleón. Su temperamento no fué siempre igual, como no puede serlo nunca el de un espíritu sincero. La religión cristiana, que nos enseña a perdonar muchas flaquezas del prójimo, nos dice también que Jesucristo echó a látigo a los traficantes que invadieron el templo. Sus arranques violentos fueron contra los ingratos, contra los traidores y cobardes. Uno de los Oficiales de su fuerza decía que le tenía más miedo al Dr. *Berrío* que a las balas enemigas.

La figura de este hombre quedaría pequeña si se redujera a los estrechos límites de nuestras montañas, pero su fama llenó los ámbitos de la República y adquirió las proporciones de una gloria nacional, gloria que confirman oficialmente en esta fiesta el representante del Gobierno General, los de los Departamentos que componen nuestra República unitaria y las salvas con que saludan su estatua las armas nacionales.

¿La vida que acabamos de diseñar fué un encuentro feliz de circunstancias de carácter hereditario, o una asimilación de las grandes—pero dispersas—condiciones del pueblo antioqueño? Ninguna de estas dos cosas, en absoluto. Porque si fué cierto que él tuvo de común con su pueblo el amor al trabajo, los afectos purísimos del hogar, la honradez que le vale su crédito envidiable, el horror a lo abstracto, que le impide caer en las puerilidades de inteligencias empeñadas en abarcar universos inaccesibles, también lo es que él trajo a la vida, sin duda como resultado de selección inconsciente, algo muy propio y original, que ha quedado viviendo con fuerza necesaria para hacer de su memoria un símbolo y para obligarnos a perpetuarla en la estatua que se le erige hoy, y que queda ahí como una enseñanza y un ejemplo.

Medellín, 29 de junio de 1895.

DATOS HISTORICOS

Para la S. de M. P.

Comenzamos a publicar algunos datos referentes a la historia de Antioquia, recogidos en publicaciones oficiales, y debidos otros al informe de personas que nos merecen entero crédito.

Creemos que la recolección de estos datos puede servir mucho a nuestra juventud para despertar el espíritu público. Deseamos por otra parte, consagrar un recuerdo de gratitud a todos aquellos hombres de nuestra tierra que en épocas lejanas y presentes se han preocupado con el progreso de Antioquia.

Cuando leíamos el admirable libro "Grandeza y decadencia de Roma" por Guillermo Ferrero nos llamó vivamente la atención lo que en seguida copiamos: "Entre tanto Lúculo había vuelto a Italia trayendo del Ponto mucho oro y plata en monedas y en lingotes y un presente más modesto y también más precioso, un árbol ignorado hasta entonces, el cerezo, que se comenzó a cultivar en Italia. Cuando en la Primavera vemos un cerezo ostentar la nieve violácea de sus flores, recordamos que allí está, escapado a los naufragios históricos de veinte siglos, el postrer vestigio de las conquistas gigantescas de Lúculo".

Quizá haya en estos apuntes que publicamos algo que rectificar y mucho que ensanchar. Muy agradecidos quedaríamos con las rectificaciones y nuevos datos que puedan suministrar los que en estos estudios se interesen.

I

Sericultura y Apicultura

Fué el Dr. Manuel Vicente de la Roche quien introdujo por primera vez a Medellín simiente del gusano de seda en 1868. Parece que por el mismo tiempo el Sr. Conde de Bourmont trató de hacer el mismo cultivo sin éxito alguno. En cambio el Dr. de la Roche con aquella tenacidad y con aquella inteligencia que le distinguían logró aclimatar la cría de gusanos de seda. Se empeñó en propagar los conocimientos que había adquirido en la práctica de ese cultivo y de la morera, y llegó hasta presentar al Gobierno y al público muestras de maravillosos tejidos de seda hechos en el taller que fundó.

En el mensaje a la Legislatura de 1869 el Dr. Pedro J. Berrío recomienda el nombre del Dr. De la Roche a la gratitud del pueblo de Antioquia, por sus trabajos en el cultivo del gusano de seda. La Legislatura le decreta una medalla de oro. Los centros científicos europeos le disciernen grandes honores. El Profesor de Zología en la Universidad de París, Dr. Meneville, le envió varios libros como obsequio y se interesó por los estudios que hacía aquí el Dr. De la Roche.

El General Eustorgio Salgar, Presidente entonces del Estado de Santander al tener noticia de lo que se hacía en Antoquia, se interesó por que la industria de la sericultura se estableciera también en el Estado que gobernaba.

El Dr. De la Roche al tener conocimiento de esto, envió al General Salgar en ese mismo año de 1868, 1000 hue-

vos de gusanos de seda. Este distinguido mandatario con fecha 13 de Enero de 1869 le dirigió un oficio al Dr. De la Roche en el cual, después de agradecerle el envío que le había hecho, le dice: "he ordenado se envíen a Ud. diez colmenas con el deseo que ellas le sirvan para ayuda del fomento de la apicultura en ese Estado".

Por este tiempo ya había en Salamina algunas colmenas introducidas por Don Marco Aurelio Arango y ya el Dr. De la Roche tenía algunas de éstas en su poder.

Parece que las colmenas que había en Bogotá, habían sido introducidas de Santander a donde se cree que fueron traídas de Venezuela.

De Bogotá había traído a esta ciudad varias colmenas en 1866 Dn. Juan Uribe Santa María.

Se trata aquí de las abejas que se llaman de Castilla, pues en la América encontraron los españoles otra clase de abejas cuya cera es de color negro y que se encuentran en casi todos nuestros bosques, con la circunstancia curiosa de que entre éstas hay muchas que no pican.

A este respecto dice el Historiador Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés en su "Historia General y Natural de las Indias" lo siguiente:

"Allí hallaron (en Chitemal) mucha de muy buena miel de colmenares grandes de a mil o dos mil colmenas en troncos de árboles bien fechos con sus cebaderos y entradas; y es grande esta grangería o contratación allí de la miel, e no es menos buena que la de Castilla en olor e sabor; pero la cera es negra como azabache. I es cosa para notar la forma de estas colmenas, porque cada una es tan luenga como el brazo tendido de un hombre, o tan gruesa o más que por la cintura y está en la tierra tendida y tiene los extremos atapados con una piedra de cada parte e muy bien embarrada. Por encima y orillas de aquellas piedras entran y salen las abejas por un agujero, que está en la mitad del vaso de la colmena en la más alta parte de ella; y hacia la una pie-

dra desde la mitad o desde el dicho agujero, hacen su labor y panales y sus celdas y vasillos muy bien ordenados; y de aquello sale y se destila la miel y va a la otra mitad del vaso y cae en unas bolsas de cera y aquella se hincha de ella, y la otra cantidad mayor de la cera toda queda a la otra parte de la colmena. Y cuando quieren sacar la miel e castrar las colmenas o cualquier de ellas, desatapan el vaso por aquella parte derecha hacia donde están las bolsas, y enpunzándolas, haciedoles un agujero tan grueso y delgado, como quisieren que salga el chorro de miel así ella por allí hace su curso, e viene mucho linda e sabrosa e limpia sin cera alguna tan purificada como si la oviesen colado por un muy limpio cedazo.—Las abejas son en la forma e tamaño como las de Castilla, *excepto* que en la *color estrotas son blancas e muy domesticas, porque ni huyen ni hacen mal.* (1)

Tal fué el entusiasmo que despertó el Dr. De la Roche con el cultivo del gusano de seda que el Gobierno de Antioquia que presidía el Dr. Berrío introdujo 100 kilos de semillas de morera e introdujeron también semillas Dn. Tomás Uribe Toro y el mismo Dr. De la Roche.

La muerte de este colombiano eminente y las guerras, contribuyeron para acabar en Antioquia con tan importante industria. Lo más curioso de todo esto es que la Asamblea de Antioquia de 1915, créo dos becas para que dos jovenes antioqueños fueran a estudiar a Bucaramanga el cultivo del gusano de seda. Uno de estos jóvenes es el que actualmente enseña esta materia en la Escuela de Agricultura. De aquí fue la industria a Santander y a Santander hemos tenido que ir a recomenzar el estudio.

El Dr. De la Roche aclimató aquí también la cría de canarios y empezó el cultivo de la **vainilla**.

---

(1) Y en otra parte del libro de Fernández de Oviedo, al hablar del descubrimiento y conquista de Nicaragua dice: "Es tierra Nicoya de mucha miel e cera e las abejas no pican e son desarmadas tan pequeñas como moscas de España e negras".

Médico eminente, sabio naturalista, hombre de espíritu público, todo esto fue el Dr. Manuel Vicente de la Roche.

II

Pastos.

La hierba India fué introducida a Colombia en 1857 por Mr. Henry Plested, a quien envió las semillas de las Indias Orientales Mr. R. S. Llingwoorth.—El Señor Plested sembró ese pasto en su finca denominada "Buenavista", cerca a Santa Ana, del Tolima. Los señores Lucio y José Domingo Restrepo la introdujeron a Antioquia, del Tolima.

—

Sobre los introductores a Antioquia de la hierba Pará varias versiones; pero los informes más verídicos son estos: D. Vicente B. Villa, D. Marco A. Santamaría y D. Nazario Lorenzana la introdujeron de Bogotá. D. Nazario sembró este pasto en Rionegro en un Campo llamado "La Cuadrita" y D. Vicente Villa le regaló unos tallos a D. Gabriel Echeverri, quien hizo el primer semillero en el patio de la casa que fué de D. Pacho Botero y en donde está hoy el "Club Unión". De ese semillero llevó D. Manuel Echeverri Bermúdez, hijo de Gabriel, los primeros tallos a la hacienda de "La Tunez" en donde sembró la primera cuadra de hierba de Pará que hubo en Antioquia.

—

El señor General Juan María Gómez, el primer Ministro de Colombia en el Brasil, envió o trajo las primeras semilla de la hierba Guinea, hierba que algunos hacendados del Tolima consideran superior a la hierba India. Este General era de la ciudad de Antioquia y uno de los hombres más distinguidos de este Departamento por sus servicios en la guerra de la Independencia como militar y luégo como diplomático. Otro Ministro de Colombia en el Brasil, el Ge-

neral Rafael Uribe Uribe envió a Antioquia semillas de los pastos caping gordura y yaraguá. El *gordura* ha dado, como se sabe, grandes resultados. A estos dos ilustres antioqueños les debe el País un servicio inmenso por la introducción de estos pastos.

—

El Señor D. Eusebio A. Jaramillo introdujo aquí el pasto Micay en 1910 y el Paspalum dilatatum en 1909. El primer semillero del pasto Janeiro lo tuvo también el Señor Jaramillo, en Medellín de tallos que envió del Cauca D. Julian Uribe Uribe a D. José Domingo Sierra en Agosto de 1917. En Enero de 1918, regaló el Señor Jaramillo al Director de la Escuela de Agricultura unos pocos tallos del pasto janeiro que éste sembró personalmente en una éra abonada. Se produjo admirablemente; luégo se sembró en tierra estéril y seca, en tierra húmeda y se ensayó en tierra fría (Donmatías—La Reina) con muy buen resultado. De tallos que se han regalado en la Escuela a los hacendados hay ya varios potreros en el Departamento. Conocemos terrenos en los cuales no había podido crecer pasto alguno, y en los que el janeiro se ha producido admirablemente. Algunas personas consideran este pasto como superior a todos los conocidos en tierra caliente, pero entre nosotros apenas se está ensayando.

También introdujo el señor Jaramillo el pasto Burbank, de Santa Rosa de California en 1913.

—

El teocinte lo introdujo la Escuela de Agricultura en 1917. Parece que hace ya varios años que lo había introducido D. José Mª Jaramillo Zapata. Este pasto ha prosperado poco entre nosotros.

—

El pasto "Sudán" lo trajo de Ibagué a la Escuela de Agricultura en 1918 el autor de estas líneas, Director entonces de ese instituto.

El pasto Imperial lo introdujeron a Antioquia, del Perú, D. Federico y D. Urbano Zuluaga, quienes sembraron ese pasto en Guarne, y de allí lo trajeron a Medellín, D. José Mª Jaramillo y D. Lázaro Botero.

III

La Ferrería.

La primer barra de hierro que se fundió en Medellín fué el 9 de Junio de 1833. Esta barra la presentó el Dr. Jervis al Dr. Juan de Dios Aranzazu, Gobernador entonces de la Provincia. El mineral fué extraído de un filón que está en los alrededores de la población, quizá de la veta que se observa en la terminación de la calle de Zea. Del análisis hecho del mineral de hierro, se dijo entonces que daba un porcentaje igual de hierro al de las minas de Suecia.

Según decreto de 20 de Septiembre de 1864 se concedió privilegio a los señores Francisco A. Alvarez y Pascasio Uribe por 30 años, para establecer una Ferrería donde más les conviniera, en el Estado. A principios de ese año se hicieron exploraciones en el sitio de "La Clara", municipio de Amagá, y allí se hallaron: 1º Mineral de fierro de primera calidad; 2º Maderas y carbón de todas clases; y 3º Aguas constantes en cantidades suficientes.

El Ingeniero francés Eugenio Bonnet presentó un informe en Mayo de 1865, muy interesante sobre lo que podría producir el establecimiento de una Ferrería en "La Clara". Se formó una compañía anónima con un capital de sesenta mil pesos para explotación del mineral de hierro de "La Clara" en 1865.

En Enero de 1876, el Dr. V. Eggeretze Director del Colegio de Minas de Stokolmo, hizo el análisis del mineral de hierro de "La Clara", del carbón de piedra, de la cal, del carbón de madera, del cuarzo y hasta del barro de esta región, y dió muy buenos resultados.

La Empesa de la Ferrería pasó por muchas dificultades para llegar a consolidarse; pasó por muchas direcciones; el fracaso de ayer, el fracaso del día siguiente tenía siempre su *trompo pagador* y hasta los peones opinaban, no se estudiaba el problema sino con el espíritu neurótico de nuestras gentes, sin criterio imparcial, sin ahondar con serenidad el asunto. Recordamos que en la Legislatura de 1882 D. Tulio Ospina, defendía la empresa, siendo Diputado por Marinilla. Ospina acacaba de llegar de California en donde se había graduado de Ingeniero de Minas y Metalurgista. Hizo una exposición científica sobre la importancia que derivaría la industria minera de Antioquia con la Ferrería y el porvenir de esa empresa. Eramos nosotros estudiantes y estábamos en las barras. Se levantó un Diputado, *hablantinoso* y gracioso y pronunció un discurso en contra de la Ferrería que hizo reír a todo el mundo. Dijo: Señores Diputados. Aunque yo no soy Ingeniero de Minas y Metalurgista como el Señor Ospina; aunque yo no tengo pantalones de trampolín como el señor Ospina, ni capul; aunque yo soy un *sans culotte*, estoy en contra de las opiniones del Señor Diputado conservador; porque Señores Diputados: en la Ferrería de Amagá no hay fierro; en la Ferrería no hay sino yuca; en la Ferrería no hay sino caña; y hay más fierro en la prendería de Alejandro Henao que en la Ferrería de Amagá!—"

Las ideas y propósitos del Diputado Ospina fracasaron. Un ingeniero inglés, Mr. Clames, hizo indicaciones de reforma y los accionistas siguieron con tenacidad y sacrificios la empresa.—Los fracasos que tuvo el Ferrocarril de Antioquia—hoy mismo tenemos el problema de La Quiebra; los fracasos que tuvo la Escuela de Minas, hoy un instituto de gran valía; los fracasos de la Cámara de plomo: de la Escuela de Artes y Oficios; los fracasos de la Compañía minera de Antioquia; los recientes del Taller de fotograbado, y de la Escuela de Agricultura, nos hacen recordar, cómo entre nosotros, pueblo incipiente—debe pensarse y más que

todo esperarse, que vencidos ciertos obstáculos y venciendo el "delirio de las negaciones" y teniendo fe en el esfuerzo de un día y continuándolo, se llegará al éxito. No hay que hacer caso de palabras apasionadas. Lo que hoy es la Ferrería de Amagá—empresa de grande utilidad para el Departamento y para los que hoy la poseen,—debe enseñarnos que en pueblos pobres hay que comenzar con tanteos hasta que se llegue a culminar, para lo cual se necesitan paciencia y fe en el porvenir.—La celebración próxima el 7 de Agosto, de nuestra independencia definitiva, después de tántos obstáculos vencidos, ¿no será una grande enseñanza de lo que significan el esfuerzo, la fe y la esperanza?

Uno de los hombres que más se empeñaron en la empresa de la Ferrería de Amagá, fué D. Francisco A. Alvarez: murió en la pobreza.—Que su memoria reciba el tributo de admiración y de gratitud del pueblo antioqueño!

IV

Enseñanza de Química.

El Dr. Juan de Dios Aranzazu—uno de los grandes Administradores que ha tenido Antioquia—era Gobernador en 1833. Estaba reunida la Cámara provincial, que presidía el General Juan María Gómez. Aranzazu envió a la Cámara un Mensaje admirable en el que solicita se ordene la creación de una Cátedra de Química y Mineralogía en el Colegio de la Provincia; y el 28 de Septiembre de 1833, se decreta la creación de dicha Cátedra. Cuatro años después vino a Medellín el señor Brugnelli, contratado por el Gobierno provincial para dictar la clase; pero como los fondos del Estado no bastaban para pagar los sueldos del Profesor, los vecinos pudientes de la ciudad contribuyeron, por suscripción voluntaria, con la suma de $ 4.268 para ayudar a pagar el valor del sueldo que devengaba el señor Brugnelli.

En 1857 vino el químico español, Flórez Domonte y tuvo por discípulos a los señores Mario Escobar, Liborio Mejía Santamaría, Francisco de P. Muñoz, Ildefonso Gutiérrez, Andrés Posada Arango y otros, que adquirieron grandes conocimientos en la materia.

El Presidente del Estado, D. Pedro Justo Berrío envió un Mensaje a la Legislatura de Antioquia en 1869 en que recomienda el que se decrete el establecimiento de una Cátedra de Química y Mineralogía en el Colegio del Estado. Poco tiempo después fué nombrado Profesor de esta materia el señor Pedro A. Herrán, quien había hecho estudios especiales en los Estados Unidos y en Europa. En Química y Mineralogía, fué un profesor muy competente.

De 1877 para acá han sido Profesores de Química en los establecimientos de educación secundaria y profesional: Universidad de Antioquia, Escuela de Minas, Seminario, Colegio de Santo Tomás de Aquino, Escuela Normal, Colegio de San José y Colegio de San Ignacio, los doctores don Francisco A. Uribe Mejía, Camilo Botero, Francisco 'e P. Muñoz, Tulio Ospina, Fisane, Antoine, Efe Gómez, Vicente B. Villa, Gabriel Posada, Emilio Jaramillo, Zürcher, Tomás Bernal Bravo, Deneve, Ehrensperger, Stüby, Hermanos Estanislao y Roberto y RR. PP. Reyes, González, Salcedo, Torres, Charetier, Larrarte y Martín, D. Tulio Ospina en 1875 era Profesor de Química, siendo muy joven, en la Universidad.

Muchos y muy grandes son los servicios que han prestado a Antioquia los Profesores extranjeros. Desgraciadamente algunos de ellos, comenzando por el señor Brugnelli, no han podido acomodar su carácter al de los estudiantes de nuestra tierra que son más manejables por el estímulo que por los castigos o reglamentos demasiado fuertes. En los Estados Unidos y en Europa, por regla general, los estudiantes, por acumulaciones ancestrales y por la influencia

suave de la zona sobre el carácter, son más reposados y disciplinados que los nuéstros, aunque no más inteligentes.

V

Introducción de árboles frutales y otras plantas.

Fué el español Ferreiro Cervino quien introdujo a la ciudad de Antioquia, a mediados del siglo XVIII las semillas de naranjsos chinos, de níspero, de zapote, de mamey, de marañón, de caimo verde y morado. Alguna vez nos preguntó una persona, si era cierto que el comer naranjas producía ictericia. Naturalmente contestamos que no. En nuestras lecturas encontramos la razón de la pregunta. El señor Ferreiro Cervino, introductor de las semillas de naranjos tenía un hijo a quien le gustaba mucho comer naranjas. A este joven le dió ictericia, y el señor Cervino creyó que la enfermedad dependía del uso de las naranjas y destruyó los árboles que tenía y aún ofreció dinero a los que tenían naranjos en Antioquia para que los destruyeran. No accedieron los propietarios de naranjos y así se salvó ese cultivo. No hay que creer en el mal efecto de las naranjas. Al contrario: es una de las frutas más sanas y las de la ciudad de Antioquia son mejores que las valencianas.

—

Don Manuel María Bonis, español que emigró a Jamaica después de la batalla de Boyacá, fué quien trajo de esa isla a la ciudad de Antioquia el sagú, la pamplemusa, el bienmesabe, la pomarrosa, el mango Nº 11 y el mamoncillo.

—

Don José Pardo, de Antioquia, introdujo el árbol del pan, de Mariquita.

Don José Félix de Restrepo, del Cauca, el caimito amarillo y la pitahaya.

Don Juan Santamaría introdujo en 1853 el mango Nº 8.

Don José Manuel Restrepo introdujo del Ecuador algunas variedades de papas y el tomate de árbol. Fué también D. José Manuel quien introdujo a Colombia el pasto Pará que le envió de Venezuela el General Soublette. De Bogotá lo introdujo a Antioquia D. Vicente B. Villa y otros, como lo dijimos antes.

Otra variedad de mango lo introdujo de Jamaica D. Simón Serna.

La cidracayote la introdujo a la ciudad de Antioquia el Presbítero Dr. José María Herrera, de Popayán.

La semilla del nuevo cacao la introdujo a la ciudad de Antioquia D. Carlos Patin. Este cacao produce con mucha rapidez. El señor Patin era un caballero belga muy ilustrado en agricultura y estableció en la ciudad de Antioquia el cultivo de la vainilla. Fué un hombre poco comprendido entre nosotros y no pudo entonces, quizá por falta de capitales, establecer grandes industrias como lo deseaba. Era muy competente en Botánica y persona de cultura exquisita.

VIII

Reproductores.

Fué D. Luciano Restrepo, Jefe de la honorable Casa bancaria de Restrepos y Compañía, quien introdujo por primera vez a Medellín el ganado Holstein. En carta de 14 de Junio de 1884—según datos que ha tenido la bondad de suministrarnos dicha Casa de Restrepo y C^{a}—dirigida a la Casa Comercial de S. Camacho Roldán de Nueva York, le decía: "Deseamos adquirir cría del mejor ganado de leche que haya por allá, para propagarlo en este Estado; y en tal virtud nos dirigimos a Ud. para que nos haga el favor de remitirnos en primera oportunidad dos toritos y dos novillas de la mejor raza de vacas de leche, y ojalá que éstas vinie-

ran preñadas. Este ganado debe venir asegurado hasta esta ciudad, a la consignación de los Sres J. Vengoechea & Hijos, de Barranquilla. Le suplicamos que recomiende al Capitán que tenga mucho cuidado con las reses. Le agradeceríamos que, si es posible nos mandara una instrucción del modo como tratan y alimentan este ganado". Las reses fueron despachadas por la mencionada Casa con fecha 11 de Agosto de 1884, y las enumeraba en la forma siguiente:

Un toro raza pura Holstein para leche, de 3 años de edad.

Un toro raza pura Holstein de 2 años de edad.

Una novilla cargada, de la misma raza, de dos años y medio.

Una novilla cargada, de la misma raza, de dos años y medio.

Estos animales costaron hasta Barranquilla. . .	$ 1.617,70
Cambio de moneda al 28%.	452,77
Gastos hasta Puerto Berrío.	148,20
Gastos a Medellín.	100,—
Total.	$ 2.374,04

D. Carlos C. Amador introdujo el primer toro de raza Durham; los caballos Percherones, los cisnes, los faisanes dorados y perros extranjeros de raza danesa. Este caballero, que hace poco murió en esta ciudad, fué un hombre de espíritu público a quien el progreso de Medellín debe mucho. Además de las crías de animales que introdujo, hay que contar los valiosos objetos de arte que trajo para su palacio, la Plaza de Mercado y el dinero que empleó en empresas mineras y agrícolas. Fué generoso, caritativo y buen amigo.

D. Jorge Bravo introdujo también ganado de la misma raza Durham y después introdujeron esta misma raza los señores D. Juan C. Arbeláez, y D. Francisco Villa del Corral.

—

Los Sres. Del Corral, de Antioquia, introdujeron ganado normando a su hacienda de Urrao.

La Casa de Ospina Hermanos introdujo de los Estados Unidos, en 1883, un toro y dos vacas de raza *Holstein-Frisian*, cuyos descendientes lucen todavía aunque con muy poco de aquella sangre, en los rebaños de las haciendas de *Tarazá* (Bajo Cauca) y *La Carolina* (Porce).

Introdujo también en 1886, de la Sabana de Bogotá, del rebaño de D. José Mª Cortés, en Bogotá, dos toros y dos vacas de la raza *Aberdeen Angus* (Angus negro), destinados a haciendas en el Distrito de Cáceres. Reproductores procedentes de esa introducción fueron los que, llevados de Cáceres al Sinú (Bolívar) por el Sr. Carlos Durango, dieron su sangre a las numerosas reses de esa raza que se encuentran en aquella región, donde gozan, como es natural, de grande aprecio.

Por el mismo tiempo, la mencionada casa introdujo de Cundinamarca, compradas en la hacienda de las Monjas, de D. Carlos Michelsen U., un caballo y varias yeguas de raza de tiro medio rusa (*negros de la Estepa*), que resultaron de imposible aclimatación práctica entre nosotros.

En 1903 introdujo el General Pedro Nel Ospina, de los Estados Unidos, varios reproductores de ambos sexos de la raza de marranos *Berkshire* cuyo cruce con los nuéstros ha producido tan excelentes resultados. También introdujo en esa ocasión las gallinas *Plymoulth-Rocks* (sarabiadas) y las *Wyandotas* (blancas), de los Estados Unidos, las primeras de las cuales se han propagado con éxito insuperable por todo el Departamento y aun fuéra de él.

En 1917 introdujo para la hacienda "La Carolina", el mismo General Ospina, de la sabana de Bogotá, un toro y dos novillas de cada una de las razas *South-Devon* (compradas a los Sres. Vargas Hermanos) y *Sulfolk* o *Red Poll* (anguses hoscas), de la hacienda de Los Arboles, propiedad de los Sres. Rocha Vargas. La primera de estas razas es la que el Gobierno inglés, después de detenido estudio, adoptó recientemente para las estaciones oficiales de remonta en el Africa del Sur, donde se quiere ganado muy rústico y resistente. Entre las razas inglesas es la de mayor talla.

—

D. Eusebio A. Jaramillo introdujo en 1909, reproductores de raza Ayrshire.

—

Los Sres. José Domingo Sierra y Germán Jaramillo introdujeron el ganado Hereford.

—

D. Juan Uribe S. introdujo el primer burro español, y después introdujo otro que dió crías magníficas, D. Victoriano Restrepo.

—

D. Manuel Santamaría, D. Luis Mariano Olarte, D. Alberto Echavarría y otros, han introducido diversas razas de gallinas.

—

Las ovejas merinas las introdujo por primera vez a Rionegro el Sr. Nicholls y después D. Juan C. Arbeláez, y D. Francisco N. Jaramillo introdujeron las ovejas Suffolk Down.

—

El ganado holandés lo introdujo D. Vicente B. Villa.

—

La raza de marranos *cochinchinos* la introdujo a Medellín D. Manuel Santamaría, de los Estados Unidos. Del cruce de estos marranos, de los mejores que han venido a

Antioquia, han obtenido D. Francisco N. Jaramillo, en sus haciendas, y otros señores en Abejorral, cerdos que han producido hasta 24 arrobas de material. D. Recaredo de Villa y D. Federico Barrientos introdujeron después la misma raza de cerdos. D. Juan Uribe Santamaría y D. Juan C. Arbeláez introdujaron después los cerdos *monos*, que sin duda eran de la raza Jersey Duroc. Ultimamente ha introducido D. Elías Gutiérrez Bravo varios cerdos de raza Jersey Duroc que se consideran como de lo más hermoso y escogido que se haya traído aquí. D. Manuel Santamaría también introdujo raza de cerdos Berkshire y D. Francisco N. Jaramillo trajo esta misma raza de Barranquilla, años después.

—

Del ganado holandés que introdujo D. Vicente B. Villa, hizo un cruce D. Francisco N. Jaramillo con ganado cenizo criollo, y dió un ganado pequeño y muy lechero. Hizo también otros cruzamientos con ganado careto y traído de Manizales, y se produjo una raza más grande. Esta raza cruzada y mejorada la cruzó de nuevo con un toro, hijo del que introdujo D. Jorge Bravo, y dió muy buen resultado como ganado lechero; y el cruzado con normandos introducidos de Salamina ha dado vacas y toros de muy buen tamaño.

El Sr. Jaramillo nos dice que del cruce que obtuvo de la raza de ganado cruzado y seleccionado de sus haciendas con un toro holandés, que trajo de Manizales D. Benicio Angel, ha conseguido una raza fija que asciende hoy a quinientos animales y de los cuales ha traído algunos a las Exposiciones pecuarias que ha habido en Medellín.

—

El Sr. Juan Antonio Angel introdujo a sus haciendas de Salamina ganado normando y holandés.

—

El Sr. Jacinto Arango Echavarría acaba de introducir de las Sabanas de Bogotá y de Duitama ganado Dexter-kerry, pequeño y muy lechero.

Otros antioqueños como D. Eduerdo Vásquez, D. Tulio Ospina, D. Luis y D. Paulino Londoño, los hijos de D. Rudesindo Echavarría, D. Bernardo Toro, Carlos E. López, Carlos Isaza y Ramón Arango Fonnegra, Juan de la Cruz Escobar y algunos más que no recordamos, han introducido también ganados de razas extranjeras a Antioquia. Como se ve, aquí se han preocupado en mejorar las razas y han empleado mucho dinero en este asunto.

A más de quinientos pesos oro han costado algunos reproductores introducidos del Extranjero y de la Capital. Hace tres siglos y medio poco más o menos, que las primeras vacas que trajo a Bogotá, D. Alonso Luis de Lugo fueron vendidas a mil pesos oro cada una. Y eso que en ese tiempo en la Isla Española, la carne de buey no valía nada o casi nada, pues los dueños de ganados exportaban los cueros y regalaban la carne.

Ya para 1543, época de la primera introducción de ganado a Bogotá, había muchas haciendas en Santo Domingo, con seis mil, ocho mil, diez mil, quince mil, y hasta más de veinte mil cabezas de ganado en una sola hacienda.

No tenemos noticia de que en Colombia haya estadística sobre el número de las cabezas de ganado que existan, y en nuestro Departamento tampoco existe estadística a este respecto. Como dato curioso apuntamos que en el Uruguay, que tiene un millón cuatrocientos mil habitantes, hay actualmente ocho millones y medio de cabezas de ganado y diez y ocho millones de ovejas, y el valor de éstos y los bovinos y mulares y porcinos se calcula en 435 millones de pesos oro. La exportación de lana en veinte años ha ascendido a cuatrocientos millones de pesos oro. En la última Exposición pecuaria en Montevideo—24 de Agosto de este año—se vendieron algunos reproductores Hereford y Durham a 1.700

y 2.000 dólares y un par de ovejas Lincoln fué vendido en 1.300 pesos.

—

El ganado que se ha traído a Antioquia del Exterior o de la Capital ha sido de muy difícil aclimatación, por la falta de estaciones adecuadas para la lenta aclimatación. Nuestros ganaderos han perdido mucho dinero con la introducción de bovinos, pero con todo han insistido y comienza a notarse ya la mejoría de las razas. Lo que nos parece de importancia anotar es el que los ganaderos deberían estudiar con mucha atención el modo de cruzar el ganado según el objeto que se propongan: si es para leche, escoger el tipo más apropiado del ganado criollo para cruzarlo con los reproductores extranjeros más productores de leche, y si es para carne, buscar también el tipo de mejor talla para cruzarlo con los reproductores de carne.

El Sr. Germán Jaramillo Villa ha logrado fijar una raza de ganado de carne—cruzando el Hereford con raza cruzada de Durham. En alguna exposición recordamos haber visto unas reses de éstas, de gran talla y de muy buena conformación.

El Sr. Luis Eduardo Jaramillo cree que entre las razas extranjeras que deben introducirse para mejorar las especies nativas, la raza Ayrshire es la más propia por "su vigorosa constitución, grande y económica producción de leche y extraordinarias condiciones y adaptabilidad general".

—

El Gobierno Departamental introdujo para la Escuela de Agricultura y Veterinaria ovejas Leicester y Lincoln. Las primeras no pudieron aclimatarse y el Lincoln reproductor se vendió y hoy hay ya rebaños en los que el cruce con éste ha dado resultados excelentes. También introdujo el Gobierno cabras Toggenbourg y anglonubianas, cerdos Yorkshire, Large Black y Berkshire, perros pastores, un bu-

rro español y un caballo de media sangre. De todos estos animales hay ya muchos cruces y crías de raza pura.

IX

En 1807 se fundió la primera barra de oro en Medellín. Pesó 500 castellanos. Fundidor: José Llamas; la barra pertenecía a D. Cosme de Hoyos.

—

Los primeros cigarrillos los introdujo de Magangué a Medellín (1862) D. Alonso Angel; los compró casi todos un caballero cubano de apellido Alustiza. Eran de la Casa de Susine & Hijos.

—

En 1872 vinieron los señores Cristián Sieghert y Gustavo Bothe, contratados por el Gobierno del Dr. Berrío, a fundar la Escuela Modelo y la Escuela Normal del Estado. En el mismo año vino D. Amadeo Weis como Director de la Escuela Normal Nacional.

—

En 1706 se sublevaron los esclavos de Marinilla, Rionegro y Medellín. Los sometieron las Autoridades Reales y hubo horca y azotes para los principales promotores. Poco después hubo otra sublevación en San Pedro y Girardota.

—

En 1813 enseñaba latinidad en Medellín D. José Ignacio Escobar.

—

En 1880 exportó D. Alonso Angel los primeros sacos de café en pergamino, a Londres, en comisión a la Casa Comercial de Enrique Cortés y Cía.; y siguió enviando lo que de este grano se producía en pequeños cultivos, en Fredonia, Jericó, Andes, Concordia y Heliconia, y dando a algunos de los empresarios dinero al 5 y al 6 por 100 anual para que ensancharan sus empresas.

—

El *Arizá* de hermosas flores blancas, lo introdujo de Ituango a Medellín D. Leocadio María Arango.

—

En 1870 (Mayo) vino el Sr. Jorge Griffin, a Medellín, contratado para estudiar las vías que podían poner a Medellín en comunicación con una carretera con el río Magdalena. Estudiaron tanto esa vía, como la de Medellín, al Atrato, dicho ingeniero americano y el Dr. Benito A. Balcázar. El 14 de Febrero de 1871 el Dr. Pedro Justo Berrío dicta el Decreto que dispone la apertura del camino carretero al Magdalena. En Mayo del mismo año comenzaron los trabajos dirigidos por Griffin. La Legislatura de Antioquia de 1871 decreta la creación de la Universidad de Antioquia (14 de Octubre del mismo año). Era Presidente de la Legislatura el Gral. Pedro A. Herrán y Presidente del Estado Soberano, D. Pedro Justo Berrío.

—

La Escuela de Artes y Oficios se abrió el primero de Julio de 1870, siendo su primer Director D. Juan Lalinde, y Presidente del Estado el Dr. Berrío.

—

El 1º de Abril de 1872 se comenzó a dictar la clase de Botánica en la Universidad de Antioquia, por el Dr. Andrés Posada Arango.

—

D. Federico Velásquez, fundó en Medellín un Restaurante y centro literario, muy concurrido entonces, con el nombre de "Casino" (1869). El Sr. Velásquez era literato. Entre los asistentes al "Casino" figuraba D. Juan Bautista Arango Velilla, quien regaló al establecimiento un libro "para que fuera la primera obra con que debía principiar la Biblioteca del Estado". El Sr. Arango era entonces el primer

dentista de Medellín, amigo de las letras, y dejó fama de hombre generoso y simpático.

—

En Enero de 1796 se abrió el Hospital de Medellín. El promotor de la obra fue el Pbro. Dr. Juan Salvador Villa y Castañeda. Encargados de dirigir la construcción del edificio fueron D. José Jerónimo de la Calle y D. Joaquín Gómez Londoño. Tenía entonces el Hospital, por donaciones de particulares, diez mil (10.000) castellanos de oro.

En 1881 consiguió del Congreso don Alonso Angel el privilegio para construír un puente de ciento noventa metros de longitud sobre el río Cauca, que puso en comunicación los Distritos de Fredonia y Jericó. Dirigió la construcción de este puente el Dr. José María Villa, notable ingeniero, y fueron accionistas de la compañía constructora los Srs. Carlos C. Amador, Francisco del Valle, Modesto Molina, José de Jesús Hernández, Alonso Angel y Francisco Botero A.

—

El Sr. Francisco Piedrahita Mariaca, abuelo de nuestro amigo Dn. César Piedrahita, fue el introductor y cultivador del *sagú* en el valle de Medellín.

—

La primera Junta Directiva del Ferrocarril de Antioquia fue creada por la Asamblea del Departamento de 1894. Fueron los primeros miembros de esta Junta: D. Carlos Restrepo Callejas y D. Alonso Angel, quienes sirvieron estos puestos gratuitamente, hasta 1900 D. Carlos, y hasta 1902 D. Alonso.

—

Los primeros refundidores de hierro para fabricar mazas de trapiche fueron el maestro Beltrán y Leopoldo Villa.

—

El Dr. Andrés Posada Arango trajo de Europa, en 1872, muchos tallos de olivo, que crecieron y se desarrollaron muy bien, pero no fructificaron.

—

El primer Ingeniero Civil graduado, antioqueño, fue D. Luis Tisnés; obtuvo sus grados en la Universidad Nacional en 1872. Fue profesor de matemáticas en la Universidad de Antioquia.

—

El primer coche lo introdujo D. Juan Uribe Mondragón, a Medellín, a mediados del siglo pasado. Lo llamaban el *quitrín*.

—

D. Pastor Restrepo introdujo el plátano de Abisinia, la uva moscatel, la palma borbónica, la guayaba de Málaga y la azalea biflora. Parece que la azalea sencilla la introdujo y la cultivó primero D. Juan Lalinde.

—

D. Pastor y D. Roberto Restrepo trajeron el *Curazao*, de la Martinica; D. Roberto introdujo semillas de ciruelas claudias, que germinaron y fructificaron en casa de D. Próspero Restrepo.

El "Curazao rojo" lo introdujo D. Julio Isaza Ochoa, de Barranquilla. También introdujo la enredadera llamada aquí "Palonegro", en 1900 que trajo del campo de batalla que lleva este nombre, en Santander.

—

Los primeros cultivadores de tabaco en Antioquia fueron D. Agapito Uribe, su hijo D. Antonio Jesús y los Doctores Ricardo Escobar Ramos, Juan de Dios Carrasquilla Lema y D. Basiliso Tirado. Ese primer cultivo lo hicieron en las desembocaduras de la Quebrada Comiá, en el río Cauca, jurisdicción de Concordia. Por el mismo tiempo sembró

tabaco en Cancán, D. Gabriel Echeverri. El gran cultivo de tabaco lo emprendió poco después D. Gabriel Echeverri, en la hacienda de *Careperro*. El tabaco que cultivó D. Gabriel tuvo gran aceptación en el Departamento y fuéra de él. Esta industria decayó mucho, años después, hasta que durante la administración del General Pedro J. Berrío, vino contratado por el Gobierno del Departamento el práctico cubano D. Ignacio Ramírez, que hace tres años enseña este cultivo en la Escuela de Agricultura con grande éxito, hasta el punto de poder asegurar que este producto será dentro de muy poco tiempo un valioso artículo de exportación. Y a propósito diremos que los indios no llamaban *tabaco* a la planta que llamamos así, sino a los palillos huecos que se ponían en las narices para oler el humo de dicha planta.

—

El primer telegrama se puso en Antioquia, de Rionegro, al Gobernador del Departamento, a esta ciudad por el señor John Dilworth, el cual fue contestado el 25 de Abril de 1867 en estos términos: "Loor eterno al Magistrado civil Dr. Manuel Murillo, que legó a la República este elemento de progreso.—*Pedro J. Berrío*".

Medellín, 1920.

B E N A L C A Z A R

El autor dedica estos datos al señor doctor Cayo Leonidas Peñuela, Canónigo de la Catedral de Tunja.

Creemos que debe decirse Benalcázar y no Belalcázar, por las siguientes razones:

1º Porque don Gonzalo Fernández de Oviedo, primer cronista de Indias, considerado como el historiador clásico de la conquista del Nuevo Mundo, que conoció y trató a los más notables conquistadores de la América y hombre de gran ilustración, dice en el tomo cuarto de la historia general y natural de las Indias, páginas 136, 137 y 138, lo que sigue:

"CAPITULO I

"En el cual se tracta de la persona del adelantado don Sebastián de Benalcázar....

"Sebastián de Benalcázar militó en la tierra firme en las Provincias e Gobernación de Castilla de Oro en tiempos del Gobernador Pedrarias Dávila, e fué tenido por buen hombre de su persona e gentil compañero. Siguióse que, yendo con el Capitán Diego Albitez e un escribano e otras personas

por mandado del dicho Gobernador, a la Gobernación de Honduras, los prendió el Gobernador Diego López de Salcedo e los envió presos a esta Audiencia real que reside en esta Ciudad de Santo Domingo de la Isla Española; en la cual sazón—existía por oydor, e cuassi absoluto en ella, el licenciado Gaspar de Espinosa, Alcalde Mayor que había sido de dicho Pedrarias en tierra firme; e como eran sus amigos, los soltó e dió licencia que se tornassen a Tierra Firme a Nicaragua, donde quando llegaron a la Cibdad de León, ya Pedrarias estaba allí por Gobernador, que tenía pressos, en la fortaleza al dicho Diego López injustamente, e assi ovo lugar que le rescatassen e le echassen como a Pedrarias le paressió e quiso por gratificarlos con hacienda agena. E aún en la verdad Benalcázar fué el más comedido que ninguno de los otros, de lo cual yo soy testigo e me hallé pressente a ello....".

"Después, como las cosas de la tierra austral subcedieron en tanta riqueza y de largo tiempo era amigo de los capitanes Almagro e Pizarro, fuesse a ellos, e hízole su teniente en Quito el Gobernador Francisco Pizarro donde estuvo un tiempo poblando aquella tierra. E desde allí fué a parar a los Alcázares, donde estaba poblando el Licenciado Gonzalo Ximénez con la gente de Santa Marta, en nombre del Adelantado de Tenerife don Pedro de Lugo e allí aportó en el mesmo tiempo el Capitán Frederman e se concertaron todos tres de yr a España e dar cuenta a sus Magestades, y el Benalcázar e Fredeman no a sus Gobernadores, cuyos tenientes eran, porque cada uno descia pertenescerles aquella tierra..... Y el Benalcázar procuró cómo se le quitasse lo otro de Quito al Marqués don Francisco Pizarro su Gobernador e se le diesse con el titulo de Adelantado e gobernador e capitán general de Quito e otras provincias, pero no se le dió Quito sino Popayán e otras provincias de aquellas comarcas. Assi que, este es el fundamento de su persona deste ca-

pitán e su origen y naturaleza es "de la villa de Benalcázar, en Castilla".

"E assi como tuvo su despacho volvió a estas partes y en la isla de Gomera, donde hizo escala se le perdió un grande y hermoso galeón en que "perdió según dél aquí me dijo, más de quince mil duros de valor".

2ª Porque Jiménez de Quesada en su compendio Historial, libro 3º, capítulo II, dice:

"El Benalcázar visto que el otro le entraba en los pueblos de su gobernación, etc, etc."

3ª Porque el epitafio puesto al Gobernador de Popayán en Cartagena en su tumba, por Heredia, dice: Ista Benalcázar Potuit concludere etc."

4ª Porque Cervantes en la dedicatoria del Quijote dice:

"Al Duque de Béjar, Marqués de Gibraleón, Conde de Benalcázar y Bañares, etc." Sobre esta dedicatoria dice don Francisco Rodríguez Marín, el sabio Comentador de El Quijote, en la edición crítica publicada en Madrid en 1916, lo siguiente: "Siguiendo a Hartzenbusch, advierte don Clemente Cortejón, que aunque todas las ediciones que ha consultado dicen Benalcázar, la verdadera lección es la del Conde de Belalcázar".

Sea así en buena hora pero conviene añadir, que aunque por documentos fehacientes que se conservan en el archivo de la Casa Osuna (Archivo de Béjar) consta que en 1447 aquella villa se llamaba indistintamente—"Gaehte o Belalcázar", por lo común, ni entonces ni después llamaron sino "Benalcázar" al barrio murado entre fosos que rodeaba al castillo de Gaehte y no había de exigirse a Cervantes que hiciera uso nuevo. Fray Francisco de Osuna en su "Norte de los Estados", folio 49 de la edición de Burgos, 1542, escribía: "¿Por qué veas cómo el oficio de las hechizeras es hazer mal, con-

tarte he un caso, que fue sentencia de pocos años ha delante del Conde de Benalcázar: En las Cortes de Madrid en 1563, figuró el siguiente, entre los capítulos generales—(actas de las Cortes de Castilla)". Otro si dezimos que como V. M. sabe cómo ha muchos años que la ciudad de Toledo Trae pleyto con el Duque de Béjar y Marqués de Gebraleón sobre los lugares del Condado de Benalcázar. Y asimismo Ben y no Bel en la portada de un libro anterior al Quijote.

Sabía el célebre doctor Nicolaso de Monardes, siendo como era médico de la Duquesa de Béjar, qué títulos tenía esta señora? Pues al citarlos en la dedicatoria del segundo de los dos libros, el uno que traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven al uso de la medicina y el otro, que trata de la piedra Bezaar y de la Yerba Escurzonera (1569), llamó a aquella señora "Duquesa de Béjar, Marquesa de Aymonte, y Gibralión, Condesa de Benalcázar y de Bañares". Igualmente se lee Benalcázar en las portadas y dedicatoria de obras posteriores a la publicación del Quijote, tales como el manuscrito intitulado: "Dos libros de la lengua primera de España", de Fray Jacinto Ledesma, 1626, que posee la Real Academia Española.

No pase, pues, por yerro de imprenta o por ignorancia o mala pronunciación de Cervantes, lo que él, como oriundo de Córdoba, en cuyo antiguo reino está Benalcázar, sabía tan bien como quien mejor lo supiese".

En las 29 actas de Quito se dice siempre Benalcázar, y en el Ecuador, según lo afirma un distinguido historiador ecuatoriano, pronuncian así el nombre del Adelantado.

Bogotá, mayo 20 de 1924.

SOBRE CERVANTES Y EL QUIJOTE

Ensayo leído por Eduardo Zuleta en la Universidad de Antioquia con motivo de la celebración del tercer centenario de Don Miguel de Cervantes Saavedra. — 1916.

LOS DOS AMIGOS

Acababan de releer el Quijote. Al terminar el último capítulo, uno de ellos se quedó pensativo inclinado sobre la verja de la quinta de verano.

El crepúsculo que se desvanecía en tonos naranjados y tenues en el horizonte lejano, imprimía cierta tristeza en el ambiente. Las copas de los árboles se mecían en leve y pausado ritmo y los pájaros que se despedían para los nidos, dejaban oír sus trinos vespertinos y tristes. Algo se moría en la naturaleza y en los espíritus.

A lo lejos, el río, esa cinta de plata que atravesaba el valle, seguía su curso silencioso y eterno. Caía la sombra. El otro, que se paseaba en el amplio y fresco corredor, sacó a su amigo del arrobamiento diciéndole:

—¿En qué piensas?

—En Don Diego Fallon.

—¿En Don Diego, y por qué?

Sígueme. Entraron a la Biblioteca. Las lámparas iluminaban ya los ricos y lujosos anaqueles. Sobre mesas y divanes reposaban los folletos y los diarios del último correo. Tomó la "Semblanza" de Don Diego Fallon escrita por ese otro poeta que se llama José Joaquín Casas, y leyó ésto: "un día al acabar la segunda o tercer lectura de la inmortal novela, como estuviese impresionado de veras con la muerte del Hidalgo manchego, le preguntó su señora esposa que por qué estaba tan callado y melancólico, a lo cual repuso: estoy rezando un Pater noster por el alma de Don Quijote!

—Y rezabas tú también por el ingenioso Hidalgo?

—No. Rezaba por Cervantes. Pensaba en la suerte terrenal de ese genio de la raza; en sus tristezas, en la envidia que lo persiguió, en sus afanes, en sus apuros para vivir, en la escasez de medios para mostrarse, para lucir, para dominar, para vivir una vida plena, libre, independiente. Tú no comprendes, porque has sido rico, lo que significa el esfuerzo doloroso de un espíritu que tiene que luchar con la pobreza, que tiene renglones que llenar a diario, que vive en las inquietudes de la necesidad material, que no ha doblado el cabo de las tormentas de boca..... Ese bohemio de la genialidad española encarcelado y triste, cautivo y pobre, sintiéndose grande, más grande que los duques y condes a cuyas puertas llamaba con los productos de su ingenio en busca de una limosna, requiriendo un apoyo, buscando un cariño, una distinción, siquiera pequeña, de los afortunados y felices herederos de títulos y riquezas! Desdeñado por el Conde de Lemos, o mejor, por los Argensolas que le alentaron con halagüeñas esperanzas de llevarlo a Nápoles como miembro de la comitiva literaria de que eran jefes para solaz y entretenimiento de las veladas diplomáticas del Embajador Conde de Lemos; de esa embajada y comitiva a que se refirió Góngora, otro despechado de la época y por el mismo motivo, en aquella sátira que comienza:

"El Conde mi Señor, se va a Nápoles,
Y el Duque mi Señor, se va a Francia,
Príncipes, buen viaje, que este día
Pesadumbre daré a unos caracoles.
Como sobran tan doctos españoles
A ninguno ofrecí la musa mía....."

Ni estos Argensolas o Leonardos, *que nunca amaron ni quisieron a nadie*, de quienes decía años después Cervantes que tenían para con él "la voluntad como la vista, corta"; ni el ensimismado Mateo Vásquez, ni todos aquellos amigos que al mejorar de suerte lo desatendieron y olvidaron cuando acudió a ellos como hermano en letras o como antiguo compañero de correrías y travesuras poéticas entre escaceses regocijadas de estudiantes pobres, ninguno de ellos tuvo ni corazón, ni mente para comprenderlo y apreciarlo. De estas miserias y ruindades de literatos cortesanos, apenas si se desquitaba Cervantes de cuando en cuando con finas y sutiles ironías que poca mella habían de hacer en hombres bien trajeados y atendidos entre generosos vinos y suculentos platos. Pero al correr de los tiempos había de llegar para él el verdadero desagravio, no sólo con la inmortalidad de su nombre, sino también con la protesta de los príncipes de la filosofía y de la lengua castellana, que habían de decir después sobre esa aspiración frustrada estas palabras que debiéramos aprender de memoria, para recitarlas en ocasión como ésta: "Grande fué la tristeza de Miguel, viendo que sus humildades y sus rendimientos no hallaban lugar en el pecho de sus sedicentes amigos: tan grande como fuera alegre su esperanza de volver a la amada Parténope, pisar sus rúas y gozar de los dulzores de su trato y amabilidad. Esta amargura le acongojó la vejez, aun cuando en la disfrazada negativa de los Leonardos viese un reconocimiento tácito de cuán superior a ellos le creían: que nunca había visto Cervantes, como no vió Goethe, alber-

garse ratones en las trojes vacías". Y Lepanto? De qué le sirvieron el empuje de su brazo y la bravura de su ánimo resuelto en la batalla? ¡Con qué honda tristeza volvería sus hermosos ojos sobre ese brazo enjuto en tantas horas de miseria como las que alcanzó en su vida! Triste pero orgulloso trofeo que le recordaba la gloria de sus años de soldado, gloria mientras más grande más amargada por la suerte. ¿De qué le sirvió acompañar al gran Don Juan, Austria seleccionado, astro de esos días, valiente y gentil almirante, admirado y querido de damas y caballeros de corte, de capitanes y soldados? Sólo, "el són confuso, el espantable estruendo" del combate, la visión radiosa del héroe que empuñaba la espada de "rectos y dorados gavilanes", los gritos de victoria y el recuerdo del dolor de las heridas que le privaron por momentos del sentido, sólo éso lo acompañó por su larga existencia como consuelo ante la injusticia de sus contemporáneos.

Y esa familia de Don Miguel, tan complicada y sacudida, alborotada y revuelta, no era tampoco para albergue alegre y descansado de su espíritu. Quizá su hermana, la donosa y atractiva Doña Andrea, pleitista y hábil en extraordinarios arbitrios, diestra en los amores hasta donde apenas "si el blanco pie se mojaba", entre líos y matrimonios repetidos, que ya de soltera fue imán de mozos y hombres de seso, y que de viuda aderezada y siempre fresca y apetitosa acaparó dos maridos, quizá esa sóla mujer le sirvió, si no con largueza, que no había para tánto en la familia de los Cervantes, al menos con desinterés afectuoso. Ella le amaba con extraordinario cariño y él vió siempre en su hermana Andrea algo muy parecido a su espíritu y a su figura misma, porque ambos eran hermosos. Sólo que como decía D. Diego Fallon de su dulce hermana Cornelia, "ella estaba escrita en verso y él en prosa".

—Pero hay otra cosa más honda, interrumpió el otro, más dolorosa, más triste que todo en la vida de D. Miguel, y fue su matrimonio.

—Cierto. Pero Doña Catalina Salazar, que nunca pudo imaginarse la inmortalidad de su nombre por ir al lado de Cervantes fué una mujer recogida y honesta, abnegada y fiel para con su marido. Cuántas veces volvió el perseguido y desdichado poeta a la casa solariega de Esquivias, Doña Catalina le abrió los brazos, si no entre ardorosas manifestaciones de amor, al menos con la benevolencia de la más fina educación y cultura. Y hay que pensar que además del deber tuvo que existir otra razón decisiva de aprecio y estimación de Doña Catalina para con Don Miguel, cuando llegó hasta seguirlo a Valladolid a vivir en compañía de sus hermanas y sobrina.... Y por qué no decirlo? De su hija Doña Isabel de Saavedra. Ella tan recatada, tan seria y discreta y acostumbrada a ver en su casa los odres llenos y las trojes repletas, se sometió a vivir con las Cervantes que siempre fueron amigas de relaciones con mozos y galanteadores de oficio y que ahora reforzadas con la hija de Doña Andrea, y Doña Isabel de Saavedra seguían la tradición de esta familia, que en medio de estrecheces y percances siempre fue alegre y desparramada, aunque honesta, según rezan las crónicas, pero cuya honestidad no las libró de ir todas a la cárcel (aunque inocentes) con motivo de la muerte de Don Gaspar de Ezpeleta, con todas las brujas enredadoras y chismosas que vivían en la misma casa de Cervantes; salvándose apenas Doña Catalina, que había regresado a Esquivias huyendo sin duda de esa vida de chismes y del trato con cortesanos ociosos y de segundo orden. Faltó en ese matrimonio el vínculo de los hijos, pero Doña Catalina amó a Cervantes, sin duda, y éste no dejó de reconocer sus bondades por lo menos en sus últimos días. Cuenta Pareja y Serrada que cuando Don Miguel envió a buscar al Bachiller Bobadilla para dictarle su testamento, Doña Catalina rompió a llorar, y Don Miguel al verla le dijo: "No lloréis, mi amada esposa, que horas no son éstas de cuitas y desmayos, sino de discreción y

enterezas de ánimo. Cautiverio es el que yazgo, más duro que el que en Argel sufriera y han de romperse mis cadenas cuando ya la Divina Permisión parézcale hora. Gracias le doy en mi ánimo, porque vos puso a mi lado para conllevar mis amarguras como pone la triaca salvadora al lado del funesto beleño".

Creo, sin embargo, que en esa atormentada vida de Cervantes hubo un incidente más doloroso que todas las desgracias que le cayeron encima. Y fué aquel día en que el librero Villarroel, o por inconciencia o porque se lo dijeran al oído o por mezquino interés de editor, le dijo aquellas palabras: "de la prosa de vuestra merced se puede esperar mucho, del verso nada". Y aquel hombre que llevaba en el alma tantos desengaños, tantas heridas, tantos desdenes, tantos alfilerazos en el cuerpo, y unido todo eso a la miseria y a las deudas no pudo resistir más y al llegar a su habitación oscura y húmeda entró en tal confusión y tristeza *de manera que le hicieron reventar las lágrimas de los ojos y mil suspiros del pecho.*

¡Oh lágrimas de Don Miguel de Cervantes que al cabo de tantos años de vertidas nos apenan y entristecen a los que hablamos su lengua, a los que creemos lo que él creyó, a los que le compadecemos, a los que le admiramos, a los que le ponemos por encima de todas las glorias literarias de la raza, a los que nos hemos embelesado con sus libros y hemos saboreado la miel de su riquísimo ingenio! Para él sin duda, y para tantos otros desgraciados ingenios escribiría el gran Quevedo aquella letrilla que comienza:

"¿Quién procura que se aleje
Del suelo la gloria vana?
¿Quién siendo toda cristiana
Tiene la cara de hereje?

¿Quién hace que al hombre aqueje
El desprecio y la tristeza?
La pobreza."

—Hubo otra cosa además que no dejaría de mortificar a Cervantes, que de seguro no dejó de mortificarlo, y fue la sombra de Lope de Vega. Claro que no sería envidia, que en un hombre orgulloso y consciente de sus méritos, no cabe tan ruin y mísera pasión. Pero en la enorme popularidad del "monstruo de la naturaleza" como él mismo lo llamó, quizá encontraba alguna injusticia comparada con los desaires que él recibía de continuo. Porque hombre más admirado y más querido en su tiempo no ha habido otro. Leamos esto. Y acercádose al estante tomó uno de los grandes tomos de las obras de Lope publicada por la Academia Española, que dirigió y comentó ese otro monstruo que se llamó Marcelino Menéndez y Pelayo. Leyó: "Vinieron muchos desde sus tierras (escribe Montalbán en la *Fama Póstuma*) sólo a desengañarse de que era hombre. Enseñábanle en Madrid como en otras partes a los forasteros un templo, un palacio y un edificio. Ibanse los hombres tras él cuando le topaban en la calle y echábanle bendiciones las mujeres cuando le veían desde las ventanas. Hiciéronle costosos presentes personas que sólo le conocían por el nombre. Alcanzó por sus aciertos un modo de alabanza que aún no pudo imaginarse de hombre mortal; pues creció tanto la opinión de que era bueno cuanto escribía que se hizo adagio común, para alabar una cosa de buena, decir que era de Lope: de suerte que las joyas, los diamantes, las pinturas, las galas, las telas, las flores, las frutas, las comidas y los pescados y cuantas cosas hay creadas se encarecían de buenas solamente con decir que eran suyas, porque su nombre las calificaba".

—La popularidad de Lope era, por otra parte, natural. Era un hombre de maravilloso ingenio y nada se conocía hasta

entonces que le igualase en la comedia y en fecundidad poética. Armonioso y sonoro, era como el arpa nacional que extendía la música de las palabras a todas las esferas sociales. Dulcificaba la lengua áspera todavía del Duque de Alba y de todos aquellos guerreros y conquistadores que agigantaban la historia de España entre ruidosas victorias y colosales rapiñas territoriales, pero que apenas pudieron enriquecer el idioma con bruscas interjecciones y secas órdenes de mando. Entre el estrépito de las batallas y la dureza de las almas corría entonces el raudal poético y portentoso de Lope. De figura elegante, hermoso y cortesano exquisito, soberano poeta de los cielos y de la tierra, ¿qué mucho que le persiguieran las mujeres y le admiraran los hombres? Es fama que Lope y Cervantes no se miraron bien desde los primeros encuentros y que al hablar sobre comedias en el Quijote, el Señor Don Miguel toma el florete de la crítica y da la más tremenda estocada al fénix de los ingenios.

En boca del Canónigo pone Don Miguel de Cervantes estas palabras: "Si éstas que ahora se usan (se refiere a las comedias de la época y por consiguiente a las de Lope) así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pie ni cabeza, y con todo eso, el vulgo las oye con gusto y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar que comer con los muchos, que no opinión con los pocos".

A éstas y a otras razones del Canónigo, contestó el Cura: "En materia ha tocado vuestra merced. Señor Canónigo, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las

comedias que agora se usan, tal, que iguala al que tengo con los libros de caballería; porque habiendo de ser la comedia según le parece a Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia". Y para que la crítica contra Lope de Vega no quedase confusa, el Cura acentuó más sus palabras refiriéndose ya directamente a Lope y dice que "por querer acomodarse al gusto del representante no han llegado (todas las comedias de Lope) como han llegado algunas al punto de la perfección que requieren".

De estos resquemores de Cervantes contra Lope hanse escrito los más curiosos detalles en la nueva biografía de Lope de Vega, escrita por Don Cayetano Alberto De la Barrera y Leirado, quien dice que parece más bien de Cervantes que de Quevedo aquel famoso soneto contra Lope, que comienza:

"Lope dicen que vino. No es posible.
Vive Dios que pasó por donde asisto.
No lo puedo creer. Por Jesucristo
Que no os miento.—Callad que es imposible.
Por el hijo de Dios que sois terrible!
Digo que es chanza.—Andad que voto a Cristo!
Que entró por Macarena. ¿Quién lo ha visto?
Yo lo vide.—No hay tal que es invisible.
Invisible, Martín? Eso es engaño,
Porque Lope de Vega es hombre, y hombre
Como yo, como vos y Diego Díaz.
¿Es grande?—Sí, será de mi tamaño,
Si no es tan grande pues, como es su nombre..."

Y callemos el final que tú conoces.

Natural era que Lope se desatara en injurias contra Cervantes y el Quijote, por el gracioso desenfado del Manco

de Lepanto y así lo hizo entonces, y después escribió aquella carta que termina: "de poetas no digo buen siglo es éste; muchos están en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a Don Quijote".

Volvió Cervantes a referirse a Lope en el prólogo de la primera parte del Quijote con censuras más bien claras que encubiertas, y contestóle Lope no menos resentido en "El Peregrino"; y aún muerto ya Cervantes se permitió el gran Lope aquel diálogo que comienza:

"LEONARDA. Despues que das en leer,
Inés, en el romancero,
Lo que a aquel pobre escudero
Te podría suceder.

INÉS. Don Quijote de la Mancha
(Perdone Dios a Cervantes)
Fué de los extravagantes
Que la corónica ensancha.
Yo leo en los romanceros,
Y se me pega esta seta
Tanto, que de ser discreta
No tengo malos aceros".

Y aquel otro prodigio de la época, el gran satírico, el filósofo profundo autor de Marco Bruto, de *El sueño de las calaveras*, demoledor y despreciativo, el sabio e inteligentísimo Quevedo, no dejó tampoco de zaherir a Lope en varias ocasiones; pero estos tres singulares ingenios se reconciliaban a menudo y siempre reconocieron los méritos de unos y otros y no deja de ser curiosa e interesante aquella redondilla que alude a la reconciliación de Lope con Quevedo, y que dice:

"Hoy hacen amistad nueva
Más por Baco que por Febo,
Don Francisco de Que.....bebo
Y Don Lope de la Beba".

Parece por otra parte, que esas peleas literarias apenas si pasaban de la epidermis, pues apesar de todo lo que Don Luis de Góngora zahirió, importunó y persiguió con sonetos satíricos al Fénix de los ingenios, no dejó este noble espíritu de dedicarle a su muerte, el famoso soneto:

"Despierta, oh Betis, la dormida planta,
Y coronado de ciprés, inunda
La docta patria en Sénecas fecunda,
Todo el cristal en lágrimas desata.

Repite soledades y dilata
Por campos de dolor vena profunda:
Unica luz que no dejó segunda,
Al Polifemo ingenio Atropos mata.

Góngora ya la parte restituye
Mortal al tiempo; ya la culta lira
En cláusula final la voz incluye:

Ya muere y vive; que esa sacra pira
Tan inmortal honor le constituye,
Que nace Fénix donde Cisne expira".

Esos reconcomios, desconfianzas, temores y recelos entre Lope, Cervantes y Quevedo eran por otra parte naturales. Eran ellos tres águilas que volaban entonces por el cielo literario en camino de la inmortalidad y que al acercarse en la ruta, sacudían las alas en movimientos defensivos y dejaban ver sus garras de oro que iban formando estelas luminosas.

De todos modos, no creo que haya habido en el mundo nación alguna que cuente, en un momento dado, con tan poderosos cerebros como el de estos tres inmortales, ni con espadas tan gloriosas y memorables como las de esos capitanes que se llamaron Don Juan de Austria, el Duque de Alba y Alvaro de Bazán. Era el intenso y acre perfume de la manzana que no servirá mañana para regalo del paladar. Eran los últimos y poderosos esfuerzos de las células nacionales del más memorable de los éxitos. Llegaba naturalmente la decadencia; el árbol frondoso de otros días dejaba caer de sus ramas exhaustas frutas mediocres y raquíticas. "Y aquellos hidalgos que antes hubieran ido a las Universidades y a las Secretarías de los Embajadores y a las Academias de los poetas y a los estudios de pintores de Italia y Flandes y a guarnecer los castillos del Rey y las plazas.... se contentaban con ir a esperar la sopa! Eso sí, ocultaban la escudilla bajo la capa y se retorcían fieramente el bigote con el aire de antaño".

Al cabo de varios siglos la savia antigua asciende hasta las copas. Las letras españolas renacen. El siglo XIX es otro siglo de oro; la elocuencia de Castelar y de Moret, de Cánovas y de Maura, de Alvarez, Canalejas y Vásquez de Mella, seduce y pasma y arrebata a las multitudes y a los letrados; la sabiduría inconcebible de Menéndez Pelayo, la inimitable pluma de Pereda, la inteligencia de Pérez Galdós, el estilo suave, helénico y delicioso del autor de las "Ilusiones del Dr. Faustino", y la prosa ondulatoria, robusta y sabia de otros prosistas incomparables cuyos libros alcanzo a ver en los estantes de la sección española de tu biblioteca, hasta llegar a Ricardo León, de cuyo estilo bien pudiera decirse lo que ya se dijo del de Fray Luis de Granada: "estilo puro, limpio, sencillo; más alto: llano; más agraciado: florido; más significador: grave".

—Ahora hablemos del Quijote. ¿Tienes tú hoy el mismo concepto que de adolescente tuviste de este libro?

—No. La lectura del Quijote no me hace reír ya. Ahora me produce la más alta admiración y la más profunda tristeza. Y es porque después de conocer la vida de Cervantes paréceme que el Ingenioso hidalgo no es otro que el mismo Don Miguel.

Por esas páginas dolorosas va derramando la más suave y sutil ironía sobre la vida humana, el desdeñado del Duque de Béjar y de los Argensolas y el vencido de Lope. De la ingratitud del Gobierno de España para con el Manco de Lepanto, que ni siquiera pudo obtener un vil destino para estas ricas Indias, en donde pensó sin duda, ver el oro de cerca, habla de esta manera al mozo que iba a la guerra, a quien advertía que aunque se viera herido o cojo, siempre lo cogería con honra y le evitaría la pobreza "cuanto más que ya se va dando orden de cómo se han de mantener los soldados viejos, pues no es bueno que con ellos se haga lo que hacen los que ahorran a sus negros echándolos de la casa libres y haciéndoles esclavos del hambre". Ni es inverosímil creer que a ese mismo desdén del Gobierno se refería Don Miguel cuando resuelta ya la gobernación de Sancho por los duques, pone en boca de Don Quijote algunas frases en las que, sin duda, se refería al desaire que había sufrido cuando buscaba su destino en América; y aquí entra y encaja bien el decir que "hay buena y mala fortuna en las pretensiones".

Ni sería tampoco hilar muy delgado el pensar que Cervantes por ése y otros tantos desdenes de sus contemporáneos para con él, hiciera decir a Sancho que "lo que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo, ciega; y así, no ve lo que hace, ni sabe a quien derriba ni a quien ensalza".

Dícese que el Duque de Béjar, no tanto por tacaño y falto de entendimiento, cuanto por influencias de un eclesiástico, que así mandaba en èl Duque como en su familia, fué el verdadero motivo para que el grande de España no dejase

caer dádiva alguna en manos de quien le había dedicado la primera parte de su libro inmortal, ni supiera estimar como era debido lo que iba a ser pasmo y admiración de las gentes. Sin duda alguna que el altercado de Don Quijote con el eclesiástico o sacristán, como le llama despectivamente, en el castillo de los Duques, es un recuerdo de ese desaire célebre. Nunca fue tan discreto ni tan hidalgo ni tan intencionado el Caballero manchego, como en la respuesta que dió al eclesiástico. Jamás ha tenido la lengua castellana frases de más alta cultura; ni el *justo enojo* encontró en nuestro idioma un medio más elegante de combatir un concepto erróneo y agresivo. La incisiva elegancia de esa admirable respuesta determinó la cólera del eclesiástico o lo que es lo mismo, el triunfo de Don Quijote.

No sería el mismo Don Miguel de Cervantes quien "temblando de los piés a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua" decía: "Por ventura es asunto vano, o es tiempo mal gastado el que gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad?" Cervantes presentía ya la gloria futura de su nombre y desfacía los agravios con su pluma fecunda e inimitable y fina como los aceros afilados de Toledo. Menosacabado de ánimo a veces, erguíase en otras ocasiones hermoso y soberbio ante sus contemporáneos y apelaba ante la posteridad más justa y menos envidiosa.

En cambio, para aquel otro eclesiástico sabio y bueno que sin humillaciones ni regateos míseros enviábale recursos frecuentes y agregaba a la dádiva epístolas cariñosas y admirativas del ingenio del autor del Quijote lo mismo que para el otro protector Conde de Lemos, escribió Don Miguel las más sentidas, las más humildes y agradecidas frases que escribir se pueden. ¿Cuándo estuvo la gratitud mejor servida, cuándo sonó para el oído humano algo más noble y delicado que esas

dos epístolas que como río caudaloso y claro arrastró juntos y hermanados a la inmortalidad a protectores y protegido?

Ahora que hemos releído el Quijote, habrás observado con qué frecuencia habla Cervantes sobre la pobreza. Sancho hablándole "en cueros y sin vestirlo de otras ropas" decía ya de los "hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde", y por boca de Teresa Panza habla así: "Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida y en el rico los detienen", y cuando Don Quijote hablaba al Canónigo sobre las hazañas, felicidades y regalos de los caballeros andantes entre músicas y cantos y manjares y doncellas y baños templados y camisas de delicadísimo cendal, olorosas y perfumadas; cuando entra y sale de los grandes castillos, cuando sueña en todo esto, sueña en ser rey para mostrar la liberalidad que su pecho encierra, "porque el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de la liberalidad con ninguno".

Y este Don Quijote, que así llevaba la mente encendida de grandezas; que sabía apreciar la elegancia en el vestir y la delicadeza en las telas; que amaba la limpieza y aconsejaba a Sancho adelantándose a la higiene moderna que rapara las barbas, órganos restiformes del antropoide, como diría un darwinista, este famoso caballero al quedarse solo en el castillo con la partida de Sancho a la Insula, encerrado en su alcoba que puso por muralla entre "sus deseos y su honestidad", a la luz de dos velas de cera se desnudó y al descalzarse "oh desgracia indigna de tal persona....! las medias estaban rotas!"

Y aquí, en este triste incidente, al descubrir el desequilibrio entre la ilusión y la realidad, se mueve la pluma de Don Miguel de Cervantes entre melancolías y protestas contra la pobreza y como verdadero perito en estrecheces prolijas.

¿Quién ha descrito mejor los afanes y cuitas de la vida del estudiante pobre que el mismo Cervantes llevó en Alcalá

de Henares? Ese recuerdo melancólico movió la pluma del que dijo: "Digo, pues, que los trabajos del estudiante son éstos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en que puede ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena".

—Pero a esa *santa dádiva desagradecida*, como llaman los místicos la pobreza, ¿no deberá Cervantes la inmortalidad, España la gloria de tenerle por hijo, la lengua española por modelo y la humanidad por espejo en Don Quijote y en Sancho ?

La vida es corta, perecedera y cruel y no quedan vibrando a siglos de distancia, sino los que la apreciaron y sintieron con toda su intensidad y con toda verdad y franqueza como Don Miguel de Cervantes Saavedra.

—Sin embargo, el concepto moderno de la vida es el de la fuerza, el de la riqueza y de las comodidades que ésta trae consigo. En la única cosa en que estamos todos los seres humanos de acuerdo es en conseguir dinero y gozar de la vida y hacerla menos triste.

—Es cierto; pero siempre habrá en el mundo criterios distintos en todo. Si así no fuera, la vida sería más monótona y el "cielo siempre azul" de los odiosos Argensolas sería siempre desesperante. Por lo demás, la guerra continental de los civilizados de Europa nos está mostrando cómo son de efímeras todas las teorías sobre la vida nacional e individual acumuladas en éste y en todos los siglos. Es algo muy pueril el pretender que todos tengan talento y sean aptos para la vida y que el raquítico sea fuerte y noble el degenerado. De las fuerzas contrarias que luchan en el mundo y en nuestro propio organismo, sale siempre una resultante inesperada. De esta "crisis de la historia", como dice Ferrero, vendrá sin duda un cambio de tendencias mundiales y sin embargo la vida no cambiará Las pasiones humanas no pueden sujetarse

a cálculos matemáticos. Y envueltos todos en la práctica de la vida o en el idealismo sublime, seguiremos dando tumbos en ella como don Quijote y Sancho. Parece como si la Providencia hubiera puesto el mar al lado de la tierra para que viéramos en él el claro símbolo de la vida en las ondas mudables, sucesivas y eternas de este elemento monstruoso. ¿Y qué otra cosa somos nosotros todos sino átomos dispersos e insignificantes en este universo incomprensible y raro?

Y sigamos hablando del Quijote. Este ha pasado por loco, y por egoísta y práctico el escudero; pero de tal manera se hermanan la locura del uno y la cordura del otro, y de tal suerte van compenetrándose esos espíritus que parecen uno sólo. Pero la superioridad de Don Quijote va dominando a Sancho hasta el punto que el caballero remata cuerdo y el escudero, loco.

En la aventura de los yangüeses comienza la locura de Sancho. El quisto y cobarde escudero ¿no arremetió también contra los veinte arrieros después de las justas y prudentes observaciones que hizo a Don Quijote sobre la desigualdad de la lucha?

¿Y no estuvo de impulsivo contra el inocente cabrero haciéndolo responsable de la paliza que acababa de darle Cardenio? Convencido estaba también de que Don Quijote llegaría a ser Emperador y lo casaría a él, ya viudo, según lo deseaba ya, con una doncella de la emperatriz, "heredera de un rico y grande estado de Tierra firme".

En la brava y descomunal batalla con los cueros de vino tinto ¿no estuvo buscando la cabeza del gigante que decía haber visto con sus propios ojos? Duros fueron los reproches de Sancho contra el Cura cuando éste y el barbero llevaban enjaulado a Don Quijote, por la Insula o el Condado que le hacían perder con la farsa del encantamiento del Caballero de la Triste Figura; y a medida que las aventuras se sucedían unas a otras, aumentaba el delirio de grandezas de Sancho; y

una vez Gobernador de burlas, suspiraba todavía por ser Conde y en todo caso noble.

Y entre la locura de Don Quijote y la simplicidad de Sancho, iban ocurriendo invasiones de jurisdicción de cerebro a cerebro, a medida que el tiempo corría.

De discreto y de gran entendimiento juzgaban todos a Don Quijote cuando hablaba sobre las armas y las letras, o del origen de los linajes, o sobre la libertad y el agradecimiento, o cuando aconsejaba a Sancho sobre materias políticas y dábale reglas de gobierno. Sigue Don Quijote los consejos de Sancho después de las aventuras del cuerpo muerto y de los yangüeses; y en la aventura del rebuzno quiso ser más bien prudente que temerario como otras veces. Don Quijote va serenándose a medida que el tiempo pasa y las aventuras se suceden. "El vapor de ilusión que flota ante toda actividad humana" va desvaneciéndose. Como todo hombre de acción intensa en la vida, iba viendo que había *arado en el mar*, como aquel forjador de repúblicas que caía abrumado por la ingratitud a las orillas del mar mudable y amargo. Su noble y bondadoso espíritu iba adquiriendo una comprensión más exacta de la realidad, hasta que al lado de los suyos, tendido en el lecho, próximo a la muerte, abriéronse las ventanas del alma, abrió los ojos y tuvo la concepción clara de la vida.

En cambio, el práctico, el zocarrón, el sabio Gobernador de la Insula Barataria, termina rematadamente loco. Quiere disfrazarse de pastor y cree que tras de alguna mata puede hallarse desencantada la señora Dulcinea del Toboso. La superioridad espiritual de Don Quijote había invadido vastas zonas en el cerebro primitivo del escudero, pero ya sano del espíritu y cerca ya de la muerte, volviéndose a Sancho, le dijo: "Perdonadme amigo la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote creer en el error de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo".

Se contradice Don Quijote en su vida, se contradice Sancho en la suya, y disputan y se abrazan. El relato de sus aventuras hace reír a unos y llorar a otros. La pluma mágica de Cervantes va resucitando todo lo que hay en los seres humanos de noble, de triste y de ridículo. Su vida misma anda por esas páginas pregonando el dolor de su existencia, en caudalosa vena de supremo ironista de su tiempo y de los tiempos todos. Este libro es el llanto risueño de su existencia. Es la ironía que pasa haciendo cosquillas y conteniendo las lágrimas. Atenazado por los desdenes, atravesó con su flecha de oro a los que se opusieron al reconocimiento de su talento excelso; el vencido de ayer fue el vencedor reconocido durante tres siglos después de su muerte. De modelo quedó su prosa rica y dúctil, mina de frases áureas y encantadas: armoniosas unas y resonantes otras, profundas todas; con verbos y adjetivos que van sonando como clarines mágicos.

"Hay toques de pincel, como toques de estilo, que son una manera no de pintar ni de escribir, sino de sentir, de sufrir, de amar, de orar, de vivir". Ese, el estilo de Cervantes; ésa, la filosofía del Quijote.

EL HISTORIADOR RESTREPO

Por el estudio de los acontecimientos y de los hombres de nuestra independencia nos vamos dando cuenta del movimiento político que se siguió en estos países, de las deficiencias administrativas de que han dado muestras Gobiernos y Congresos, de la marcada tendencia al lirismo, de la admiración infantil por el reflejo del sable y por todo lo estrepitoso y decorativo. Estamos todavía bajo el influjo de la elocuencia y es imposible aún la revaluación de los próceres. Estamos muy cerca de ellos y la gratitud que conservamos por los esfuerzos heroicos que determinaron nuestra independencia, nos mantiene aún en el período admirativo lejos de todo análisis ingrato. Cultivamos cariñosamente el adjetivo y seguimos el consejo benévolo de que "a los hombres hay que juzgarlos por sus saldos favorables".

De suerte que la contribución que podamos llevar a la Historia de la República, hoy por hoy, tiene que reducirse únicamente al documento. El estudio de la psicología de los Padres de la Patria será tarea de los que vengan detrás de nosotros.

Al Libertador mismo apenas comenzamos a comprenderlo, y pasará mucho tiempo para que la posteridad pueda darse cuenta perfecta de lo que valía ese fenómeno tropical.

Irradia todavía tánta luz, que es imposible acercársele con la completa serenidad de un disector indiferente. Lejos está el día en que llegue el crítico de nuestra Historia que ha de estudiar desde el espíritu excelso del Libertador hasta el de aquel Oficial de quien decía el General Valdés que, "estaba inaguantable porque había lanceado a un rendido".

Reduciéndonos al Departamento de Antioquia, vamos a relatar algunos incidentes de nuestra Historia y que se refieren a la actuación en ésta del Historiador Restrepo, como revolucionario.

Casi puede decirse que por un golpe de estado llegó al poder el Dictador D. Juan del Corral. Sobre esa dictadura benéfica para la causa de la Independencia se han escrito ya páginas interesantísimas. De los actos de la dictadura quizá el más trascendental y ruidoso fue el de la confiscación de los bienes, prisión y destierro de los realistas antioqueños, especialmente de los que vivían en la ciudad de Rionegro.

El Dictador dispuso esta prisión desde los primeros días de su Gobierno, pero parece que el comisionado para verificarla, D. Juan Francisco Zapata, admitió a los presos fianza de excarcelación. Era Secretario de Gracia y Justicia del Dictador, D. José Manuel Restrepo. La conducta del comisionado Zapata dió motivo para que D. José Manuel escribiese al comisionado en Rionegro, la siguiente nota oficial que se publica por primera vez y que conservamos original en nuestro archivo particular:

"RESERVADO:

Si la excarcelación a que usted defirió bajo las fianzas, no ha desalentado la esperanza de los buenos patriotas en favor de la necesidad del Gobierno, y de la seguridad pública, ni facilitado a los criminales algunas inteligencias con los secuaces de su opinión y de su partido, para salvar alguna parte de sus propiedades, y poner al pueblo en una fermentación,

que en todo caso se debe atajar a fuego y sangre: el Excmo. señor Dictador cada vez más convencido de la necesidad de relacionar con Medellín según los accidentes ocurridos allí, las nuevas providencias que comuniqué a usted; me encarga le diga que observe rigurosamente sus últimas órdenes hasta la resolución que le comunique el Coronel Gutiérrez, en conseqüencia de lo que se le previene en esa fecha y con cuyo comisionado es preciso se entienda usted en lo sucesivo en orden a la seguridad de los reos, su conducción y la vía que deban seguir.

Dios guarde a usted.

José Manuel Restrepo,

Secretario de Gracia y Justicia.

Antioquia, Agosto 10 de 1813.

Señor Comisionado en Rionegro.

C. Juan Francisco Zapata".

Sabido es que el Coronel José María Gutiérrez (el fogoso) a quien alude el señor Restrepo, redujo a prisión a los españoles y americanos realistas, confiscó sus bienes (ascendió esa confiscación a $ 167,000 oro), y los entregó a D. José A. Mejía para que los condujese al destierro. En la lista de los desterrados de Rionegro, lo mismo que en la de los realistas de Medellín, observamos el que los apellidos que allí figuran: Campuzanos, Escalantes, Elejaldes, Sáenz, López, Sanín, Santamaría, Uribe, Lince, etc., corresponden la mayor parte de ellos, si no todos, a las familias que han figurado como liberales en Antioquia durante la República. No sabemos sino de dos familias realistas que vivían en Medellín y cuyos descendientes sean conservadores: los Zuláibar y los Vieiras. Quizás podríamos explicarnos este hecho al pare-

cer singular, por las circunstancias de que las familias realistas de Antioquia emparentaron con patriotas que fueron unos bolivianos y otros santanderistas y de aquí el liberalismo o el conservatismo de sus descendientes.

La nota oficial del Sr. Restrepo nos revela ya su carácter enérgico y nos dice cómo era de exaltada la opinión en esos días en Antioquia en contra de los realistas, cuando un hombre de letras como D. José Manuel habla ya de "fuego y sangre", en un pueblo en donde ni él ni nadie habían oído disparar un fusil todavía.

Muerto el Dictador Corral e invadido Antioquia por fuerzas españolas, ocurre en este pueblo un hecho raro que nos ha llamado muchísimo la atención: ni Warleta, ni Sánchez de Lima, ni Tolrá persiguieron a los patriotas. Al Secretario de Gracia y Justicia del Dictador, al autor de la nota oficial de 10 de Agosto de 1813 no sólo no se le persiguió sino que el Gobierno español lo ocupó en la Administración pública: y puede decirse que a la estimación que Sánchez de Lima tenía por Restrepo se debió el que éste pudiera salir de Colombia para el extranjero durante la época del terror. D. José Félix de Restrepo, Alejandro Vélez, Juan María Gómez, Ortiz, los ex-Gobernadores del Estado, Legisladores, etc., etc., vivieron relativamente tranquilos en Medellín, Rionegro, Antioquia y Marinilla y salvo los compartos y uno que otro abuso del Comandante Villalobos y una que otra amenaza de Tolrá, lo cierto es que el Gobierno español no levantó patíbulos en el territorio antioqueño.

Dícese que Sáncehz de Lima no era partidario de la política sanguinaria de Morillo, pero Warleta y Tolrá no eran mansos, y sin embargo, en Antioquia no cometieron crímenes, ni emprendieron persecuciones. Parece seguro que aquí hubo un Tribunal de Purificación como en Bogotá y otros puntos de la República, pero hasta hoy no ha sido posible encontrar documento alguno en los archivos del Departamento relativo

a este Tribunal. De lo único que se tiene noticia cierta es de la retractación del Cabildo de Medellín, a la llegada de Tolrá, según lo refiere D. Ramón Correa en su interesantísimo estudio titulado "El Comandante Villalobos", del cual copiamos lo siguiente: "un tipo inmortal, hijo de Marinilla, fue don Pedro Gómez Jiménez, jefe político en dicha ciudad. Cuando en 1816 recibió una comunicación del Cabildo de Medellín, compuesto por los señores Manuel María Bonis, Juan Santamaría, José A. Vélez, José Joaquín Lince, Manuel González, José Atonio Mejía, José María Uribe, José Rodríguez Obeso y José Vicente de la Calle, escribano público, en la cual le exigían que se apresurara a desagraviar al Rey de España en la persona de su Teniente don Carlos Tolrá", como lo hemos hecho nosotros: el señor Gómez contestó así: "yo no desagravio a nadie: lo hecho por Marinilla fue de acuerdo con la justicia y la libertad; si no les gusta mi franqueza pueden quitarme el bastón". (1). Este gran carácter pagó con muchos meses de cárcel su entereza y valor moral. Nosotros al sacarlo del olvido hacemos un servicio a la Historia y escribimos una página gloriosa que será honra eterna de Antioquia y especialmente de Marinilla".

Al relatar nosotros lo ocurrido en Antioquia durante el período de la reconquista española, no hemos querido otra cosa que exponer hechos sin entrar en crítica alguna. Los cambios de opinión en los pueblos y en los individuos, son asuntos de fuero interno, ante los cuales nos está vedada la crítica. La vida humana nos obliga a rectificaciones de nuestro propio criterio a cada paso. Cuántas cosas quisiéramos no haber hecho; cuántas páginas quisiéramos no haber escrito; cuántas palabras quisiéramos no haber dicho; pero creemos que nadie tiene derecho a penetrar en el sagrado recinto de la conciencia ajena. Individuos que fueron realistas activos en

(1) Documento original.

las fuerzas españolas hasta después de la Batalla de Boyacá, fueron exaltados a los primeros puestos de la República en competencia con grandes hombre de la Independencia en los primeros tiempos de la emancipación definitiva, porque el pueblo de Colombia lo quiso así. Desde la tranquilidad de un bufete no es posible la crítica de ciertos hechos sin abarcar un sinnúmero de detalles que quizá nos explicarían la razón de ellos.

Creemos nosotros que si en Antioquia no hubo patíbulos se debió en gran parte a que los patriotas de estas montañas eran hombres civiles y buenos; a que durante su gobierno no cometieron crueldades de ninguna clase; a que entre patriotas y realistas había estrechos vínculos de familia y sobre todo a que los Jefes españoles unos eran de sentimientos benévolos y otros, por cálculo, creyeron más ventajoso para la causa realista el exigir contribuciones a los antioqueños, más bien que fusilarlos. En todo caso, no consta en nuestros archivos ninguna claudicación y si los miembros del Cabildo de Medellín se retractaron, por circunstancias quizá especiales y que no discutimos, lo cierto es que ellos sirvieron después a la República. (1).

Después de la Batalla de Boyacá el Sr. Restrepo aparece de nuevo en Antioquia y fué nombrado Teniente Asesor por el Gobierno de la República. Fue entonces cuando comenzó a recoger documentos para escribir la Historia de la Revolución de Colombia. Con motivo de la caída del caballo "Inca" que sufrió Córdoba, Gobernador y Comandante de Antioquia entonces, tomó Restrepo el mando político en la Provincia. De la correspondencia del Historiador en esa época con el General Santander nos queda la impresión de su absoluta honradez, de su carácter enérgico y de su imparcia-

(1) También se retractaron los Cabildos de Rionegro, Marinillas y Antioquia.

lidad. Como Córdoba hubiese pedido al General Santander doscientos veteranos en cambio de igual número de reclutas para defender la Provincia, contestóle el Vicepresidente: "acaso tiene usted a su lado personas tímidas", y de que "es necesario tomar medidas muy serias contra todos los hombres que lejos de inspirar confianza se dediquen a vaticinar sucesos adversos y a desatender el espíritu bien explicado de los pueblos". D. José Manuel se creyó aludido en esa carta, pues era él quien había dado el consejo a Córdoba y escribió a Santander su célebre epístola de 25 de Noviembre de 1819, en la que después de explicar al Vicepresidente la razón de su consejo en términos levantados y hasta de ruda franqueza, agrega: "si usted cuenta con el paisanaje para defender esta provincia, deseche semejante pensamiento; todos o la mayor parte son cobardes y hay pocos hombres decididos a morir o a ser libres; cada uno emigra a los montes y nadie es capaz de juntar una guerrilla de veinticinco hombres en los momentos de peligro". Apesar de este concepto, quizás muy exagerado, el mismo Sr. Restrepo tuvo después que rectificarlo, pues las fuerzas que batieron a Warletta salieron de Marinilla, Rionegro y Medellín y en su mayor parte del *paisanaje;* y en carta a los señores Cura, Comandante Militar y Alcalde de Marinilla, díceles el mismo Sr. Restrepo estas palabras: "el Gobierno está plenamente satisfecho de la actividad, patriotismo y energía que manifiesta ese vecindario verdaderamente republicano", y en carta a Santander de 16 de Enero de 1820 cuando las fuerzas antioqueñas habían partido hacia Barbosa, dice: "tanto los oficiales como los soldados están resueltos a vencer o morir. Tengo la esperanza más fundada de que el enemigo ha de salir escarmentado". Y así resultó en efecto.

Los que no conozcan los párrafos de la carta de 15 de Mayo de 1820 al Vicepresidente, se van a sorprender quizá de que D. José Manuel tratara a Córdoba como lo trata en ella; pero hay que tener en cuenta que el Sr. Restrepo temía

mucho el que Córdoba no hiciera una buena campaña después de la caída que le dió el "Inca" y que el juicio, la prudencia y el desconocimiento que tenía de asuntos militares le hicieron temer un fracaso por la impetuosidad de Córdoba. El lo estimaba ya, pero no era la hora todavía de admirarlo, como después de Ayacucho. Ni el Sr. Restrepo tenía por qué envidiar a Córdoba siendo éste un militar y aquél un hombre civil. Lo que movía a D. José Manuel a escribir en estos términos era la salud pública que él creía que podía comprometerse. No creemos que sea éste el mismo caso en que estuvieron otros próceres, especialmente los militares, pues es muy común advertir en la correspondencia de éstos, lo poco que se estimaban unos a otros. Fácilmente se comprende cómo en esa concentración de voluntades hacia un mismo fin, no podía faltar la resultante de la triste debilidad humana; pero el caso de Restrepo con Córdoba tenía una tendencia noble. Los que conozcan la correspondencia de los próceres recordarán, para no citar sino un caso, las frases despectivas del General Valdés para con el General Soublette cuando éste fue nombrado General de División, y eso que aun extranjeros de importancia "consideraron a Soublette de educación superior a la generalidad de sus compatriotas, como el mejor comisario del ejército colombiano y de rasgos de la nobleza del viejo carácter español".

Dice así la carta de Restrepo a Santander:

"RESERVADO:

Marchó Córdoba para Zaragoza y Ricaurte se ha hecho cargo del mando. El primero continúa malo de sus potencias desde el terrible golpe que sufrió. Estaba convaleciente de otro en el mismo caballo, y aún montó en él. Sepa usted que no me gusta el que trescientos hombres tan buenos se puedan perder por sus malas disposiciones. Ahora manda una cosa y dentro de poco no se acuerda. Trata, además

con muy poca delicadeza o más bien grosería a los oficiales y demás. Si usted pudiese, sería mejor que no vuelva a tomar el mando de la provincia, que se halla disgustada por su modo de mandar, sin embargo de que su promesa es muy estimable. Creo a Ricaurte muy superior por su educación, modales y espíritu de orden. Todos los que tienen conocimiento dicen que en el batallón de Córdoba nada se hace conforme a ordenanza; lo que es cuentas, vestuario etc., causa dilapidación y aumenta los gastos. A esto se añade que Córdoba está muy envanecido. Acaso convendría dejarlo casar para que se sosegase. Creo que se vuelve del camino o de Zaragoza, tomando por motivo sus enfermedades. Es mi amigo, pero juzgo debo hablar a usted con franqueza por lo que pueda convenir a la salud pública. Sería más útil en el ejército bajo de un jefe etc., etc."

Quizá los datos que dejamos recogidos servirán para ir dando una idea clara del carácter del Historiador Restrepo. En todo caso a nosotros nos parece un hombre severo, un hombre justo y de una sola pieza. Inflexible como si estuviera juzgando a los soldados de César: frío; sin dotes de estilista, monótono, a veces, como la línea recta. Los que lo conocieron dicen de él que era de cultura exquisita, sin afectación alguna; y de su vida se dijo que sirvió de ejemplo para propios y extraños. Exageró quizá algún concepto siempre de buena fe, pero la resultante final de su vida se nos antoja la de un profesor de verdad.

POBLADORES DE REMEDIOS

Don Francisco de Ospina.

Este conquistador de Valledupar y Victoria es considerado como el verdadero fundador y poblador de Nuestra Señora de los Remedios en 1561. Que Francisco Núñez Pedroso y Fernando Cepeda anduvieron antes por esa tierra, es evidente, pero éstos nada fundaron ni poblaron en lo que se denominó Valle de Corpus Cristi, lugar en donde Ospina fundó el primer Remedios.

Cepeda y Pedroso no se encontraron sino en lo que hoy se llama las lomas de Cancán, y la historia de las desavenencias entre estos dos conquistadores es algo que reviste incidentes verdaderamente trágicos. Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús, era de carácter violento, y se le acusaba de ser uno de los amigos de Benalcázar y a quien alcanzaba también la residencia de Briceño contra el Adelantado en la muerte del mariscal Robledo. Parece que Pedroso era más suave y prudente que Cepeda, pero ambos tenían el coraje y atrevimiento de insignes aventureros.

En la conquista de los territorios que llevaba a cabo Núñez Pedroso, hay dos hechos importantes. El primero fué el incendio del pueblo de Guacosma o Guacona, y del cual dice el padre Aguado: "Y dende a poco tiempo se vio en

esta loma y pueblo un triste y calamitoso espectáculo, tal que a los propios inventores les puso una gran lástima y compasión, y se arrepintieron entrañablemente de haber sido causa de una tan gran crueldad, porque veían arder en las llamas del pueblo, no sólo a los guerreadores e indios mayores, y mancebos y muchachos, pero a muchas mujeres de todas suertes, con sus niños y niñas pequeños, a los pechos, que difuntos como estaban y sorrascados (quemados o tostados) de la candela, parecía estar su sangre pidiendo justicia de la injusticia y crueldad que con ellos se había usado". El segundo ocurrió cuando ya Pedroso estaba en el río Guatapé, en donde catorce soldados españoles resistieron a un gran número de indígenas, y ocurrió el hecho de que Alonso Márquez, soldado español, de un revés que dió a un indio, le derribó la cabeza de los hombros, y tomándola del suelo por los cabellos que eran bien largos, la arrojó en medio del escuadrón de los indios, con que les puso tal espanto y temor, que los hizo perder el brío y obstinación con que peleaban y aflojar de tal suerte, que arremetiendo a ellos los españoles, los llevaron casi corriendo por la cuchilla y loma arriba, hasta que les tomaron un alto", etc.

Hemos dicho que fué en las lomas de Cancán en donde se encontraron los dos conquistadores, porque esto se deduce del hecho de que cuando Narváez, el segundo de Cepeda, resolvió volver al reino con algunos soldados de Pedroso, salió de San Sebastián, pueblo que había fundado provisionalmente éste, a los nacimentos del río San Bartolomé como primera jornada, y además por la relación que hace el padre Aguado del punto en donde se encontraron los dos conquistadores, lugar que los españoles llamaron sabana de Aburrá.

Salió don Francisco de Ospina de la ciudad de Victoria, de donde era vecino, con cuarenta soldados, a buscar poblaciones de indios, pues los españoles, que eran conquistadores y pobladores de Victoria, estaban descontentos con el capitán Salinas, porque éste no quiso o no pudo repartir las

encomiendas sino a otros que nada habían hecho en la conquista de dicha ciudad; y esto que parece muy humano y que se repite a diario, obligó al capitán Ospina a acompañar a estos soldados, que eran víctimas de una injusticia. Salieron con el capitán Ospina su hermano don Diego, Francisco Beltrán de Caicedo, García de Valero, Francisco Alcalá Villalobos, Juan Valero, Alonso del Llano y otros que debían figurar en esa nueva conquista.

Don Francisco fundó el primer pueblo en la provincia de Hortana, luégo entró a Corpus Cristi, y Lope de Salcedo trasladó éste de ahí al Valle de San Blas. Estas poblaciones quedaban entre el Samaná del Sur hasta el río Guatapé, el Nare y el río Nus, que los españoles llamaban río Negro y los indígenas Usná. Probablemente, casi seguro, las ruinas que existían cerca de la población de San Carlos fué el lugar del tercer Remedios fundado en el Valle de San Blas.

El capitán Ospina, por no tener permiso para fundar pueblos, fué residenciado por la real audiencia, quien envió a Rodrigo Pardo a prender al capitán, a los alcaldes y regidores del pueblo y los envió presos a Bogotá. Luégo fué enviado López de Salcedo, quien distribuyó las encomiendas en su mayor parte entre los soldados que había llevado, y entre ellos a uno de sus hijos.

Residenciado Salcedo por Martín de Agurto, procurador de la real audiencia, fué enviado preso a Bogotá, y quedó por capitán de justicia mayor de Nuestra Señora de los Remedios, Gabriel de Vega. Durante la capitanía de éste fué cuando los indios de Punchina dieron muerte a algunos españoles "colgándolos con unas cabuyas de los pies en alto y metiéndoles por el.... unos palos agudos que atravesándolos por el cuerpo y tripas y entrañas les iban a salir a los pescuezos".

El gobierno del pueblo pasó luégo a manos de Pedro Pablo de Salazar, y de éste a Antonio Bermúdez, quien nombró como explorador de nuevas tierras a Bernardo de

Loyola; y éste, obligado por sus compañeros, fundó otro pueblo llamado Guadalupe, cerca de Remedios, y de ahí partieron en busca de nuevos pueblos de indios. Pasaron el río San Bartolomé, no ya por donde lo habían pasado Núñez Pedroso y Cepeda, sino mucho más abajo, pues por ahí fueron a dar al río Cimitarra, en donde Loyola y sus compañeros, abatidos por el hambre y por resistencia de los indios de esa región, volvieron a Guadalupe.

Otra nueva invasión hizo a las tierras del nordeste de Antioquia el capitán Juan Velasco, quien siguió el mismo camino de Loyola para llegar al Cimitarra. Iguales penalidades a las de su antecesor sufrió Velasco, hasta que tuvo que regresar a Guadalupe maltrecho y hambreado, y él y sus compañeros la despoblaron y volvieron a Remedios. Refiérese que entre los soldados de Velasco había un canario, de nombre Gonzalo Verdes, quien por salvar a una india se batió con más de cien indígenas, y con su espada no sólo hirió a muchos de ellos, sino que apenas pudieron herirlo a él con un flechazo en la pierna, hasta que llegaron a socorrerlo sus amigos y compañeros.

Mientras tanto en la ciudad de los Remedios continuaban los primeros conquistadores y los que habían llegado después explotando las minas de oro de Hortana, Nare, Guatapé y Nus. Don Francisco de Ospina y su hermano don Diego, Beltrán de Caicedo y otros tenían magníficas encomiendas. El oro era extraído en grandes cantidades, y la población tenía como puerto el sitio de Nare, sobre el río Magdalena. Beltrán de Caicedo desde Bogotá enviaba mercaderías al pueblo, y éstas eran conducidas en mulas por el camino que llevaba a las sabanas de San Blas. Hemos visto en los archivos nacionales un pleito curiosísimo entre el capitán Beltrán de Caicedo y un señor Piedrahita, relativo a la conducción de mercaderías a Remedios.

El capitán Ospina se hallaba en esta ciudad de los Remedios cuando la sublevación de los indios de Antioquia en

1571. De allí salió en compañía de algunos soldados de esa población y de la de Victoria, en auxilio del gobernador Gaspar de Rodas, y después de una ruda campaña se separó de dicho gobernador, y lo acusó ante el gobierno de Popayán probablemente por diferencias en el reparto del botín. Rodas fué depuesto, pero años después volvió a ser nombrado gobernador de Antioquia, en donde hizo una labor interesantísima, y dejó una grata memoria, a pesar de las travesuras de su hijo don Alonso, quien fué uno de los esposos de doña María de Centeno, la rica propietaria de las minas de Burticá. No fué don Alonso, según datos históricos, un marido ejemplar, y aun se dice que abusó muchas veces de los puestos oficiales que ocupó, y que al contrario de su padre, fué cruel con los indios.

Los españoles que vivían en Remedios fueron inhumanos con los indígenas de Punchina, Hortana, Guacosma, Carmaná y demás poblaciones de esa región. Los indígenas se sublevaban a menudo contra los opresores, no obstante que la real audiencia trataba de proteger a los naturales de muchas maneras, pero su acción era casi siempre ineficaz. Los españoles se desquitaban de las sublevaciones con maltratar de tal manera a los indios, que a unos les cortaban las manos, a otros los pies o las narices o las orejas para amedrentarlos. Por supuesto que los indios de esa región no eran corderos mansos, y dondequiera que daban con un español lo martirizaban, como hicieron con los soldados del capitán don Gabriel de Vega, sin perjuicio de que otras veces los hicieran pasar por penas indecibles. De aquí el que los españoles que trataban de defender a los indios, cuando veían el modo como éstos trataban a los conquistadores, por humanos que fueran con ellos, cambiaban de opinión. El hecho es que de cuatro mil indios que encontraron los conquistadores en esas poblaciones, al cabo de algunos años no alcanzaba el número a mil. Y bien fuera por la despoblación o porque las minas no daban ya grandes rendimientos,

la ciudad de Remedios decayó extraordinariamente. Pensaron entonces en buscar sitios más ricos y apropiados para la vida de los conquitadores, y tomaron el camino que antes habían tomado Loyola y Velasco. Así fué que el cabildo de esta ciudad nombró a Juan de Ezpeleta, Baltasar de Burgos y al padre Alonso Jiménez para buscar otro sitio más aparente para la reedificación de Remedios. Y estos fueron a dar al río Ité, que luégo toma el nombre de Cimitarra, y muy cerca de dicho río fundaron el actual Remedios, muy probablemente en el año de 1580. A este respecto dice don Gaspar de Borja, en su *Probanza de Servicios*, que hemos leído en los archivos nacionales: que su suegro don Juan de Ezpeleta entre otros servicios prestados a la corona "fué quien con particular comisión del ayuntamiento, cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de los Remedios, como alcalde ordinario que al presente era, fué a poblar la nueva ciudad cuando mudó a la parte donde se hizo el descubrimiento del oro de que vuestra majestad ha tenido tan grandes aprovechamientos, que pasan de 300.000 ducados y en particular el dicho mi suegro ha servido con más de $ 20.000, de 22 quilates, en los dichos aprovechamientos por haber tenido en la dicha ciudad cuadrillas de negros que sacaban oro y en los servicios graciosos que se hicieron a vuestra majestad acudió con otros $ 400 de 20 quilates, como consta por los testimonios o parte de lo que prestó al tiempo y cuanlos negros de minas se alzaron en la ciudad de Zaragosa, acudió al socorro a su costa". En la misma probanza de servicios habla don Gaspar de Borja del abuelo de su mujer, don Francisco de Alcalá Villalobos, otro compañero de Ospina y conquistador de la nueva Valencia de Venezuela, de Victoria y Remedios, y que gastó en la última conquista muchos pesos de oro, por lo que el presidente Venero de Leiva le dió una encomienda en dicha ciudad, en donde fué alcalde ordinario, alguacil mayor y regidor. Y dice don Diego de Ospina que don Francisco de Alcalá sufrió por veinticinco

años de parálisis, que adquirió por los trabajos y penalidades que tuvo que sufrir en la conquista de Remedios.

¿Cuándo vino don Francisco de Ospina al Nuevo Reino de Granada?

Flórez de Ocáriz dice que vino con Venero de Leiva, lo mismo que dice de don Francisco Beltrán de Caicedo. Nuestro colega José María Restrepo Sáenz rectifica el dato referente a Caicedo, puesto que el presidente de Leiva vino en 1564, y la conquista de Remedios fué en 1561. Igual rectificación debe hacerse respecto a la venida del Nuevo Reino de don Francisco de Ospina, a no ser que Flórez de Ocáriz se refiera la época en que gobernó Venero de Leiva, y en la que figuraban ya estos conquistadores por sus hazañas y las nuevas que realizaron en este tiempo, de feliz recuerdo en los anales de la colonia.

En los últimos años del siglo XVI y en el siglo XVII, fundado ya el nuevo Remedios, la explotación de minas de oro con indios y cuadrillas de esclavos produjo una riqueza enorme a muchos de los primeros fundadores y conquistadores que fundaron el primero. Al último y actual Remedios fueron a dar también don Francisco Beltrán de Caicedo y sus hijos Fernando y Francisco, don Diego de Ospina, hijo del conquistador, que fué gobernador de Cimitarra, Alcalá de Villalobos, García Valero y otros. Se explotaban las minas del río Mata, del Pocuné, las minas de Ocá, de Tamarita y Tamar, las de la quebrada de doña Teresa, las del río San Bartolomé, las de las quebradas de San Pedro y Carnicería, las de Nemeñeme, las del río Nus, las del río Bagre, etc. Los límites de la población incluían los terrenos que pertenecen hoy a Yolombó, Cancán, y Yalí por una parte, y por otra desde el primer paso del río Pocuné para abajo hasta Caná, donde comenzaba la jurisdicción de Zaragoza, y desde el río Otú y río San Bartolomé hasta la angostura del Carare, y río abajo hasta la Cimitarra. Los quintos que pertenecían al rey se enviaban por el río San Bar-

tolomé al sitio de este nombre, y de ahí por el río Magdalena a Bogotá. Consta en los archivos nacionales que de Remedios trajeron a la capital del reino una punta de oro hallada en una de las minas, de peso de 187 castellanos, y que compró Pedro Boviel para enviar de regalo al rey de España en 1764. Fueron don Fernando de Toro Zapata y don Francisco Beltrán de Caicedo, hijo, los que descubrieron los ríos Bagre y Tigüí y las ricas minas de Guamocó. Desde la fundación de este último pueblo hasta hoy la región minera de Remedios se considera como más rica que lo fué la de California, según concepto del doctor Fortunato Pereira Gamba, considerado por hombres distinguidos como el primer geólogo que ha habido en Colombia en estos últimos años y a quien su modestia ha impedido llegar a los altos puestos que han ocupado otros que no tienen sus méritos, si exceptuamos a don Tulio Ospina, que sí los tenía.

Pasadas estas conquistas y fundaciones, el capitán don Francisco de Ospina vino a vivir a Bogotá como sus compañeros, su hermano don Diego y Francisco de Caicedo a disfrutar de una riqueza extraordinaria. El capitán Ospina pasó sus últimos años en Mariquita, en donde murió en el año de 1581, y no en el 83, como dice don Raimundo Rivas en su notable libro *Fundadores de Bogotá.*

Entre los Ospinas, lo mismo que entre otros conquistadores, ocurría el hecho de que una vez ricos, acudían a España en solicitud de sus condiciones de hidalgos y sobre la limpieza de sangre por medio de pruebas testimoniales, que ni entonces ni ahora son datos de verdad indiscutible. Don Diego, el hermano de don Francisco, fué quien en 1589, es decir, después de muchos años de vivir en el Nuevo Reino, y muerto ya su hermano, hizo conseguir en España la genealogía de sus antepasados. Y se ocurre preguntar, que si esto ocurría en el siglo XVI, los viajes a Indias no eran tan difíciles de hacer sin pruebas de ser cristianos viejos,

sin mezcla de moros y judíos, pues era de aquí de donde se solicitaban dichas pruebas con alguna frecuencia, y muchas veces por motivos explicables.

Don Francisco no pensó en esto de abolengos; él era hombre de grandes energías, valeroso y de empresas heroicas. Ni él ni sus compañeros eran hombres de letras; muchos de ellos no sabían ni siquiera firmar, y otros, como el mismo don Francisco, no sabían el modo de escribir sus apellidos, pues el de Ospina se escribía algunas veces con *H* y otras sin ella, unas veces con *z* y otras con *s*. Don Francisco era de esos españoles del siglo XVI para quienes "la gloria suprema es la gloria de la acción".

Con motivo de la muerte de don Francisco, que fué en cierto modo misteriosa, su hermano don Diego acusó como responsable de esa muerte a doña Marquesa de Acosta, esposa del conquistador.

La querella de don Diego decía que su hermano había sido envenenado con yerbas venenosas por la señora de Acosta, con el auxilio de una esclava, la negra María y la mulata Ana García. Que en Victoria y en Mariquita habían sido envenenados así varios individuos, y hace constar que las relaciones conyugales entre don Francisco y su esposa no andaban muy bien. Que ésta era cortejada por un tal Miguel de Acosta y Castillo, que la tenía difamada, y que el tal Acosta era un tenorio reconocido en Mariquita, pues había difamado a otras mujeres.

Esta querella tuvo una resonancia extraordinaria. La viuda se defendió como pudo; don Diego siguió en la brecha; las declaraciones que existen en el expediente a favor y en contra son numerosas. Pero llegó un momento favorable para doña Marquesa con la llegada al Nuevo Reino de don Juan Prieto de Orellana, quien persiguió a don Diego con multas y prisiones porque como capitán del sello real vino de Mariquita a acompañar a Orozco y a Zorrilla en sus desmanes contra el visitador Monzón. Seguía la querella

ladeada a favor de la Acosta. Don Diego entonces elevó un memorial, en el que manifiesta que suspende la querella por falta de libertad; porque lo persiguen y los contrarios obligan a los testigos que deben declarar, a que se ausenten. Pero don Diego insiste que se exija fianza de cárcel segura a doña Marquesa, y ésta pide a Orellana prisión para don Diego. El curioso expediente que ya llevaba varios años de iniciado, termina sin que se sepa en qué paró el asunto y si doña Marquesa fué absuelta o nó.

Pero el hecho más significativo es que la viuda de Ospina se casó con el tal de Acosta y Castillo, y de este matrimonio nació don Jerónimo de Acosta, padre de don Diego y Antonio de Acosta; y queda la interrogación de si ese matrimonio fué la obra del gran Galeoto, o si don Diego de Ospina tenía razón, como lo parece.

Entre don Francisco de Ospina y su hermano don Diego había una gran diferencia. El primero fué un gran conquistador y era hombre de dón de gentes. No se cuenta de él ningún acto inhumano para con los indígenas, puesto que lo del *Alto de los Ahorcados*, sitio denominado así, en Remedios, es una leyenda que no tiene fondo de verdad alguna. Antioquia le es deudora de la conquista de una gran parte de su territorio y de los servicios que prestó a Gaspar de Rodas en la del norte y nordeste. En cambio, don Diego fué un hombre inquieto, revolucionario y ambicioso y amigo de las revueltas e intrigas. Su conducta con el visitador Monzón la castigó Orellana con multas y prisiones; pero no se daba por vencido. En el tomo 17 de la real audiencia encontramos estos datos: "Diego Gómez de Mena, que debe condenarse a Diego Ospina a 500 pesos de multa y a cuatro años de destierro y costos y salarios. El 14 de marzo de 1600 se votó el negocio del fiscal con Diego de Ospina".

"En 1603 Diego de Ospina, el viejo, fué acusado por el oidor Enríquez de no estar en la cárcel y prisión, sino

que en su casa, so color de sarao, se reunía con los mestizos, y que había tratado de que un hijo ilegítimo diera muerte a un pasajero en Ríoseco, cerca de Honda. Que debe ser desterrado de Indias según acuerdo que sobre esto se había resuelto".

Parece que don Francisco Beltrán de Caicedo y don Francisco de Ospina no tuvieron buenas amistades después de la conquista, y quizá los hijos de éstos, don Diego de Ospina y Acosta y don Francisco y don Fernando Beltrán, que vivían en Remedios y que hasta tenían minas colindantes en el río Pocuné, no eran tampoco muy amigos. En todo caso las crónicas dicen que la familia de Ospina y la de los Beltrán *eran opuestas.* Pero por uno de esos fenómenos frecuentes en la vida social, una biznieta del conquistador Ospina, doña María Ospina Maldonado, y un nieto de Beltrán de Caicedo, don Francisco Félix, se unieron en matrimonio en Santafé de Bogotá. Ambas familias eran riquísimas, pero la de Beltrán de Caicedo era quizá más rumbosa.

Hay un hecho curioso respecto a la riqueza adquirida en los pueblos mineros. Los que después de haber hecho una fortuna se retiran de ese medio a otro, la conservan o la aumentan en otra clase de negocios; y los que se quedan viviendo en las minas pierden el dinero adquirido o viven en altos y bajos en sus empresas hasta que terminan pobres. Los Beltrán de Caicedo y los Ospina, que se salieron de Remedios, conservaron y aumentaron su fortuna en Bogotá. En cambio Ezpeleta, García Valero, Llano, Joan de Toro, Alcalá de Villalobos, Juan Valero y otros que se quedaron en Remedios, murieron pobres, después de haber sido ricos. Quizá podría decirse otro tanto de los que en el siglo XIX explotaron minas en ese mismo pueblo, y ya ricos. se salieron a Medellín, y los que se quedaron perdieron el dinero adquirido mientras que los otros dejaron a sus descendientes ricos; y es porque el negocio de minas es un negocio aleatorio.

En cuanto a la descendencia que dejó don Francisco de Ospina en Colombia, diremos que ahora y antes han sido muchos de sus descendientes hombres de alta cultura intelectual; y entre ellos, para no hablar sino de los últimos figuran don Sebastián Ospina Chaparro, colombiano eminentísimo, muerto en uno de los combates fraticidas de nuestro país, el actual presidente de la República y don Tulio Ospina, hace poco tiempo fallecido en Panamá.

Era don Tulio un hombre de aptitudes múltiples: minero, político, profesor insigne, cafetero, historiador, contratista, ganadero y filólogo. No hubo actividad intelectual ni empresa alguna en que don Tulio no hubiera ejercitado su espíritu y sus energías. Fué el primero que llevó a cabo las primeras excursiones científicas en Colombia, siendo profesor de geología en la escuela nacional de minas, cuando nos tocó a nosotros el honor de dirigir ese instituto. Este hombre, que heredó de su padre la exposición clarísima y atrayente en sus conferencias, era al mismo tiempo persona de un dón de gentes admirable. Correspondía a todas las atenciones sociales, y en las modestas comidas que celebraba la Academia de Historia de Medellín, todos quedábamos pendientes de sus labios cuando refería la historia de don Gaspar de Rodas, de su hijo don Alonso, o cuando trataba sobre la administración de Mon y Velarde, a quien exaltaba quizás más de lo que el cruel visitador merecía.

No hay exageración en decir que don Tulio era un super-hombre en muchos aspectos, y tánto, que sus actividades lo llevaron hasta escribir un libro sobre urbanidad, no sabemos con qué recónditos motivos.

No había, como hemos dicho, cosa alguna que ignorara don Tulio. Un día en alguna comisión oficial en que andábamos con él, con Alejandro López y Antonio Mauro Giraldo, fuimos a dar a una posada en la que la comida era escasa. Don Tulio nos dijo, al ver lo que ocurría: "Espérense ustedes veinte minutos, y tendrán un *poulet roti* como

en la *Taverne Royal*". Y así fué en efecto. Don Tulio resultaba un cocinero espléndido, como lo era Santiago Pérez Triana.

Y a pesar de todo los méritos y de todas las energías incomparables de don Tulio, muchas veces fracasaba en sus empresas; pero nunca desmayó su ánimo, y en sus últimos años de vida se propuso montar una mina en Remedios, en donde sus antepasados habían adquirido una gran riqueza y el éxito que pudiéramos llamar póstumo, coronó sus últimas energías. Parece como si don Francisco de Ospina y su hijo don Diego hubiéranle señalado desde ultratumba el lugar en dnde habría de encontrar el éxito que se merecía esa vida de esfuerzo singular.

Un año antes de morir hizo una penosa excursión por las laderas del río Magdalena, penetrando en canoa por varios de los caños de dicho río. El objeto de esa exploración era el de estudiar las condiciones geológicas y agronómicas de esos terrenos. De manera especial estudió las laderas de los municipios de Remedios y de Puerto Berrío. Bajó hasta el Banco y penetró hasta las apartadas regiones de Chiriguaná. De esa penosa excursión, en la cual sufrió todo género de penalidades y privaciones, contrajo, sin duda, la dolorosa enfermedad que un año después vino a causarle la muerte en Panamá.

Don Tulio fué también patriota conservador. De joven fué hecho prisionero en los Chancos, y en la última guerra de nuestro país, como jefe de las fuerzas del gobierno, pacificó la región del nordeste de Antioquia por los mismos lugares por donde don Francisco de Ospina anduvo sometiendo a los indígenas de esa región a la obediencia de su majestad el rey de España. Pero él nunca hizo méritos de sus jornadas de guerrero. Era demasiado intelectual para detenerse a pensar en esos éxitos ocasionales de nuestras contiendas.

Por estas frotaciones naturales en la lucha de los individuos, un día don Tulio y nosotros cortamos relaciones, y no volvimos a tratarnos. Al cabo de cierto tiempo él y nosotros fuimos elegidos diputados a una de las asambleas de Antioquia, y el día en que se trató de acordar los candidatos para dignatarios de esa asamblea, don Tulio decidió la elección a nuestro favor con su voto firmado.

A semejante nobleza de alma, nosotros le correspondimos con admiración y cariño desde entonces, y cuando nos llegó la noticia de su muerte sentimos su desaparición como una de esas pérdidas nacionales difíciles de llenar en muchos años, aunque nos queda la esperanza de que sus hijos, a quienes él educó con amor entrañable, reemplacen a quien fué ejemplo y gloria de la patria.

EL OIDOR MON Y VELARDE

Cuando Hipólito Taine hacía el estudio crítico de la obra de Michelet, escribió estas líneas:

"Aun hay razón para desconfiar de un autor cuando en su obra se ve erigido en símbolo de una civilización, un hecho insignificante o un particular transformado en representante de una época; tal cual personaje transformado en misionero de la providencia o de la necesidad".

Al emprender nosotros la rectificación del estudio que hizo don Tulio Ospina del célebre oidor, podríamos decir lo mismo que el crítico francés. Y no es que desconozcamos el mérito del esfuerzo del distinguido historiador Ospina, porque él trabajó de buena fe pero no tuvo a la vista, sin duda, los documentos que nosotros hemos leído en los archivos nacionales relativos al oidor, y porque se guió, probablemente, por datos que son muy discutibles al tratarse de uno de los hombres más crueles, de carácter más atrabiliario y de los más beneficiados de los empleados de la colonia. ¿Pero el historiador estuvo "todo lo clarividente y lo prudente que se necesita para enseñar la verdad?" ¡Quién sabe!

Mon y Velarde comienza su vida oficial en Bogotá persiguiendo al marqués de San Jorge y a enemistarse con todo el mundo por su carácter despótico. El marqués habíale dado en arrendamiento una casa en esta capital, y cuando la necesitó, el señor Mon se resistió a entregársela. El no-

ble granadino, que tampoco era de suave carácter, elevó un memorial contra el oidor en términos que se consideraron demasiado enérgicos, y la autoridad superior apeló al recurso de suspender el asunto para evitar graves molestias. A pesar de esto el fiscal a quien tocó informar sobre los cargos hechos por el marqués, dice:

"Que mejor que suspender el juicio habría sido entregar la casa, pues a un hombre de su categoría no habrían faltado los medios de conseguir otra".

Respecto al cargo de despótico y de que los asuntos de la audiencia no se despachaban con regularidad, el que informa sobre esto, dice:

"Que lo del despotismo dependía de que como Pey y Meria vivían en pelea, Mon se encargaba de todo, y que además su *genio algo fuerte* lo hacía parecer despótico". Los que informaron a petición del virrey sobre los denuncios puestos por el marqués, fueron el señor Andino y el señor obispo de Caserta, no solamente en este caso sino en otros, y ya se irá viendo que el modo de defenderlo, no solamente era débil, sino que en el fondo la acusación quedaba en pie, no obstante los esfuerzos que se hacían para defenderlo. Se sigue después un pleito entre el señor marqués y un doctor Froes, amigo íntimo del oidor. El marqués recusa a Mon y Velarde, pero no se hizo caso de la recusación, y el oidor condena al señor marqués.

Luégo viene lo de los comuneros del Socorro. Se recordará que Mon y Valerde y sus amigos de audiencia desconocieron las capitulaciones de El Mortiño y dictaron la más horrible de las sentencias contra Galán y sus compañedos. Los dictados de infame y de malvado que usaba Mon y Velarde contra los criollos y aún contra los españoles enemigos de él, revelan que él fué el verdadero autor de esa inicua sentencia, que al correr del tiempo vendría a convertirse en gloria inmortal para los mártires que señalaron el camino de la rebeldía y de la independencia.

LA VISITA DEL OIDOR A ANTIOQUIA

Desde los comienzos del siglo diez y ocho principiaron los empleados del gobierno a quejarse de la disminución de los impuestos, de la miseria y de la ociosidad de los colonos, dando en esto la nota más alta el señor arzobispo virrey y los oficiales reales. El señor Ospina se hace eco de la situación que pintaban los mismos empleados y especialmente de lo que se decía sobre el hambre y la miseria de Antioquia. Quizá sea cierto que en algo habían disminuído los impuestos y que los colonos hubieran comenzado la resistencia a la explotación de que eran víctimas, pero era una exageración indudable el que la situación del reino estuviera tal como la consideraban los gobernantes. En cuanto a Antioquia, ahí están los informes del gobernador Silvestre Sánchez, que poco antes y a tiempo de la llegada de Mon y Velarde, dice:

"Que las cosechas eran abundantes y que en la actualidad no se experimenta escasez en los frutos o cosechas de maíz y otras legumbres".

Y esto en cuanto alcanzaba al radio de observación directa del gobernador, es decir, Medellín y el Valle, la ciudad de Antioquia, Ríonegro y Marinilla, pues en cuanto a los pueblos mineros como Remedios Cáceres, Guamonó y Zaragoza, a los pocos años de la conquista y en los de la colonia, nunca hubo allí escasez de maíz ni de yuca, ni faltaron los cerdos ni las gallinas, ni el pescado, ni la caza.

Pero en fin, el oidor fué enviado a residenciar a los antioqueños no solamente por lo que dice el señor arzobispo virrey, sino quizá por desembarazarse de un hombre tan inquieto, tan intransigente y tan molesto como Mon y Velarde, pues bien sabido es cuánto trabajó el arzobispo por evitar los terribles castigos y persecuciones excesivas contra los comuneros de que eran víctimas por parte de Mon y Velarde y de los que seguían sus instintos.

El arzobispo virrey decía:

"Fuera de estas providencias generales, las he particularizado en las provincias que lo han exigido. Una de las muchas causas que concurrieron para determinar la vista de Antioquia fué el gran desarreglo de su población, y así encargué altamente al oidor visitador don Juan Antonio Mon mirase en esta materia con todo el interés de su importancia, y en efecto reconoció que la causa principal de tántos vagos y guaridas era la reunión de inmensos terrenos en una cabeza y la tiranía con que los propietarios exigían de sus colonos todo el provecho que sacaban de unas posesiones antes eriales e inútiles a su dueño; pero vencidos cuantos obstáculos se le presentaron, consiguió fundar tres nuevas colonias, haciendo de vagos y mal entretenidos unas poblaciones que acaso vendrán a ser las más útiles de la provincia, por estar fundadas con todo el conocimiento e inteligencia de su autor".

Quizá esta recomendación del señor arzobispo fué lo único a derechas a que atendió Mon y Velarde en Antioquia, pues evitó hasta donde fué posible la tiranía de los propietarios contra los colonos, y envió los vagos a fundar las poblaciones de San Luis de Góngora, Carolina y San Carlos. Por supuesto que no todos los pobladores eran vagos, sino que algunos de éstos se encontraban en la situación que tan admirablemente describe el virrey Mendinueta; y otros colonos veían un medio de emplear sus haberes en empresas al parecer productivas o gastar sus esfuerzos de hombres audaces en el desmonte, en la siembra y la cosecha.

Quizá pudiera decirse que en esto lo que hizo Mon y Velarde fue un acto de policía, a lo que era tan aficionado, pero no porque fuera capaz de adivinar la fuerza de ese pueblo, a quien trató siempre con los epítetos despectivos de pusilánime y ocioso e idiota, y aquí encontramos una contradicción en lo que opinaba Mon y Velarde de los antioqueños y lo que dice el señor Ospina, quien asegura en su estudio que "de revoltoso que era éste (el pueblo antioqueño), se hizo proverbial en él el respeto a las autoridades, fundado en la

rectitud y eficacia de éstas". Entre los pusilánimes y ociosos de Mon y Velarde y los revoltosos del señor Ospina hay desde luégo una contradicción evidente. No recordaba o no quería recordar el oidor al llamar pusilánimes e idiotas a los antioquieños que hacía apenas tres años que en el occidente y en el oriente de la provincia de Antioquia se habían secundado los movimientos revolucionarios de los comuneros del Socorro.

El lenguaje del oidor era siempre agresivo. Cuando algunos sujetos de Medellín pidieron que se les hiciera el nombramiento de teniente del gobernador, Mon y Velarde informó contra todos ellos en términos muy duros, excepto contra el español don José Vicente Marroquín. Entre los que habían solicitado ese puesto estaba el doctor José Joaquín Gómez Londoño, abogado de la real audiencia, hombre ilustrado y de gran posición social, y de éste informaba que no servía para el puesto, porque estaba emparentado con muchas familias, y además era "de carácter nimio, irresoluto y fogoso". Mon y Velarde hablaba contra todo y contra todos. A Silvestre Sánchez, que era su amigo, lo trató después despiadadamente; a los oficiales reales Andrés Pardo y Francico José Visadias los llenó de insultos, pero éstos se los cobraban con creces. Visadias le hizo una acusación tan espantosa, tan enérgica y tan grave, que la audiencia siempre temerosa de Mon, la consideró como demasiado irrespetuosa, no obstante que el señor oidor hablaba siempre de pusilánimes, de malvados y de infames.

Dijimos antes que los empleados españoles desde los principios del siglo XVIII exageraban demasiado la situación económica del reino. El señor Ospina creyó también lo que éstos decían. Pero lo que pasaba en Antioquia era simplemente esto: que como todos los empleados del reino eran nombrados por el virrey o presidente después de la muerte del gobernador Suárez de Alarcón, y como los trabajadores de las minas estaban en lugares inaccesibles a la

fiscalización de las autoridades, por motivos muy comprensibles guardaban el oro extraído para su uso particular, defraudando los derechos del rey y de sus empleados en la provincia, y de aquí provenía el que éstos se quejaran de la miseria y de la vagancia, porque estaban esperando que con la fe de la autoridad y de la obediencia de los vasallos vinieran a sus manos torrentes de oro. Así opina un historiador antioqueño, Alvaro Restrepo Euse, y se nos antoja que anda muy en lo cierto en esta apreciación. Todavía, ocho años después (1797) de haber salido Mon y Velarde de Antioquia, los mineros no pagaban los quintos, según atestiguan los oficiales reales Pardo y Francisco José Visadias.

Sin embargo, nadie expresó con más claridad y con más acierto lo que sucedía en el Nuevo Reino de Granada como el virrey Mendinueta en su admirable relación de mando que lo acredita como uno de los espíritus más comprensivos de nuestros virreyes. Decía el virrey:

"*De la población y policía.*

El abreviado retrato de la población del Nuevo Reino de Granada, hecho en un papel público el año de 1779 (1), es una pintura ideal, pero borrosa, de un monstruo que no existe.

A juzgar por ella, se creería ser este un país absolutamente despoblado, sin agricultura ni industria, sin comercio ni comunicación, sin muchas poblaciones regulares en su formación, y de competente vecindario; que los únicos sujetos acomodados son los dueños de un terreno inmenso adquirido a vil precio; que abunda de gentes míseras, de holgazanes y facinerosos; que esos hombres, retraídos en las breñas y espesuras, son muchos y un objeto temible para los pueblos y aun para el gobierno; y en una palabra, se ten-

(1) En la relación del gobierno del arzobispo virrey, capítulo 2º páginas 75 hasta 77.

drá por una verdadera desgracia la suerte de venir a gobernar este monstruo indomable que a todo lo bueno se resiste.

Semejantes descripciones apenas convendrán a los rudos hotentotes o a los bárbaros del Senegal. Son exageraciones hijas de un celo desmedido que ciega la vista y confunde la pequeña parte con el grande todo; pero son perjudiciales, porque presentan una idea equivocada al gobierno, cuyo ánimo pudiera desfallecer con la representación de un desorden invencible por general arraigado y de imposible remedio, o aventuraría sus providencias sobre el supuesto de unos males tan abultados, no siendo unas mismas las que conviene a la conservación y fomento de un país regularmente civilizado, que las que se necesitan para sacarlo del estado de la barbarie. Demasiado expuesta se veía la reputación de cualquier jefe a quien le cupiese el infeliz destino de domesticar hombres feroces, a no ser un Orfeo; pero por fortuna no se está en el caso de necesitar la armonía de la lira para amansar los tigres, y me lisonjeo de poder ofrecer a vuestra excelencia ideas más consoladoras y más ciertas.

Quince años no cabales han pasado desde la fecha de aquel papel, y en tan poco tiempo no puede mudar de aspecto un país, y menos en este reino, que compite en extensión con los más dilatados de Europa, siendo, por otra parte, constante la falta de recursos para que por un efecto de ellos haya logrado mejorarse una población que puede regularse de dos millones largos de habitantes. Treinta y más ciudades, que no desmerecen este nombre; porción de villas florecientes, como Mompós, Honda, San Gil, Socorro, Medellín, San José, el Rosario de Cúcuta y otras varias; un número considerable de parroquias y pueblos de españoles e indios; un caserío regular en la mayor parte de estos lugares; multitud de haciendas y establecimientos de todas clases de ganados y frutos, de ingenios de azúcar y añil; el consumo de telas y efectos de Europa, regulado en cuatro mi-

llones de pesos anuales; las acuñaciones de monedas en las reales casas de Santafé y Popayán; los considerables productos de la real hacienda; los de las rentas decimales, que son un termómetro de la agricultura y cría de ganados, y que en sólo este arzobispado producen más de doscientos setenta mil pesos al año y dan un aumento de casi tres millones de pesos fuerte de un año a otro en los frutos y ganados; la rara circunstancia de no haberse experimentado una falta ni aun verdadera escasez de alimentos de primera necesidad en muchos tiempos; el constante curso de los correos por todo el reino; la feliz y envidiable seguridad con que se trafica por todos los caminos, llevando un hombre solo, a pie y sin armas, un caudal que correría riesgos en la inmediaciones de muchas ciudades de Europa; la docilidad que hace el carácter de estas gentes; la observación de que las novedades que han alterado poco o mucho la tranquilidad pública no han salido de los montes ni bosques, sino de lo más poblado, y mil otras circunstancias que omito, ¿no son unos hechos constantes, públicos y notorios?

Cuando no lo fuese los califica en parte el mismo papel; el apéndice o adición que le hizo el virrey don Francisco Gil, y la relación del estado de este reino, en 1796, no dejan la menor duda de su certeza.

Vuestra excelencia podrá fácilmente comprobarlos, y entretanto yo me contento con hacer al reino la justicia que corresponde, no pudiendo convenir jamás en atribuir a sus habitantes la absoluta indolencia y abandono que se les supone, cuando observo que todo lo que viene de Europa se consume en el país, que lo paga con frutos y dinero, uno y otro efecto del trabajo y de la industria de los hombres, deduciéndose de esto mismo que se conocen muchas más necesidades que las meramente naturales, que se apetece y desea satisfacerlas, y que se hacen esfuerzos para lograrlo. Esta es la medida de la civilización de un país, cuyo reciente descubrimiento, su situación y extensión, no deben olvidarse

cuando se trata de formar un juicio de su estado y adelantamiento. Es verdad que en este reino se encuentran terrenos despoblados y sin cultivo, que hay algunas poblaciones de solo nombre, y que varios desertores de la sociedad, huyendo del castigo o de la sujeción, viven en lo más retirado de los desiertos; pero, lo he dicho ya, un reino tan vasto no ha podido poblarse, en trescientos años, en toda su extensión, y sin población no puede haber agricultura; ésta mantiene, conserva y aumenta aquélla, pero la supone. No habiéndola proporcionado para un continente tan dilatado, es necesario que en él se encuentren esos grandes vacíos que un buen deseo quisiera llenar, y formando para ello cálculos y especulaciones imaginarias, la imposibilidad o graves dificultades de la ejecución y arrancan el fin, con el grito del sentimiento y de la declamación, el convencimiento de que se puede ayudar, mas no precipitar la obra del tiempo.

El aumento de salario o de jornal a los trabajadores sería un poderoso aliciente para sacar de la inercia a los ociosos. El interés de una ganancia o utilidad regular los pondría en actividad, y no sé yo que haya otro resorte ni medida para facilitar los trabajos penosos a que se sujeta el hombre, llevado de un conato a satisfacer sus necesidades a toda costa. Los hombres, una vez reducidos, son unos mismos en todas partes; si hay entre ellos alguna diferencia de los que comúnmente y quizá con error se atribuyen al clima, temperamento y otras circunstancias locales, no es ciertamente tal que enajene de sus conveniencias a los que se supongan menos favorecidos de la naturaleza. El sustento, el vestido, la habitación, un desahogo o distracción, alguna superfluidad o vicio, si se quiere, son cosas comunes a todos los pueblos, y aun de los que se llaman no civilizados. Todos conocen estas comodidades, las desean, no pueden casi pasar sin alguna de ellas, y se afanan más o menos para alcanzarlas. De aquí la sujeción, cuando no sea el amor al

trabajo, y un pueblo entero de gentes absolutamente ociosas es un fenómeno no visto hasta el día; es imposible.

Pero cuando el trabajo es grande y rudo y se paga mal y escasamente, desfallece la aplicación; la falta de remuneración es un agravio que el pobre jornalero recibe del más pudiente que le emplea o le solicita, y se venga de éste rehusando contribuir a sus ganancias. Ambos desconocen sus verdaderos intereses; pero la necesidad, siempre imperiosa, facilita algunos brazos para sus faenas, que no pueden prosperar mucho, porque el trabajo es al fin proporcionado al pequeño jornal, y el infeliz que no quizo sujetarse a vender su industria, sus fuerzas y su inteligencia por menos precio, viene a ser la víctima, se entrega al ocio y pára en la mendiguez.

Son generales las quejas contra la ociosidad; todos se lamentan de la falta de aplicación al trabajo; pero yo no he oído ofrecer un aumento de salario, y tengo entendido que se paga en la actualidad el mismo que ahora cincuenta o más años, no obstante que ha subido el valor de todo lo necesario para la vida, y que por lo mismo son mayores las utilidades que produce la agricultura y otras haciendas, en que se benefician o trabajan los artículos de preciso consumo.

Esta es una injusticia que no puede durar mucho tiempo, y sin introducirme a calcular probabilidades, me parece que llegará el día en que los jornaleros impongan la ley a los dueños de haciendas, y éstos se vean precisados a hacer partícipes de sus ganancias a los brazos que ayudan a adquirirlas. Entretanto es menester compadecer la suerte de los pobres, cualquiera que sea la causa porque lo son, y la religión ha venido a su socorro por medio de la caridad".

La lectura de los párrafos de esta relación deja comprender que nada había de cierto o que por lo menos había una grande exageración en lo que decían los empleados del gobierno español respecto a la miseria, al hambre y a la ociosidad de los colonos, y causa una gran sorpresa al

mismo tiempo el ver cómo el virrey Mendinueta se adelanba muchísimos años en explicar el problema que la sociedad y los gobiernos de hoy han tenido que confrontar en el asunto de los propietarios e industriales y de los salarios de los obreros.

ACTUACIONES DE MON Y VELARDE EN ANTIOQUIA

Uno de los hechos más sonados del oidor fué el ejecutado contra el jefe de la renta de tabaco en Medellín. Encontróse un alcance de 10.000 pesos en la oficina. El empleado principal manifestó que dicho alcance no dependía de él sino de sus subalternos. Siguióse el sumario. Quitáronle todos sus bienes al empleado, los cuales alcanzaba en gran parte a cubrir el alcance, pero el oidor, en la creencia de que el empleado tenía caudales ocultos, envió a la prisión en que se encontraba el sindicado con grillos y esposas a tres clérigos, quienes por varios días comenzaron por hacerle saber que si no confesaba dónde tenía los caudales lo llevarían al último suplicio. Tales fueron las amonestaciones y consejos diarios que daban al encarcelado, que éste, o por ganar tiempo, o por haber perdido la razón, dijo que los caudales estaban en cierto punto de la población, que indicó. Lleváronle allí, y nada se pudo encontrar. Entonces vino el tormento: colocáronlo en un ataúd, y durante una hora, según dice el reo, y según informaron al rey algunos vecinos de la provincia, entuvieron hiriéndole el cuerpo con púas o clavos hasta que hubo que terminar ese suplicio, del cual no se sabe cómo salió vivo el pobre señor. Vuelto a la prisión y encadenado, cerráronle las ventanas para que no viera luz alguna. Por último quitáronle las hebillas de los zapatos, los botones de la camisa y del chaleco, las charreteras y hasta el crucifijo de plata del rosario. Como el sindicado se quejara ante el virrey de semejante tormento de una hora, el oidor contestó con esta frase de crueldad inaudita: "Nó,

el tormento no duró sino treinta y tres minutos!" Y vino la sentencia. Condenó el señor Mon al reo a diez años de presidio, a no poder ejercer en adelante ningún empleo público y a la tacha de infamia. Felizmente la audiencia consideró excesiva la sentencia, y sólo quedó separado del empleo.

No tendría culpa alguna este señor en el alcance y se consideraría por el supremo gobierno de Bogotá injusta y cruel la sentencia, puesto que algunos años después otro virrey nombró director principal de las rentas reales en Antioquia al perseguido por el señor oidor.

Así pasó también con otro señor a quien quiso sindicar Mon y Velarde, y que pocos años después ocupó puestos oficiales y fué tronco de una familia distinguidísima de Medellín, como lo fué el que sufrió el cruel tormento de las púas.

Don Carlos Piedrahita figuraba en la ciudad de Antioquia como hombre de carácter inquieto, y comenzó el oidor a perseguirlo; le siguió un sumario por cualquier falta, y se vió forzado a venir a Bogotá a tener los arrabales por cárcel, y al fin tuvo que quejarse al rey en memorial en que le dice que hace ocho meses que la causa está terminada y que no ha sido posible que la fallen. No hemos podido encontrar la sentencia, pero lo que sí podemos asegurar es que el señor Piedrahita, algunos años después, tenía en la ciudad de Antioquia el puesto de escribano público.

Como hubiera en tiempos del gobernador Buelta Lorenzana un escribano que se entregó al uso inmoderado de las bebidas alcohólicas y cometió por este motivo algunos hechos punibles, se le separó del destino. Tocóle al señor Mon terminar el sumario, y hay en la sentencia una frase que pinta el carácter de este hombre: "Si no fuera, dice, porque el sindicato confesó su delito, era de haberle cortado la mano", frase que desde luégo no había necesidad de expresarse por un juez sereno, pero que quedó allí para que él mismo dejara a la posteridad un concepto claro sobre sus instintos.

Nada pudo hacer tampoco el oidor contra los oficiales reales Andrés Pardo y Francisco José Visadias, pues todavía en 1798 desempeñaban estos empleos, es decir, diez años después de haber salido el señor Mon de Antioquia. Y fueron Pardo y Visadias los que se defendieron con más valor del señor Mon y quienes lo acusaron por el modo como explotó el tesoro público, según consta en un memorial dirigido al rey, del cual copiamos los siguientes párrafos:

"Excelentísimo señor: con fecha 6 de junio del año pasado en 1786 hice yo el tesorero de estas cajas don Andrés Pardo al excelentísimo señor ministro que era de Indias marqués de Sonora la representación cuya copia es adjunta sobre los salarios que contra las leyes que en ella expreso se habían señalado por el excelentísimo virrey de este reino al oidor don Juan Antonio Mon en la visita que le dió para esta provincia al escribano don Juan Frasque y al alguacil de ella don Juan Pacheco. Le representé asimismo que ninguno de los tres había pagado la media anata.

La media anata la han pagado con efecto los tres después de la representación dicha. Y en cuanto a los sueldos demasiados, habiendo durado la visita sobre tres años y medio, el escribano y alguacil mayor de ella los han cobrado con la misma demasía hasta su salida de éste. Y el oidor sólo ha dejado de cobrar lo de los últimos meses, sin que hayamos podido podido saber si ha sido por alguna orden privada del excelentísimo virrey o para tomarlo en las cajas de Santafé o Cartagena".

En todo caso, el citado oidor y sus compañeros cobraron del tesoro real dos o tres veces más de lo que les correspondía, según lo denuncian don Andrés Pardo, don Francisco José Visadias y el excelentísimo don Antonio Valdés y Bazán.

Al señor oidor le pagaban 600 pesos mensuales o se los hacía pagar, siendo esto en contra de lo prescrito por las

leyes. Otros aseguran que el sueldo ascendía a 12.690 pesos anuales.

LAS ACUSACIONES Y LA DEFENSA

1º Se le acusó por los oficiales reales, como acabamos de verlo, y por otras personas de tener un sueldo excesivo contra ley escrita. La defensa dice que dependía eso de que iba a un pueblo minero en el que un castellano de oro valía un peso. Es cuanto se le ocurre contestar a la defensa sabiendo, como debía saberlo, que un castellano de oro siempre valido dos pesos. La defensa es floja, desde luégo, en la contestación del cargo, porque si es cierto que el oidor iba a una provincia minera, si los gobernantes decían que éste estaba en la miseria, no se comprende cómo le hacía soportar carga semejante con ese sueldo excesivo, lo mismo que el de sus compañeros.

2º Se le acusó de no tener una conducta ejemplar en materia de honestidad y buenas costumbres. La defensa niega el cargo sin aducir prueba alguna en su apoyo, y se enreda y se confunde tanto en su contestación, que al referirse a las relaciones muy sospechosas del oidor con una dama de distinción de la ciudad de Antioquia, en lugar de desvanecer el cargo deja una duda tremenda en el ánimo sobre la conducta del travieso oidor.

3º Se le acusa de que iba a los bailes de primera clase y se entraba a las alcobas con las señoras. La defensa contesta con esta inocentada increíble: "Depende, dice, de que varias personas que por no bailar no entran a la sala y se van a las alcobas a disfrutar de la función, llamándose *tapadas*, por esto".

4º Se le acusa de que iba a los arrabales en Bogotá vestido de ruana y entraba a casa de mujerzuelas. La defensa dice que eso no le consta, y que no puede ser así por-

que el señor Mon estuvo en la cuaresma algo así como en ejercicios espirituales.

Un antioqueño gran cristiano, piadoso y caritativo decía: los que no confiesan sus pecados ignoran la gran satisfacción y el placer que produce el arrepentimiento.

5º Se le acusa de que puso a su servicio en las huertas de hortalizas de su propiedad a doce individuos condenados a trabajos en obras públicas, y que al fin y al cabo se huyeron casi todos por los malos tratamientos que recibían del oidor. La defensa dice tranquilamente que sin duda era porque no había obras públicas en donde colocarlos. ¿De suerte que en una ciudad colonial y en una provincia sin caminos no había en dónde colocar estos sujetos, y por eso los ponía a su servicio personal el señor Mon? Y en cuanto a que se huyeron por malos tratamientos, dice la defensa que de otras partes también se huyen los reos. Curiosa contestación ésta teniendo como tenía todo el mundo el conocimiento del carácter del señor oidor.

6º Se le acusa del tormento de una hora dada al jefe de las rentas de tabaco, y el mismo Mon se encarga en este caso de dar la piadosa contestación de que hablamos antes: "Nó, el tormento no fué sino de treinta y tres minutos".

Se le acusa de ser un negociante que introducía a Antioquia gran cantidad de mercancías, por supuesto con más facilidades que otros para enriquecerse. No hemos encontrado contestación a este cargo, pero es el caso de recordar que desde los tiempos coloniales quedó en algunos gobernantes viviendo el microbio de "la política y los negocios".

Y otras acusaciones y otras defensas por el estilo.

Este era el señor Mon y Velarde, quien según afirma un historiador, estableció también la pena de azotes en Antioquia.

LAS FAMOSAS ORDENANZAS

Francamente nosotros no encontramos en ellas mayor cosa que alabar. Por ejemplo, en la de los cabildos se recomienda que sus miembros no deben concurrir en comunidad sino a los entierros del gobernador y su mujer, y que deben asistir a las sesiones con puntualidad los miembros de éstos. Quedóse sin cumplir esa orden, o no adquirieron esa práctica, porque los alcaldes se quejaban, entre ellos el de Medellín, de que los miembros del cabildo no asistían a las sesiones, y en algunas partes esos organismos municipales tuvo que suprimirlos la audiencia. En otra de las ordenanzas dice que no deben vivir en una misma casa varias familias, porque eso puede tener ciertos inconvenientes de carácter moral; pero el oidor no se daba cuenta de que vivían así por necesidad, como sucede hoy mismo en casi todo el mundo.

En cuanto a la ordenanza sobre minas que tánto alaba el señor Ospina, eso no es otra cosa que el compendio y la adaptación de código de Nueva España.

Por lo demás, ni la ordenanza del señor Mon y Velarde ni los códigos de minas de la República han sido suficientes para evitar en Antioquia los frecuentes pleitos sobre propiedades mineras.

Respecto a lo de la agricultura, sin negar desde luégo que quiso fundar juntas de fomento y aconsejó la traída de semillas nuevas, y dispuso que se dieran premios a los que se interesan por los nuevos cultivos y el empleo del arado, lo cierto es que poco más se conseguiría con estos consejos, pues en 1801 hubo tal escasez de frutos, que el cabildo de Medellín señaló el precio de cuatro tomines por almud de maíz, disposición que acusó ante la audiencia como apoderado de don Nicolás Ochoa, el doctor Maldonado, en un memorial lleno de razonamientos jurídicos incontestables, y se adelantaba a la época en que los principios económicos vinieron a fundarse en la oferta y la demanda; ni escasearon

en dicho memorial las acusaciones contra los ricos influyentes de Medellín, que querían aprovecharse del trabajo de los pobres. Ni tampoco es cierto que el arado no existiera en Antioquia a la llegada del señor Mon. En esta ordenanza se observa igualmente como el señor oidor invadía hasta la jurisdicción del fuero eclesiástico y de la sociedad en general, pues en ella indica que hay necesidad de hacer rogativas para que no se perdieran las cosechas, como si este asunto no fuera privativo de los sacerdotes y de la piedad de un pueblo cristiano que en sus necesidades acude siempre a la misericordia de la Divina Providencia. Pero abonémosle esos buenos deseos e iniciativas en materia de agricultura, no obstante que ésta seguía en Antioquia en transiciones debidas a las fuerzas de la naturaleza que el hombre no puede dominar, como son los largos veranos o largos inviernos; así fué que el año de 1808, hubo hambre verdadera en la provincia, debido a un largo verano. Y por último, hay que observar que el primero que introdujo semillas y la caña de azúcar a Antioquia fué don Pedro de Heredia.

Y respecto a las ordenanzas, hay que observar también que éstas no fueron aprobadas por el supremo gobierno de Bogotá, sino a fines de 1778, poco antes de la salida del señor Mon del gobierno de Antioquia; y además no fué Mon y Velarde el que introdujera en Antioquia el oro acuñado para las transacciones. Mucho antes lo había introducido el gobernador Juaquín de la Rocha Labarcés.

Ni la instrucción pública estuvo tan descuidada antes de Mon y Velarde, pues desde 1787, hubo en la ciudad de Antioquia un colegio dirigido por los reverendos padres jesuítas, y si decayó la instrucción pública después fué debido a la expulsión de estos beneméritos institutores.

El señor Ospina, en su elogio de la obra administrativa de Mon y Velarde llega hasta considerarlo "como el padre y fundador de la actual prosperidad del pueblo antioqueño". Creemos sinceramente que el distinguido historia-

dor y notable hombre de letras estuvo en un error al hacer semejante apreciación, pues el estudio que hemos hecho en los archivos nacionales de la historia civil y política de Antioquia nos demuestra que después del gobierno del señor Mon hasta el año de 1834, poco o ninguno había sido el progreso en la provincia y que el que se inició entonces con el gobierno del señor Aranzazu retrocedió con las guerras civiles hasta el día en que una éra de catorce años de paz y de gobierno excelente, como fué el del doctor Pedro Justo Berrío, echó las bases de la prosperidad, que retrocedió también cuando los hombres inquietos de nuestra política, muerto ya el verdadero fundador de nuestra prosperidad, nos condujeron a la guerra de 1876. Y es claro, Mon y Velarde no podía conseguir eficacia alguna en su gobierno, aunque hubiera tenido dotes para verificarla en un pueblo en que no se había formado todavía un conjunto humano homogéneo, porque no fueron únicamente los eúscaros ni los llegados de las montañas de Burgos, como dice el señor Ospina, los pobladores de Antioquia. Los pobladores vinieron de todas las provincia de España, especialmente de Andalucía y Castilla, que fueron los de mayor número. Para llegar a formarse lo que hoy se denomina impropiamente la raza antioqueña, era necesario que los cruzamientos adquirieran un desarrollo total, y lo más probable es que éste no vino a tener lugar sino a mediados del siglo pasado, poco más o menos, y por ese motivo el gobierno de Aranzazu encontró ya un núcleo de selección con el que inició el progreso; y todavía más selecionado y completo el que le tocó dirigir a Berrío. De aquí en adelante y a pesar de trastornos políticos el pueblo de Antioquia tomó un rumbo definido hacía el progreso. Mal podría un hombre como Mon y Velarde imprimir carácter alguno a un pueblo que no había terminado el cruzamiento. Lo más que pudo hacer fué lo de un alcalde arbitrario que quiso sacar impuestos y buscar contrabandos, en los que llevaba su porcientaje, con el terror

del tormento y la pena de azotes. En cambio, Berrío gobernó el estado soberano de Antioquia con cuarenta gendarmes. Cierto fué que a Mon y Velarde lo declaró la corte de España libre de todo cargo por conducto de un ministro oscuro en los días en que Carlos IV hizo entrar a España en plena decadencia; pero hay que recordar que Pedrarias Dávila siguió gozando del aprecio de la corte después de la muerte dada a Núñez de Balboa, y que a los célebres malandrines que aquí tuvimos como fiscales y oidores, como Zorrilla y Orozco, encontraron luégo en Madrid magnífica acogida y nuevas plazas bien renumeradas.

Puede decirse que en 1864, año en que comenzó el gobierno del grande hombre de nuestras montañas, el cruzamiento de los elementos heterogéneos que constituían la población de la colonia, era ya definitivo. Tómese por ejemplo cualquier apellido antioqueño de este año y de los subsiguientes hasta hoy, y podrá observarse que anda emparentado con el de muchísimas familias del departamento, pues quizá no ha habido en otra sección de la República una fusión más completa como el de las diferentes razas que forman hoy el pueblo antioqueño.

En otro estudio histórico nuestro hicimos el elogio de don Tulio Ospina. Sus aptitudes diversas y su extraordinaria laboriosidad nos obligaron siempre a admirarlo sinceramente; y si ya muerto él hemos emprendido esta rectificación, es porque seguimos el consejo de uno de los más grandes críticos del siglo pasado, que decía: "El más vivo placer de un espíritu que trabaja consiste en pensar en el trabajo que sobre el suyo harán más tarde los demás hombres".

DISCURSO DEL DOCTOR EDUARDO ZULETA AL RECIBIRSE COMO MIEMBRO DE NUMERO DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

Excelentísimo señor presidente de la República, señores académicos, señoras y señores:

La distinción que me habéis hecho al llamarme a tomar asiento entre vosotros y al señalarme, para ocuparlo, el sillón que quedó vacante por la muerte del doctor José Manuel Goenaga, obliga perdurablemente mi gratitud. Tan notoria es la despropoción entre este honor y mis escasos merecimientos, que no es menester ponderarla ni encarecerla con las fórmulas elegantes que las tradiciones académicas han consagrado para casos como el presente.

De mi agradecimiento está dando testimonio fehaciente el hecho de que me haya apresurado a tomar posesión de mi puesto antes de ausentarme del país, sin que haya sido bastante a impedir el afán con que aquí me presento, el deseo legítimo que abrigaba y que ya no me es dable realizar de preparar con el tiempo y la calma que estas cosas requieren, un discurso que hubiera podido ser menos indigno de la Academia que las breves palabras que voy a pronunciar.

Durante los años en que he presenciado el trabajo silencioso y fecunda de la Academia Nacional de Historia, me

he enseñado a considerar esta sociedad como un apacible refugio espiritual, y he visto cómo sin vanas ostentaciones y sin pedirles a los bombos y a los pífanos la propaganda estrepitosa que para sí necesitan los que carecen de méritos auténticos, realizáis una labor admirable y patriótica de investigación histórica.

Nuestro pueblo se orienta hoy hacia actividades de diversa índole. Quiénes se esfuerzan por el progreso material, con patriotismo digno de todo encomio tratan de vencer las deficiencias de nuestras vías de comunicación; otros ven en el desarrollo de la agricultura el grandioso futuro de la patria; los periodistas trabajan por difundir ideas de progreso en toda clase de apreciaciones, distintas desde luégo según las mentes que dirigen los diarios y revistas, y muchos otros ven en la inmigración, que será la segunda y más preparada colonia, la que habrá de dar impulso a toda clase de industrias y un engrandecimiento decisivo al país como el que conquistó por ese medio la Argentina. Pero esto no excluye otra clase de actividades y de aspiraciones, pues hay que recordar que nuestro pueblo ha sido un pueblo intelectual desde sus fundadores hasta la hora presente, y que no sólo se hace patria con el arado y con los rieles, sino también con las altas manifestaciones del espíritu.

Uno de los hombres que pagaron tributo a estos ideales fué el doctor José Manuel Goenaga. Sus ascendientes fueron de aquellos que ponderó Gregorio López en la glosa a una ley de las partidas "a donde se ajusta que los nobles del reino son llamados en dos maneras, o por linaje o por bondad o comoquier que el linaje es noble cosa, la bondad pasa e vence, más quien las há ambas, éste puede ser dicho en verdad ricohome".

Recuerdo a aquel hombre simpático, amable, ilustrado y bondadoso con gran cariño y admiración. Tuve el honor de ser su amigo, de sus amigos menores. Lo oí disertar sobre política e historia con la profundidad de los maestros. Ve-

nido del litoral atlántico a esta capital, a la que se podría llamar la madre cariñosa y estimuladora de los hijos de la provincia, recibió aquí su educación en ciencias políticas y jurisprudencia, y quedó a ella vinculado por afectos íntimos. Gobernador de los departamentos del Magdalena y de Bolívar, senador de la República, ministro de estado y diplomático ilustre, dejó siempre en su carrera el recuerdo de su competencia y de su bondadoso carácter. Amigo de los libros, su rica biblioteca era un reflejo de su espíritu selecto. No hay en la vida de los hombres nada que dé una idea más clara de una alma que los libros que lo acompañan, y quizá son ellos los que más nos acercan a las altas esferas que nos separan de esta vida mortal y efímera. ¡Los libros! Esos amigos cuya conversación es siempre amable, que establecen con nosotros la intimidad de los espíritus que se compenetran y se estiman, que nos acompañan en las penas de este vario vivir como sedante saludable. En los anaqueles de la biblioteca están siempre listos a contestar nuestros llamamientos, y hasta nos forjamos algunas veces la ilusión, cuando estudiamos la hitoria, de que vivos están ahí Tácito y Tito Livio, Plutarco y Suetonio, Monsen y Boissier, Salustio y Tertuliano, Cicerón y Taine. Ellos nos refieren las vidas de los grandes y de los pequeños, nos hablan del ayer con palabras de verdad, severos y enérgicos unos, ligeros, rápidos y elocuentes otros, y al oírlos nos entra la convicción de que esta existencia humana de niveles tan altos y tan bajos, se repite en ritmo siempre igual. El autor de los orígenes de la Francia contemporánea llega a decir que nuestros antepasados y nosotros no nos diferenciamos sino en que aquellos mataban con cuchillos de piedra y nosotros con cuchillos de acero. La política, las letras, las ambiciones, el amor a la patria, la inquietud y la agitación algunas veces malsanas de las multitudes, la irritable vanidad de unos, el mérito positivo de otros, los triunfos, fracasos, todo eso va pasando ante nosotros como si ayer y hoy el zigzag de la

humanidad fuera uno mismo. Pero no sólo en el vaivén de las grandes pasiones humanas se repite la historia. También los detalles, al parecer insignificantes, nos sorprenden con su poder evocador y nos muestran semejanzas palpables entre las edades antiguas y las modernas. Cuando releemos la evocación magnífica de Guillermo Ferrero sobre el regreso de Lúculo, del Ponto, abrumado por las defecciones y la intriga, pero introductor a Italia del cerezo que "en los campos extiende en la primavera la nieve violácea de sus flores", recordamos que a Nariño debemos también el que nuestras sabanas brillen con blancura excesiva y deslumbradora durante la florescencia del maravilloso trébol, que él introdujo a nuestro pueblo. No sólo en la raza latina, donde tuvo su origen, sino en todas las razas, surge de nuevo el famoso Atico, amigo de Bruto y confidente de Cicerón y luégo familiar de Antonio y de Octavio, "naturaleza artística y rara, pero discutible, que renunció a las luchas políticas, a los triunfos de la palabra, a las alegrías de la ambición satisfecha, pero que en cambio pretendía gozar de todos los encantos de la vida interior".

No sólo la poesía tiene poder evocador, como decía Chervuliez, tiénelo también la historia. "El polvo de los siglos desvanecidos aparece a nuestra vista; contemplamos con alegría lo invisible y gozamos con la presencia de los ausentes y con la compañía de los muertos".

¿Quién, al recorrer en los archivos, sobre los papeles amarillos, las viejas escrituras, no se ha sentido como se sintió Hipólito Taine, el contemporáneo de los hombres cuya historia se estudia; y quién no ha experimentado entonces, como él, la tentación de hablarles en voz alta?

El doctor Goenaga, que era maestro en historia antigua y moderna revelaba en su conversación la delicada ironía, o sea la suave piedad del que ha sabido apreciar la enseñanza que se desprende de los hechos históricos del hombre.

Su labor política quizá nos privó de que su obra histórica fuera tan copiosa como era de esperarse de su profunda erudición: en cambio, uno solo de sus estudios sirvió para fijar definitivamente un punto histórico, que andaba rodeado de leyendas y de falsas apreciaciones: la entrevista de Guayaquil.

Al publicar los documentos sobre la célebre entrevista de Bolívar y San Martín, el doctor Goenaga hace un análisis, en el que se advierte desde luégo su espíritu de justicia, su ecuanimidad y sus dotes relevantes de historiador imparcial. Su jugoso comentario se reduce a la contestación que San Martín juzgó evasiva por parte de Bolívar, sobre el auxilio de todo el ejército colombiano al Perú y sobre el ofrecimiento que le hizo San Martín de combatir como su subalterno en la campaña que habría de emprenderse contra las fuerzas españolas que aún dominaban el territorio peruano. Hé aquí las palabras del historiador Goenaga: "Como lo expresa terminantemente San Martín en su carta dirigida al general Miller, el objetivo principal de su visita a Bolívar fué conseguir en persona el cumplimiento de la promesa que se le había hecho de que el ejército colombiano marcharía a dar auxilios al Perú. Si esa gestión no tuvo el resultado satisfactorio que esperaba, no puede tampoco decirse que fueron evasivas estudiadas por parte de Bolívar; como no son justificadas las críticas apasionadas de algunos historiadores que atribuyen a Bolívar un sentimiento de egoísmo muy ajeno de su carácter franco y generoso. Debe suponerse más bien, analizando los hechos con elevado criterio, que serias dificultades impedían a Bolívar adoptar una resolución definitiva y aunque solamente fuera la necesidad de consultar al congreso de Colombia sobre su separación del territorio de su mando y la conveniencia de enviar todo el ejército al Perú, ha debido aceptarse como razón suficiente para el aplazamiento, porque si bien es cierto que cualquiera determinación del Libertador habría

merecido la aprobación del congreso y del gobierno de su patria, un procedimiento inmediato se hubiera atribuído a ostentación de su voluntad soberana o a abuso de su inmenso prestigio.

Bolívar no podía tampoco, de ninguna manera, mostrarse menos grande que San Martín ni exhibirse ante la historia como ambicioso vulgar, al aceptar los servicios militares que San Martín le ofrecía en calidad de subalterno; Bolívar comprendió toda la sinceridad de aquella alma nobilísima al hacer semejante sacrificio, pero digno también de corresponder con actos de hidalguía, apreció las virtudes de San Martín, que si no era superior era su igual. Estos dos espíritus, fundidos en el crisol del patriotismo, a quienes dominaba por único pensamiento la libertad de la América latina; esos dos espíritus se estimaron sin reticencias de ninguna clase.

Es bien singular que cuando se ha tratado de la entrevista de Bolívar y San Martín, siempre ha habido tendencias en hacerlos aparecer a la luz de la historia con almas pequeñas y de modo distinto de lo que ellos fueron; la leyenda los presenta como dos gladiadores que van a medir sus fuerzas para demostrar su superioridad, de modo que uno sea vencido y el otro vencedor; pero todo ello puede explicarse por el medio en que se desarrollaban las pasiones que fomentaban la discordia; pero hoy con la serenidad que produce el transcurso del tiempo, sabemos que esos dos creadores de naciones fueron grandes y nobles como sus ideales, y grandes y nobles debe considerarlos la posteridad".

Sí, nobles y grandes. Pasados ya los tiempos de los conceptos apasionados contra los libertadores, por sus contemporáneos, a nosotros nos toca ahora la obra de su glorificación. Sus errores humanos hanse perdido como las nu-

bes pasajeras que se deslizan por los cielos azules. No nos queda sino la obra inmortal que esos semidioses realizaron en nuestro continente. Hablar de las manchas del sol que nos alumbra y nos da la vida, o del mármol viejo y estropeado de la Venus de Milo, o ser incapaz de reconstruir con la imaginación la cebeza de la Victoria de Samotracia, es la manifestación inequívoca de una inferioridad cerebral y de la ausencia del sentimiento de gratitud revelador de los nobles espíritus.

Sobre el encuentro de los grandes hombres de la historia, escribió el general Mitre esta página hermosa y admirable:

"El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos, es tan raro como el punto de intersección de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren. Sólo una vez se ha producido este fenómeno en el cielo, y en la tierra rarísima veces. La masa de un cometa penetró una vez la de otro, y al dividirlo lo convirtió en una lluvia de estrellas que sigue girando en su círculo de atracción, mientras el primero continuó su marcha parabólica en los espacios. Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres suramericanos, por la extensión de su teatro de acción, por su obra, por sus cualidades intrínsecas, por su influencia en su tiempo y en su posteridad. Son los únicos hijos del nuevo mundo, que después de Washington hayan entrado a figurar en el catálogo de los héroes universales, cuya gloria se agranda a medida que pasa el tiempo y la obra en que fueron artífices se complementa. Washington dió al mundo la nueva medida del gobierno humano según la vara de la justicia, y legó el modelo de carácter más bien equilibrado en la grandeza que los hombres hayan admirado y bendecido; Bolívar y San Martín fueron los libertadores de un nuevo mundo republicano, que restableció el dinamismo del mundo político, por efecto de la revolución que hicieron triun-

far con sus armas. Su acción fué dual, como la de los miembros de un mismo cuerpo, y hasta su choque y antagonismo final responde a su acción dupla, que se completa la una por la otra, aunque la más poderosa prevalezca incorporándose en una sola las respectivas fuerzas iniciales, sin que por esto se extinga la absorbida".

Quince años después de la muerte del padre de la patria, cuando todavía los colombianos mismos no eran capaces de abarcar ni comprender la grandeza de ese fenómeno humano, otro argentino, el cerebro más original, más constructivo y genial que existió en ese país, Domingo F. Sarmiento, decía:

"La manera de tratar la historia de Bolívar de los escritores europeos y americanos, conviene a San Martín y a otros de su clase. San Martín no fué caudillo popular; era realmente un general. Habíase educado en Europa y llegó a América, donde el gobierno era revolucionario, y pudo formar a sus anchas el ejército europeo, disciplinarlo y dar batallas regulares, según las reglas de la ciencia. Su expedición sobre Chile es una conquista en regla, como la de Italia por Napoleón. Pero si San Martín hubiese tenido que encabezar *montoneras*, ser vencido aquí, para ir a reunir un grupo de llaneros por allá, lo habrían colgado a su segunda tentativa.

"El drama de Bolívar se compone, pues, de otros elementos, de los que hasta hoy no conocemos; es preciso poner antes las decoraciones y los trajes americanos, para mostrar en seguida el personaje. Bolívar es todavía un cuento forjado sobre datos ciertos; Bolívar, el verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo, y es muy probable que cuando lo traduzca a su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande aún".

Otro estudio del doctor Goenaga, muy interesante y digno del mayor aplauso, es la biografía de José Fernández Madrid, que precedió a la que de este prócer publicó el

insigne repúblico Carlos Martínez Silva. La obra del doctor Goenaga es suficiente para que el lector se forme una idea clara de los méritos del infortunado ex-presidente, y quede limpia la reputación de este patriota a quien la calumnia persiguió. Y si no fueran bastante su abnegación y los servicios que prestó a la República, dejó de heredero de su nombre a uno de los colombianos que más se han distinguido en nuestros asuntos diplomáticos con inusitada modestia y eficacia palpable, a semejanza de lo que don Andrés Bello realizó en Chile.

Dijimos que el doctor Goenaga era oriundo del departamento del Magdalena, de esa tierra que primero vió, y años después conquistó Rodrigo de Bastidas. Vuela nuestra imaginación a aquel día en que el célebre escribano de Sevilla arribó con sus naves a la espléndida bahía de la futura Santa Marta. La bahía amplia y tranquila que permitía llegar a tierra los bajeles del conquistador, bajo el hermoso sol de los trópicos, cruzándose por el aire las garzas morenas y rosadas y contrastando con la selva virgen y verde, los uniformes vistosos, las espadas refulgentes, los cascos y cotas de malla de los exploradores. "Ni una nube en el cielo, como un solo zafiro, ni una arruga en el mar". "Gente noble y generosa, gente desgarrada y baja, casi todos tocados de ambición y de codicia, pasaban por millares de España a las Américas, y cumplían, quizá sin comprenderlo, el designio de la Providencia de conquistar los nuevos territorios e implantar en ellos su fe, su lengua y las costumbres de su patria".

Mucho antes de esta nueva visita de Bastidas a tierra firme habían llegado a Urabá el mismo escribano, el piloto Juan de la Cosa, Ojeda, Nicuesa, "hombre de a caballo y tañedor de vihuela", Balboa, Enciso, Pizarro, Pedrarias Dávila y el obispo Juan de Quevedo, quien por primera vez alzó la hostia divina en tierra nuestra. De manera distinta como Bastidas llegara a Santa Marta, llegaron estos hom-

bres al golfo. Entre tormentas indescriptibles y sobre el lomo de las olas embravecidas iban los bergantines con los aventureros, impasibles ante el peligro, y entre ellos doña Isabel de Bobadilla, grande por su valor y por la intriga cortesana. Los que iban a pescar el oro con redes como peces de tranquilos ríos, encontráronse ante los indios bravos y animales feroces desconocidos. Antropófagos por una parte, flechas envenenadas, mosquitos y serpientes por otra. Y eran tántas y tan venenosas éstas, que siglos después un compatriota nuestro, de cepa andaluza y explorador de esa región decía, sin creer que exageraba: "En tiempos de los españoles eso de las culebras de Urabá debió ser espantoso: hoy todavía andan paradas porque echadas no caben". La suerte varia de estos conquistadores nos trae a la memoria lo que alguna vez dijo el poeta soldado: "Para llegar a la civilización hay que pasar por muchas charcas de sangre". Ni el noble Nicuesa halló piedad en Balboa, ni el descubridor del mar Pacífico pudo escapar al garrote de Pedrarias. Salvóse de esa conquista trágica el entonces oscuro porquerizo de Trujillo, a quien el historiador Loomis considera superior a todas los exploradores de América. Pero qué hombres, qué gigantes los que visitaron y fundaron lo que se llamó la "Aurea Bética" de tierra firme.

¿Recordáis el trato social del doctor Goenaga? Hay en las ciudades históricas, Cartagena y Santa Marta, en donde la fusión de las razas no es todavía completa, tres tipos sociales muy marcados: el descendiente de español, en cuyo cruzamiento subsiste el carácter hispano: el decoro, mezclado algunas veces a la arrogancia española, la hidalguía, la generosidad, la lealtad entre amigos y la franqueza, rasgo genuinamente español. Era este el modo de ser social del doctor Goenaga. La cortesía exquisita, la distinción en las maneras veníanle de lejos. Su abolengo iba hasta el tronco de aquellos vascos que combatían al lado de sus reyes la dominación musulmana en la Península. Su

padre era hombre de grandes virtudes públicas y privadas, y sus hermanos, también gobernadores y diplomáticos, educáronse en Europa y hanse distinguido como patriotas y letrados. Hombres éstos en quienes los vínculos de la amistad no se relajan nunca, y es porque en los representativos de la Costa Atlántica, que son muchos, ha quedado viviendo el carácter hidalgo del antepasado. Al lado de este medio social en que vivió el doctor Goenaga, convive el mulato, de hervir vividor, regocijado y simpático, de verbo vehemente y pintoresco y sujeto a la hiperestesia de la aspirabilidad, de que hablan los sicólogos; y por último, pone en ese ambiente su nota característica y ruidosa, el negro, en el que ha desaparecido en mucho el labio grueso y la nariz chata de aquellos del Congo y de la Guinea que recibía en sus brazos santos el padre Claver en Cartagena. El de hoy, en sus rasgos fisonómicos se acerca al de los naturales de Etiopía.

Cuando el sol ha caído, cuando el viento húmedo y enervante comienza a soplar en la costa, los negros bailan y cantan al compás de la gaita indígena. El baile tiene mucho de primitivo. Sencillo y de movimientos expresivos, sin las complicaciones y disimulos del baile moderno. Salta el negro a la arena a poner el baile. Alto y fornido, de camisa blanca, almidonada con azul de Prusia, con pliegues menuditos, cinturón ancho, pantalón de dril blanco, la cara alegre, el pelo apretado en manojos rebeldes a la expansión, dientes limpios, parejos y blancos como la tagua. Su pareja tiene la dejadez voluptuosa de la calentana, la cara simpática, la cabeza empedrada de peinetas de carey, y el cabello brillante y untado de sebo de cuba, traje amplio, redondo, de fondo blanco y con adornos vistosos, enaguas estrepitosas y una pañoleta cogida con gancho de oro medio cubre aquel pecho lleno, palpitante y negro. Lleva una libra de velas de esperma encendidas en la mano derecha, la izquierda en la cintura. Dos vueltas, y van saliendo las

otras parejas, formando un círculo alrededor de los músicos y cantores. Suenan las gaitas y el parche largo, y comienza la cumbia. El canto es dejativo y monótono.

¿De dónde viene ese canto triste y melancólico? Quizá la célula indígena al mezclarse a la sangre africana ha llevado a ésta la tristeza del cacique perseguido, del indio que previó con dolor infinito la desaparición definitiva de su raza ante la invasión de los conquistadores. Tal vez la nostalgia de la célula africana trasplantada del Congo a la América, nostalgia que sin duda ha venido perpetuándose a través de las generaciones y del cruzamiento. Los rasgos voluptuosos y de pereza deliciosa recuerdan los ardientes placeres y los desfallecimientos consecutivos del africano puro.

Y como prueba evidente de la arbitraria clasificación de razas en materia de inteligencia y de aptitudes múltiples, clasificación que aún subsiste en libros de autores poco comprensivos, es el caso de recordar que entre esos tres tipos sociales a que acabamos de referirnos han sobresalido como políticos eminentes, como grandes oradores y hombres de letras en la República, no sólo los que en la costa descienden directamente de los españoles, que son en mayor número, sino también los mulatos y los puros descendientes del Africa.

Los Goenagas han pagado siempre tributo de admiración al Libertador. Ramón como gobernante del Magdalena, hizo traer la estatua que se encuentra a la entrada de la quinta de San Pedro Alejandrino, y atendió a la conservación de este edificio histórico. Al contemplar esa efige vino a nuestra memoria la frase con la cual saludó un gran orador la estatua erigida al general San Martín en Boulogne Sur Mer: "Padre nuestro, que estás en el bronce".

El día en que penetramos a la quinta, sentimos una de las más grandes emociones de nuestra vida. Parecíanos ver la figura del Libertador vencido, paseándose bajo los ár-

boles frondosos cuando en los días de la desesperanza creyó haber arado en el mar, y al entrar a la alcoba donde expiró y al ver la mesa en donde lo colocaron ya muerto y el reloj detenido a la una de la tarde de ese día nefasto, y al recordar las lágrimas que sus compañeros de gloria derramaban en silencio conmovedor y profundo, sentimos que nuestro corazón aceleraba su ritmo y que un dolor inexplicable y una tristeza infinita embargaban nuestra alma.

Cuando el guardián nos informó que los pedazos de vidrio que se habían desprendido del reloj se los habían robado y nos mostró la mesa de donde habían extraído pequeñas astillas algunos visitantes, en lugar de condenar esos actos al parecer irrespetuosos y sacrílegos, pensábamos que esos rateros sublimes pagaban a la memoria del Libertador un tributo de admiración y de amor, y que esas astillas de madera y esos pedazos de vidrio llevábanlos pegados a su corazón como una reliquia que tenía la virtud de aquilatar más y más la admiración y la gratitud por el héroe "más que mortal glorioso".

Al salir de allí caía la tarde, y las franjas áureas y violáceas aparecieron en el amplio cielo; volaban por el aire los insectos noctámbulos, se oía el ruido de los pájaros al caer sobre sus nidos, y la luz que moría, filtrándose por entre las hojas de los árboles, nos envolvió en una atmósfera religiosa y solemne que nos hacía más triste la partida de la histórica quinta; y "en silencio y con lágrimas", como diría Shakespeare, pensábamos cómo había venido a ser profética la poesía de Abigail Lozano que nuestro maestro de escuela nos enseñó a recitar en los actos públicos:

"Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos...."

ELOGIO DE DON JOSE MANUEL RESTREPO EN LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Señores Académicos:

Sorpresa grande fué para mí, por lo inesperada e inmerecida, la nota en que esta docta Corporación me comunica que me ha elegido para llevar la palabra en elogio del historiador Restrepo en esta sesión solemne.

Aficionado apenas a estudios históricos y elevado a la Presidencia de la Academia de Historia de Medellín, por benevolencia de mis colegas, he creído de mi deber aceptar con el debido agradecimiento la designación que ha tenido a bien hacerme a la Academia Nacional de Historia, por el vivo entusiasmo que en mi espíritu han producido la vida y las obras de don José Manuel Restrepo.

La primera vez que leí la Historia de Colombia por don José Manuel, me quedé pasmado. Me quitó muchas ilusiones. Mi corazón de adolescente sufrió entonces, como sufre este pobre corazón humano con el primer desengaño.

Volví a leerla después de lecturas asiduas de historias de otros pueblos. He vuelto a quedar pasmado, pero pasmado de admiración por don José Manuel Restrepo. El

me ha explicado todo lo que pasa y todo lo que ha pasado aquí. Es un libro de maravillosas enseñanzas que rectifica el criterio del patriota ingenuo o de comparsa. No comprendo cómo este verdadero prócer pudo alcanzar tánta imparcialidad en ese tiempo, sobre hombres que fueron sus amigos y compañeros. Es una labor admirable en donde se revela un espíritu superior y humanamente justo. Toda esa obra está respaldada con documentos auténticos y más de una vez lo probó así el Historiador. Y si tuviera un estilo más atractivo y hubiera penetrado más con el escalpelo de la crítica, se hubiera adelantado muchos años al mismo Hipólito Taine. ¿Cómo pudo aquel hombre en la época en que vivió y en medio de ocupaciones que embargaban la mayor parte de su tiempo disponible—revolucionario, Ministro, Diputado—recoger aquel número de datos dispersos, compararlos y seleccionarlos? ¿Cómo pudo alcanzar esa serenidad, esa sobriedad de concepto, en aquel período de hipérboles y de luchas surgidas entre los mismos caudillos que sin envainar la espada todavía, se disputaban ya el mando de la República?

Me figuro el dolor, la tristeza infinita con que aquel anciano venerable, patriota auténtico de ejemplar rectitud escribió las últimas líneas de su obra. Una nueva guerra civil comenzaba después, en la cual los próceres vencedores iban a fusilar a los próceres vencidos.

Restrepo ha dejado la base de la futura, de la explicativa historia que enseñe a los que vengan después de nosotros, la verdadera causa de las convulsiones políticas que impidieron el progreso y la sabia administración pública, cuando acumulados los datos, inéditos aún, y lejos ya de la pasión y del odio o del entusiasmo primitivo del sectario, surja el Historiador que estudiando como un naturalista el alma de los próceres dirigentes no se turbe en su estudio, "ni con las fórmulas que los consagren, ni con las pompas que los rodeen".

Pero ¿en dónde nació y en dónde se educó ese hombre singular, que en medio de las tempestades políticas más intensas de nuestra vida nacional, quedó viviendo en la Historia como astro sin eclipses y alumbrando con su ejemplo a las generaciones que lo han seguido después de su muerte?

Hay en el territorio colombiano un pedazo de tierra abrupta, casi intransitable, con riscos y cascadas que de éstos se despprenden como blancas cintas irisadas por un sol tropical. Los altos peñascos, las cimas inaccesibles, las hondonadas pavorosas, los estrechos valles en donde las colinas se apartan inconformes por no dejar de vivir en apretado abrazo; la selva oscura y gigante matizada a trechos por copos florecidos de guayacanes frondosos, la fauna todavía no descrita y sospechada apenas por el rastro de las fieras en el húmedo suelo; por el sin número de serpientes que se arrastran, por los pájaros que cantan en los árboles, por los insectos que inoculan venenos de actividad tremenda. A esa tierra llegaron un día los célebres conquistadores que buscaban el oro de los indígenas, que mezclaron su sangre con quimbayas y peques; y luégo llegaron los negros, los trasplantados, los pobres esclavos arrebatados de su patria, en donde daban el aceite los árboles, y las frutas la carne de que vivían. Vinieron todos a trabajar las minas de oro apenas desfloradas en las pequeñas mesetas de la cordillera con la dura macana que el indio manejaba. Vinieron los colonos de las provincias vascongadas; de Asturias y Galicia y de Andalucía y Castilla. Los vascongados encontraron en esta nueva tierra algo muy semejante a la patria que dejaban atrás en su aspecto geográfico y dieron el sello a las costumbres que habían de perdurar a través de los siglos. El castellano o el vivo y retozón andaluz o se amoldaba a los usos corrientes, o regresaba a lugares de naturaleza más alegre y hospitalaria. La lucha con los elementos era terrible. El medio abrumaba al holgazán; y el frío de los páramos y el calor de las cuencas por donde pasan

los ríos caudalosos y la esterilidad del suelo y el subir y bajar a pie por la inclemente cordillera y la sobriedad y la oración, cuando el crepúsculo iba bajando de lo alto de los cielos y el esfuerzo diario y tenaz y el sol que tostaba los rostros y tonificaba los músculos, todo eso fué formando un pueblo fuerte, serio, adusto, rígido y piadoso: el pueblo antioqueño. De los andaluces que allí quedaron les viene a muchos el uso de la hipérbole, de esa hipérbole llevada hasta decir que los perros del señor X son tan bravos que hay que ponerles el nombre cuando están dormidos; del vasco, el amor a la libertad y el individualismo.

Quienquiera que haya viajado por las Provincias vascongadas habrá hecho la observación de cómo allá todos tienen su casa y su cortijo, su vaca y su huerta; y cómo hablan del árbol de Güernica como de una tradición sagrada; cómo en los testamentos no faltan las cláusulas del consejo a los hijos y de los legados para la caridad y el culto, y cómo se encogen de hombros como el antioqueño ante una pregunta que no pueden o no quieren contestar. La afición a la política de cierta región de Antioquia viene de origen gallego y su lenguaje mismo se caracteriza por aquel cambio de las terminaciones en *o* por *u*. El asturiano y el vasco tienen muchas semejanzas: ambos enérgicos, mineros, cristianos a macha martillo y hombres sin disimulos y ajenos a toda clase de eufemismos y frases opacas. El asturiano es robusto, indómito y regionalista como el vasco y habla de la sangrienta y espantosa batalla del monte Medulio y del gran Pelayo, con orgullo de raza.

Hay en el hermoso aunque angosto valle de Medellín, un lugar en que las colinas se apartan. Ahí se encuentran Envigado, en donde Vélez de Rivero cultivó la caña de azúcar, y la histórica *Sabaneta* de los Restrepos, lugares famosos en los anales de Antioquia por los hombres notables que de allí salieron. Rincón de verdura perenne, re-

gado por aguas como las de la Ayurá misteriosa y fecunda y de cerros coronados por altos y robustos robles. Aún se encuentran allí vástagos de los antiguos colonos de pie descalzo, de color blanco y de carácter franco, inclinados sobre la madre tierra en busca del honrado sustento. Allí nació don José Manuel Restrepo en época de pocas letras y de rudo trabajo. En su hogar paterno de hidalgos y nobles colonos, aprendió lo que significaba el esfuerzo propio, la sencillez de las costumbres, el amor a Dios y a la verdad. Era la edad apacible de los Tenientes del Rey y de los alcaldes ordinarios, de los ricos mineros y de los agricultores primitivos. Era como el recuerdo de aquella Asturias en la que sus antepasados supieron lo que era "caminar en la santa inocencia del corazón entre arboledas umbrías, bañarse en los arroyos cristalinos y hollar con los pies una alfombra siempre verde".

Esos vascos y asturianos y andaluces y castellanos venidos a Antioquia, mezclados y propagados en familias numerosas, vivían al parecer felices, sin más luces que las de una tradición lejana y sin más esparcimientos que los de la jura de un nuevo Rey o las fiestas religiosas; sólo los enriquecidos, que eran pocos, apenas si se divertían en las primeras horas de la noche, rezado ya el rosario, en jugar a la ropilla o en bailes de sencillez decorosa en los que la mejor combinación de pasos y figuras era la contradanza española. Ni dejaban de solazarse los esclavos en los pueblos mineros, en donde trabajaban a la par con sus amos, que siempre los trataron bien y con quienes siguieron viviendo después de la libertad, por la que abogaron desde los primeros años de la independencia, don José Félix y don José Manuel. En las tierras calientes y mineras, ellos cantaban los aires melancólicos y de infinita tristeza al són de la gaita; bailaban la cumbia, ese baile sensual y primitivo, y del que el tango argentino no es sino una pequeña variante de más complicado ritmo.

Aquellas mujeres limpias y sanas de la colonia, de movimiento sueltos, de vientres fecundos, sin ligas ni ataduras incómodas, oxigenadas por la montaña y aludiendo siempre a que eran hijas del español Romero o nietas del Capitán Juan de Toro, eran santas mujeres honestas y piadosas que adoctrinaban los hijos para la diaria labor y para la fe, al mismo tiempo que ayudaban a los maridos a acrecentar y a conservar la hacienda habida a costa de sacrificios ingentes.

Incomunicados los antioqueños con el resto de la nación, vivían como apretados en fraternal abrazo a la tierra y a la casa solariega.

De aquí el lenguaje seco, monosilábico y dogmático, la interjección repetida y el áspero acento del montañés de entonces, que sólo al cabo de muchos años comenzó a suavizar la lira de Gutiérrez González. Por eso el estilo de don José Manuel carece de las galas de la imaginación, y queda severo y frío como los escarpados riscos por donde pasan las águilas en vuelo silencioso y sereno.

Y de ese medio vino a la capital don José Manuel Restrepo a estudiar latinidad, filosofía y derecho; y aquí entre costumbres distintas a las de su Provincia, no cambió el carácter heredado y aprendido. Acabados los estudios, volvió a su tierra como había salido de ella. Allá comenzó su vida de revolucionario; allá escribió su estudio sobre la Provincia; allá comenzó a escribir la historia de la Revolución; allá fué el Secretario y consejero de don Juan del Corral, y allá gobernó en épocas difíciles con serenidad y acierto, y de allá fué enviado a los primeros Congresos de la República. Cuando los hombres del Gobierno, cuando los dirigentes de la política lo conocieron de cerca, le dieron los Ministerios importantes y le hicieron toda clase de distinciones. Cuando en su historia habla de Bolívar o de Santander, sus Jefes amigos, parece como si estuviera rindiendo una declaración jurada ante el público. Su paso

por los Ministerios dejó el recuerdo de la laboriosidad incansable y de la honradez y en su vida privada hay memoria todavía de su austeridad y su espíritu piadoso. Era un hombre de grandes aptitudes. Hombre de Gobierno, historiador insigne, naturalista y geógrafo. La agricultura le debe un servicio inmenso, y es raro que haya sido don José Manuel quien introdujera a Colombia el pasto de pará, y que sean dos antioqueños también, Juan Mª Gómez y Rafael Uribe Uribe, los introductores al país de la guinea el uno, y del capin gordura el otro.

Y perdonad este rasgo de regionalismo. Me viene de la sangre y de la convicción, porque lo heredo del vasco y porque creo que todo regionalismo sano, de amor a la patria chica y de acatamiento y respeto a tradiciones de antepasados, es noble y sirve de estímulo para el progresivo desarrollo y cultura de la región. Regionalismo estrecho, disgregador y que desconoce los méritos de otras Provincias, nó! Eso es de gente ensimismada y pequeña y mal puede existir en los que tienen inscritos en el libro de la Patria grande los nombres del Francisco Antonio Zea, Félix de Restrepo, Juan del Corral, Liborio Mejía, Girardot, Córdoba, Aranzazu y Alejandro Vélez, José M. Salazar, Juan María Gómez y José Manuel Restrepo.

Las Provincias de Colombia tienen todas un sello propio y apreciable: en unas, la cultura y la gracia; en otras, el valor; en aquéllas, la seriedad y el trabajo; en estas el talento, en todas el patriotismo y la hospitalidad. Notas ditintas, graves unas, agudas otras, pero todas forman el conjunto armonioso que es la patria grande. Explicáos así por qué el Cauca dió un Camilo Torres y un Caldas; Cundinamarca, un Nariño; Bolívar, un Torices, un Fernández Madrid; Santander, un García Rovira y al Vicepresidente que organizó la victoria; el Magdalena a Padilla; Boyacá, a José Ignacio de Márquez; el Tolima, a Caycedo Flórez y Antioquia al historiador Restrepo.

Cuando, quiera que un hijo de Provincia salva los lindes de la tierruca por el empuje de su inteligencia y por la fuerza de sus virtudes, la patria grande le abre los brazos con amor y lo consagra entre los escogidos. La República, en estos días de recuerdos gloriosos y la Academia Nacional de Historia, consagran entre éstos a José Manuel Restrepo y colocan en sus sienes el laurel que adornó la cabeza severa de Tácito.

Bogotá, 1919.

NOTAS

SOBRE LOS DIVERSOS ORIGENES DEL PUEBLO ANTIOQUEÑO

Como nota final al estudio que hemos hecho sobre este tema copiamos las siguientes líneas, escritas por el eminente literato colombiano doctor Antonio José Restrepo.

"Como los antioqueños y los colombianos en general descendemos de peninsulares españoles, más bien de andaluces, extremeños y castellanos donde la dominación árabe fué más intensa y prolongada que en las montañas del norte, hemos copiado toda esta página de la obra del señor Reparaz, porque indudablemente la vehemencia, altanería e independencia indómita del antioqueño, debe provenir, en mucho de la sangre morisca y árabe que corre por sus venas, revuelta con la no menos enérgica judía, semita asimismo, pues como lo demuestra el texto que citamos, las conversiones en masa, para defender los bienes y la vida, de la intolerancia, bestial de los godos cristianos, eran tan frecuentes que llegaron a ser prohibidas porque se quedaba el fisco sin contribuyentes. . . . . ."

Antonio José Restrepo.—"De la tierra colombiana, el Cancionero antioqueño.—Barcelona, enero de 1929".

SOBRE EL OIDOR MON Y VELARDE

En un folleto titulado "Pedro Justo Berrío" publicado en Medellín en 1927 encontramos esta nota: "Recientemente hemos visto que se trata de desconocerle al Oidor Mon y Velarde el papel de regenerador de Antioquia que le han atribuído graves y sesudos historiadores, entre otras causas dizque porque fué desabrido de genio y de carácter recio. Convenimos que no las tuvo todas consigo nuestro visitador cuando burló el compromiso firmado con los comuneros y admitimos que no se distinguió ciertamente por la mansedumbre, sino que, antes bien, tuvo todas las características de un dictador colonial pero esos mismos defectos fueron quizá parte a hacer salir los antioqueños de entonces de la postración en que se hallaban". Diremos en primer lugar que no conocemos ningún historiador que haya escrito sobre el Oidor Mon y Velarde antes de nuestro estudio, sino Don Tulio Ospina. Sin duda que Don Tulio fué un grave y sesudo historiador pero hay que tener en cuenta que la historia está sujeta a rectificaciones como acontece a diario y no solamente la historia sino también la ciencia misma. A tan grave y sesudo historiador como el P. Aguado le hemos rectificado algunos de sus conceptos sobre la conquista de Antioquia, por conocer nosotros el terreno que él no conocía, sino por falsos informes, sin duda. Y sobre la conquista del nordeste de Antioquia hemos hecho también rectificaciones nada menos que al gran antioqueño Doctor Manuel Uribe Angel, porque él no tuvo a la mano los datos que nosotros hemos tenido. Hemos probado que el Oidor no tenía las condiciones excelsas que le atribuyó el señor Ospina; ni tampoco es cierto que Antioquia estuviera en la postración de que hablan los empleados reales, pues en nuestro estudio está probado lo contrario, poniendo por delante la autoridad del gran Virrey Mendinueta; ni los antioqueños eran cobardes e idiotas como los pintó el Oidor, pues

antes de que él llegara a Antioquia los comuneros de "La Mosca" y los que lo siguieron en occidente habían demostrado el erróneo concepto en que los tenía el señor Mon. No hay ciencia humana que pueda hacer de un idiota un ser superior o por lo menos normal; ni hay ni puede haber nadie y mucho menos Mon y Velarde que pueda hacer de un pueblo de idiotas y de cobardes un pueblo de las características del de Antioquia. No! Si en esta sección de la república al terminar el siglo XVIII surgieron hombres como Córdoba, Girardot y Liborio Mejía y tantos otros que ilustraron nuestros anales en los días de la Independencia, no es natural que estos descendieran ni de idiotas ni de pusilánimes, ni de hambreados.

El Doctor Diego Carbonell, hombre de gran ciencia y distinguido escritor venezolano acaba de escribir en estos días algo que está de acuerdo con lo que hemos sostenido, respecto a las condiciones del pueblo antioqueño. Dice: "bien pudiéramos afirmar que los descendientes de los conquistadores, que fueron los héroes de la emancipación recibieron íntegro el patrimonio de aquellas almas templadas en el dolor y en el coraje. Y parece que al correr de los años la confusión de las sangres redujo a unas mismas costumbres, tanto las buenas como las malas, los hábitos de aborígenes y criollos mestizos lo cual se explicaría por la perfecta uniformidad en la acción mesológica".

Es lo mismo que nosotros hemos dicho. Las condiciones del pueblo antioqueño, adquiridas por herencia y por el cruzamiento, no las crearon, pero si las encauzaron Aranzazu y Berrío, con gran talento administrativo.

A Mon y Velarde hay que abonarle como beneficio para Antioquia el que no hubiera dejado hijos. ¿Qué habrían hecho los idiotas y pusilánimes antioqueños con esos descendientes que habrían heredado la jactancia, el compadraje, la crueldad, la avaricia y el formulismo de ese progenitor?

Hay en Medellín una calle que lleva el nombre del Oidor. Quizá lo mejor sería cambiar ese nombre por el de un prócer de la Independencia, porque Mon y Velarde "es más digno de la Ley del olvido que no de la memoria y perpetuidad", como decía Agustín de Zárraga de algún malvado conquistador.

Hay que repetirlo: Los hijos de los conquistadores y de las indias cruzados de nuevo con los colonos que procedían de diversas provincias españolas, de cualidades distintas y todos entre si y agregado a esto el elemento negro que fué reducido, dió por resultado ese criollismo admirable del pueblo antioqueño que ha dado a la República tantos hombres eminentes y que hoy tiene ya los caracteres físicos e intelectuales que previó el Doctor Uribe Angel.

Caracas, diciembre de 1929.

INDICE

INDICE

PAG.

Dedicatoria ... 5
Sobre la palabra Antioquia ... 7
El semitismo de Antioquia ... 11
Antioqueños y judíos ... 31
Elogio de Santiago Pérez Triana en la Academia Colombiana de la Lengua . 46
Discurso pronunciado en la Universidad de Antioquia ... 65
Pedro Justo Berrío ... 73
Datos históricos ... 92
Benalcázar ... 115
Sobre Cervantes y el Quijote ... 119
El historiador Restrepo ... 138
Pobladores de Remedios.—Don Francisco de Ospina ... 147
El Oidor Mon y Velarde ... 161
Discurso de incorporación como Miembro de Número de la Academia de la Historia ... 180
Elogio de don José Manuel Restrepo en la Academia Nacional de Historia .. 193
Notas ... 201

Se terminó de imprimir este libro
en los talleres de la Lit. y
Tip. Vargas, de Caracas,
el día 14 de enero
de 1930.

▽

LIT. Y TIP.
VARGAS
CARACAS

BOUND BY
HM

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 055540550